

ANTOLOGIA DE RELATOS

Amor
entre
 *Espínas*

KRISTELL ÁLVAREZ S.

Amor
entre
Espinas

Kristell Álvarez S.

Copyright © 2020 Kristell Álvarez S.

Diseño de portada:

Luizinho Maldonado Acosta

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Dedicado a
Mis padres, que son los pilares de mi existencia. No sólo les debo la vida, sino que gracias a ellos y sus enseñanzas
hoy soy quien soy.
Los amo con todo mi corazón.*

Contents

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[Prólogo](#)

[Prohibido Enamorarse](#)

[El lado Oscuro de la Luna](#)

[Nunca es Tarde](#)

[Descalzos por Madrid](#)

[Aquella noche en Paris](#)

[Agradecimientos](#)

[About The Author](#)

Prólogo

Dicen que a nuestra vida llegan dos grandes amores: uno que arrasa con la fuerza de un huracán destruyendo todo a su paso. Y, el segundo, que junta de nuevo todas nuestras piezas, sanando cada cicatriz abierta en nuestro corazón.

¿Y qué pasa si esos dos amores lo encontramos en la misma persona? ¿Si quien nos destruye, regresa años después a armarnos de nuevo? A veces sucede que el destino es un viejito travieso que mueve los hilos de todo, moviendo piezas aquí y allá juega con nosotros, pero al final, así sea tarde, vuelve a juntar a quienes nunca debieron separarse.

También hay personas que llegan a nuestra vida solo para mostrarnos el camino, se vuelven el vehículo a nuestra felicidad.

En los cinco relatos de esta antología encontrarás, historias de amor llenas de espinas que al final consiguen florecer más allá de cualquier desavenencia, son capaces de superar hasta el peor de los obstáculos y, a veces, hasta burlarse del ingrato tiempo.

Prohibido Enamorarse

Capítulo I

Carolina recorre los pasillos de la librería totalmente absorta, anda buscando un libro en particular, tiene mucho tiempo queriendo encontrarlo, pero no ha tenido mucho éxito. Tiene ya un rato recorriendo los estantes, primero siguiendo el supuesto orden que hay en cada uno, dejándose llevar por el género que anuncian en la parte alta de cada estantería, pero al descubrir títulos en desorden y fuera de contexto, ha decidido hacer una pesquisa más minuciosa. Está claro el caos en que están acomodados, por lo tanto no debe dejar pasillo alguno fuera. Inicia desde el fondo de la librería, revisando a consciencia cada uno de los estantes, hoy le llegó la alarma a su correo electrónico de que al fin habían vuelto a surtir esa novela. ¡Tiene que estar!, piensa con determinación y sigue mirando títulos de arriba abajo, agachándose, moviendo libros para ver los que están atrás, no tiene la intención de darse por vencida.

—¡Carajo!

Exclama frustrada, no ha logrado dar con el dichoso libro, el encargado de la famosa librería le dijo que aún quedaba un ejemplar, pero ni él logra hallarlo. Según le conto el muchachito, ayer habían llegado los nuevos ejemplares, pero prácticamente volaron como pan caliente.

¿Por qué no vine ayer? Se regaña interiormente dejándose caer en el piso frente al pasillo del estante de lo paranormal, con la mirada perdida en el mar infinito de libros delante de ella, donde es muy poco probable que éste la novela de Kristen Miller que busca. Sin embargo, pese a ser casi imposible sus ojos se clavan en el azul brillante de una portada: “DESEOS” lee sin dar crédito. Ahí, en la última fila del estante está la preciada continuación de “ETERNOS”, al fin lo ha encontrado.

Sin levantarse del suelo prácticamente gatea hasta él, sin fijarse en nada más estira la mano para tomarlo cuando ve que de la nada es elevado por unas manos que no son las de ella. Atónita levanta la mirada lentamente hasta encontrarse de frente con un joven que sonríe entusiasmado con el libro en su poder. Carolina lo mira incrédula.

Ese es libro de chicas, una novela romántica, quiere gritarle al desconocido que la observa divertido, en cambio solo alcanza a balbucear:

—Ese libro es mío...

El desconocido en automático lo prende a su pecho y con una sonrisa de medio lado le dice un poco apenado encogiéndose de hombros:

—Yo lo agarre primero, lo siento.

Da media vuelta y sin dilación prácticamente corre hasta la caja. Carolina se levanta de un brinco para seguir al desconocido, ese es su libro, tiene seis meses esperándolo, muriendo por leer la segunda parte de tan maravillosa historia, no va a dejar que se lo arrebaten tan fácil.

—¡Espera, por favor! —prácticamente le grita al tipo.

El desconocido gira a mirarla, pero no dice nada, sigue caminando hasta llegar a la fila de la caja. Carolina se planta junto a él y poniendo su cara más dulce le exclama casi rogando:

—¡Tengo seis meses esperando por ese libro! Y llevo toda la mañana buscándolo, pero no estaba en el estante correcto...

—Lo sé —la interrumpe el tipo—, yo lo he cambiado de lugar ayer que lo encontré, había dejado mi billetera en el auto y estaban a punto de cerrar, no me daba tiempo de ir por ella. Me dijeron que era el último, así que lo escondí para venir por el hoy.

Carolina lo mira desconcertada. ¡Lo escondió! ¿Qué tipo de persona hace eso? Sí, ella lo hizo alguna vez, pero es un ratón de biblioteca, está justificado, él no tiene pinta de serlo ni a

kilómetros. Su aspecto es más de chico fresa, muy guapo sí, con sus intensos ojos verdes que no paran de mirarla con diversión, pero no un devorador de libros. Ladrón de libros, sí. Lector ávido, lo duda.

—¿Por qué? —Se trasluce la incredulidad en su voz— Tú para que lo quieres, es lectura de chicas.

Sabe que está siendo prejuiciosa y discriminativa, estableciendo etiquetas de género—algo que de verdad odia y no es nada propio de ella—, pero está muy frustrada, molesta y a punto de llorar de la desesperación. Casi nadie entiende eso de ella, de verdad se apasiona con sus libros, son sus mejores amigos. Y nada la puede desesperar más que no leer la continuación de alguna historia que la haya cautivado tanto como está.

El chico la mira un poco divertido, al parecer encuentra gracioso que ella lo esté acusando de leer libros “para chicas”, como si la literatura tuviera género.

—Si te tranquiliza saberlo, el libro no es para mí, es para mi novia. Ella también tiene un rato buscándolo.

Carolina se queda de una pieza. ¡Perfecto! Ahora además de frustrada, siente envidia, otro de los sentimientos que más detesta, tanto en ella como en los demás, pero caray, como no hacerlo, jamás nunca uno de sus ex novios tuvo un detalle de ese calibre con ella, ni siquiera le regalaron un libro, mucho menos estar pendiente del que ella estuviera esperando.

Lo mira con tristeza y casi a punto de las lágrimas, no sólo por el libro que acaba de perder, sino porque le hizo recordar sus fatídicas relaciones y su recién roto corazón, hace tan solo un mes que su ex tuvo la brillante idea de serle infiel con su vecina, a la que casi consideraba su amiga.

—¡Chica afortunada!

Exclama melancólica y se adelanta hasta la caja para hablar con el encargado de la librería. Al parecer el sistema de correo electrónico no es tan efectivo, por lo que decide dejar su nombre y número telefónico para que le avisen a penas les llegue nuevos ejemplares de la novela. El sonriente dependiente anota los datos, pero le explica que cree que tardarán un poco en surtirlo. Carolina se encoge de hombros maldiciendo a su suerte. Se gira sobre sí misma para salir de la librería. Sus ojos están a punto de soltar millones de lágrimas y no quiere hacerlo ahí delante de todos, menos del desconocido que se lleva su libro y quien no le quita la vista de encima, observando curioso su actitud. Seguro piensa como todos, que está loca por ponerse así por un “simple libro”, como le han dicho antes.

Camina un par de cuadras sobre la avenida Juárez, mentando madres por lo bajo por haber venido hasta el centro en balde. Entra en la plaza Juárez para llegar a la calle Independencia donde está el estacionamiento donde ha dejado su auto. Poco a poco sus anegados ojos dejan salir todo ese llanto reprimido, en parte por el libro y en mucho por todos esos malos recuerdos que se soltaron de golpe, los había tenido un poco reprimidos y salieron en banda para joderle un poco más, si eso es posible, la existencia.

Sus leves sollozos se convierten de a poco en un llanto incontrolable, ni de broma puede manejar así, por lo que tratando de acomodarse tantito la compostura entra en Cielito querido café, una cafetería muy mexicana que esta al fondo de la plaza. Con voz entrecortada pide un chocolate caliente y un panquecito de nata: Las penas con pan son menos, lee en su mente uno de los muchos letreros pintados por todo el lugar, frases muy mexicanas cargadas de verdad. Armada con su enorme taza y su platito de peltre —un detalle muy original de la cafetería—, busca la mesa más solitaria en la terraza del lugar para sentarse a ahogar su tristeza en su chocolate y atragantarse un poco de pan para ver si así sus penas se alivianan un poco.

Carolina picotea el panque con la mirada absorta en la nada. El libro perdido ha pasado a segundo plano, ahora su memoria navega por sus siempre trágicas historias de amor. A sus treinta años tan solo ha conocido el lado doloroso, a pesar de dar lo mejor de sí a sus parejas, al final la han traicionado. ¿Por qué? ¿Por qué le toca perder cada vez? Se pregunta y el llanto ahogado vuelve a ella. No lo reprime, lo deja salir sin pudor, aunque quisiera no podría contenerlo, hay demasiada tristeza dentro de ella.

Los pocos transeúntes que pasan junto a ella la miran curiosos, pero ni se fija, solo quiere vaciarse por completo para sentirse mejor. Mira sin ver el horizonte, con la vista nublada por las lágrimas y de repente alguien se detiene frente a ella, no lo distingue, tan sólo ve una silueta.

—¿Estas bien? ¿Necesitas algo?

Le pregunta una voz masculina que le resulta familiar, se seca un poco los ojos para tratar de enfocar y descubre frente a ella al desconocido de la librería.

—He estado mejor —responde con amargura—, pero gracias por preguntar.

A pesar de su adusta respuesta el joven jala la silla frente a ella y se sienta. Carolina lo mira desconcertada, sus ojos lanzan interrogantes silenciosas, abre la boca para decir algo, pero la cierra de nuevo. El joven le sonríe comprensivo.

—Nadie que éste tan triste debe estar solo —responde adivinando sus preguntas—, tal vez quieras hablar o tal vez no, pero me sentaré un rato aquí contigo, a veces solo hace falta que alguien nos acompañe. Por cierto, me llamo Nicolás.

Carolina mira al desconocido, que ahora sabe se llama Nicolás, estupefacta. No da crédito a la extraña situación. Su día ha pasado de fracasado a bizarro. Al menos ahora está pensando en otra cosa distinta a su fracasada vida amorosa.

—Me robas mi tan esperado libro y ahora quieres consolarme —dice con un dejo de ironía en la voz.

—¿Estas así por el libro? —Cuestiona Nicolás perplejo—, si es así, te juro que te lo doy, ya veré que otra cosa le compro a mi novia.

Carolina esboza una media sonrisa girando con la cabeza. Podría aprovechar la situación, pero su consciencia no la dejaría jamás en paz por quitarle la ilusión a alguien de regalar algo tan especial.

—No podría aceptarlo, tu novia seguro va a ser muy feliz cuando se lo des, pero muchas gracias por el ofrecimiento. Yo soy Carolina, por cierto.

Él suelta el aire un poco aliviado, si bien lo ofreció porque no soporta ver a alguien así de triste, en el fondo no quería deshacerse del libro, su novia lo desea tanto y a él no hay nada que lo haga más feliz que cumplirle sus deseos.

—Mucho gusto, Carolina. Y, ¿Entonces? ¿Por qué lloras?—pregunta curioso inclinándose hacia delante en clara señal de atención.

—Por todo y nada. Sí, me dio pesar perder el libro, pero ver el esfuerzo que hiciste por darle a algo tan especial a tu novia me hizo recordar que nadie me ha querido de esa manera y, lo que es peor, creo que ni siquiera me han querido o no terminaría siendo siempre traicionada como me acaba de suceder hace tan poco.

Suelta sin pestañar y de corrido. No sabe porque, pero se sintió en confianza para soltar esa perorata dramática que la está consumiendo desde que salió de la librería.

Nicolás la mira comprensivo, sin dejo alguno de lástima, la hace sentir que entiende por lo que está pasando. Con dulzura estira su mano y toma la de ella, apretándola en un gesto que le resulta familiar y tranquilizador.

—¿Quieres hablar de eso? Te haría bien desahogarte.

No entiende la razón, pero el ya no tan desconocido joven le inspira una confianza inusual, es como si lo conociera de toda la vida. Sin pensarlo dos veces se suelta a contarle toda su trágica historia amorosa, sin omitir nada, contando hasta los episodios más vergonzosos, esos que quiere olvidar porque le recuerdan cuando ha perdido la dignidad por alguien que no valía la más mínima de las penas. Por momentos se detiene a llorar y él solo le aprieta la mano en un gesto que le hace sentir que la entiende y está con ella. Es como si fuera un ángel enviado del cielo a consolar un poco su triste y gris existencia.

—¿Habías escuchado algo más patético que todo esto?

Pregunta al terminar de relatarle su dramática vida amorosa, dos horas de su tragicomedia griega personal. Nicolás le sonrío con algo parecido a la complicidad.

—Me lo imagino bastante bien, he vivido muchas de las situaciones que me contaste, sino es que todas y más.

Carolina lo mira sorprendida. No tiene la apariencia de un tipo al que le hayan roto el corazón, sino todo lo contrario: alto, guapo, de sonrisa encantadora e intensos ojos verdes. ¡Un galán de película en toda regla! Ella juraría que había dejado a más de una llorando por la calle de la amargura. Aunque debe reconocer que eso es sólo en la fachada, porque en su forma de ser a todas luces se le nota su buen corazón.

—¿Sorprendida? —pregunta Nicolás al notar su escepticismo.

—A decir verdad, bastante.

—¿Por qué? —inquiere curioso.

Carolina titubea un poco, no sabe cómo decirle que piensa que es demasiada guapa para sufrir por amor.

—Por como luces —responde sonrojándose.

—¿Por mi apariencia? —inquiere divertido— En todo caso te diría lo mismo, no es posible que a una chica tan guapa le vaya tan mal, es para que tuvieras a más de diez haciendo fila por tener una cita contigo.

Los colores suben al rostro de Carolina e instintivamente se tapa la cara con las manos. Ya le han dicho antes que es muy atractiva, pero ella no sé lo cree del todo, por eso siempre le da mucha pena que se lo mencionen.

—¿He dicho algo malo? —pregunta Nicolás al ver su creciente incomodidad.

Carolina gira la cabeza de un lado a otro.

—No, para nada. Es sólo que creo que exageras, no soy tan guapa.

—¿Estás loca? ¡Eres guapísima! Tienes la sonrisa y los ojos más bellos que haya visto, no sé quién te ha hecho creer lo contrario, pero que le den, es usted muy, pero muy guapa, señorita.

—Muchas gracias, trataré de creerte.

—Deberías, porque es cierto, y si los hombres con los que has estado no lo han apreciado son unos verdaderos imbéciles.

—De eso no hay la menor duda.

El comentario provoca un pequeño ataque de risa en Carolina, tiene tanta razón, sí que lo son, pero ella más por llorar por ellos.

—Eso está mucho mejor —exclama Nicolás mirando de reojo su reloj de pulsera—, me da gusto ver que sonrías, pero ahora me tengo que ir, ya en otra ocasión te contaré de mis deprimentes historias de amor que te harán pensar que las tuyas son solo una mala comedia gringa.

Carolina sonrío mirando el libro que él tiene entre las manos.

—Pero ahora eres muy feliz, ¿no?

Nicolás se levanta de su asiento sonriendo como tonto ante la pregunta.

—Muchísimo, Moni, mi novia, es la mejor.

Carolina se levanta también para despedirse.

—Lo dicho: una chica afortunada.

Nicolás rodea la mesa y le da un cándido abrazo, no sabe porque, pero sintió el impulso de hacerlo, Carolina le inspira algo, un sentimiento difícil de explicar. Hace tan solo un par de horas que la conoce y siente la imperiosa necesidad de confirmar que cuando él se vaya ella estará bien. Algo loco, pero no puede evitarlo.

—¿Estas mejor? —Inquieta preocupado— ¿Puedo irme tranquilo de saber que no te ahogarás con un trozo de pan?

—Estoy mejor, gracias.

Nicolás se despide no sin antes pedirle su número telefónico y darle el suyo, algo en su interior quiere asegurarse más tarde que ella estará bien, sabe que es absurdo y loco este sentir, pero no puede evitarlo. Le da otro fuerte abrazo y se despide de ella con mucho pesar, no entiende el magnetismo que siente hacia esta mujer que conoce hace tan poquito, pero es inevitable.

Carolina se queda un rato más en el lugar, mirando cómo se aleja, le hubiera gustado que se quedará un rato más, le sentó tan bien su compañía, no sabe la razón de sentir tanta confianza con él, pero es como si lo conociera de siempre, le contó cosas que a nadie en el mundo le había platicado.

En fin, no creo volverlo a ver, piensa con un poco de nostalgia, tiene novia y se ve que está muy enamorado de ella y además jamás se inmiscuiría en una relación, no haría lo que tantas veces le han hecho. Aunque en el fondo desearía que él le hablará, sería muy comfortable tener un amigo como Nicolás, que la escuchará sin juzgar, que le diera consuelo e hiciera sentir comprendida. Se levanta de la silla, toma su bolso para emprender el camino al estacionamiento, la noche ha caído y aunque ya no son los tiempos de antes que esta zona era algo insegura, no quiere tentar a la suerte, que no ha sido su mejor aliada últimamente.

A paso rápido llega hasta el estacionamiento, apenas es consciente que estaba conteniendo la respiración hasta que suelta de golpe todo el aire al subirse a su vehículo. Se pone en marcha enseguida, le urge llegar a su apartamento a dormir, ha sido un día agotador.

Capítulo II

Nicolás avanza entusiasmado por circuito interior, está ansioso por llegar al departamento de Mónica, muere por ver la expresión de su rostro cuando le entregue el libro, va a brincar en un pie de la alegría y no hay nada que le proporcione mayor placer que darle felicidad a su novia. Hace poco que están juntos, pero ella es todo lo que él siempre ha soñado, es su mujer perfecta, lo que por tanto tiempo había estado buscando, está seguro que desea pasar el resto de su vida con ella.

La transitada avenida lo desespera un poco, se sale en la primera desviación que encuentra, conoce la ciudad como la palma de su mano, siguiendo un par de calles alternas y unos cuantos atajos puede llegar más rápido. Gira muchas veces por callecitas desconocidas para la mayoría de los mortales y en menos de lo esperado esta frente a la privada de los edificios donde vive Mónica. Sin problemas accede al recinto, el guardia ya lo conoce. El lugar de visitas asignado al departamento de su novia está ocupado, lo cual se le hace muy extraño, pero deduce que algún vecino abusivo aprovecho los lugares de otros, como suele suceder a menudo. Busca donde aparcar, si han invadido el estacionamiento de su novia, él puede invadir el de alguien más, total no piensa tardar mucho, tan solo unos minutos para entregarle su regalo. Al fin descubre un lugar vacío y se estaciona. Sin demora baja prácticamente corriendo del automóvil.

El corazón le late con fuerza cuando toca el timbre del departamento, en parte por la larga caminata desde el lejano lugar donde se estaciono, pero también por la emoción que siente por entregarle el regalo y otro poco por una sensación que no alcanza a descifrar, algo extraño que le provoca que el pulso se le acelere y le suden las manos.

—¿Qué haces aquí?

Le pregunta adusta Mónica cuando al fin le abre la puerta. De todos los recibimientos ese no se le cruzaba por la cabeza.

—Vine a traerte algo —responde Nicolás desconcertado— ¿Es mal momento?

—¡No me avisaste que venías!

Exclama por toda respuesta visiblemente nerviosa y sin abrir la puerta, toda la conversación se da en la entrada, lo cual es de lo más extraño. Nicolás esta atónito.

—No creí que necesitará anunciarme, soy tu novio, ¿acaso no puedo venir a darte una sorpresa?

Mónica retuerce nerviosa las manos, sin saber qué hacer ni contestar.

—Respóndeme, cariño, ¿está mal que haya venido a visitarte sin previo aviso? ¿Escondes algo?

—Nada... es solo que...

—¿Quién es, mi amor?

La interrumpe una voz masculina desde dentro del departamento, ella abre los ojos como plato en visible muestra de preocupación. Nicolás se da cuenta de todo y empuja la puerta: Sentado en el sillón de la sala hay un tipo en bóxer y playera.

—¿Quién es él, Mónica? —Prácticamente grita Nicolás— ¿Quién es?

El tipo al escuchar la voz se levanta de su asiento y camina hasta la extraña reunión. Ella está en total silencio, con la cabeza agachada sin saber que hacer o decir.

—¿Qué deseas, amigo? —pregunta el tipejo a Nicolás.

—Visitar a mi novia, pero creo que vine en mal momento.

—¿Tu novia?—pregunta estupefacto el hombre.

Nicolás esboza una acida sonrisa mirando con desprecio a la enmudecida Mónica, la que creía

la mujer de su vida.

—Bueno, creo que a partir de ahora exnovia. —exclama con amargura—, que ella te explique.

Sin esperar respuesta de ninguna de las dos partes, Nicolás sale casi prácticamente corriendo de ahí. La opresión en el pecho es ahora mayor, ahora comprende esa sensación desconcertante de hace un momento, era algo así como un mal presagio, como habría podido imaginarlo, ni por la cabeza le pasaba algo así. Por un lado deseaba saber todo, pero no podía estar ahí un segundo más, cualquiera que fuera el trasfondo del asunto solo había algo muy claro que no dejaba lugar a equivocaciones: ella lo estaba engañando y, al parecer, a los dos, porque estaba claro que él pobre infeliz que estaba en su apartamento tampoco sabía de su existencia, lo cual le tiene sin el menor cuidado, ya ella que se encargue de sus enredos, él sobra en esa ecuación, los triángulos amorosos son algo de lo que ha huido toda su vida.

Casi volando llega hasta su vehículo, quiere largarse lo más rápido que pueda de ese infernal lugar. Las lágrimas ya resbalan a raudales por sus mejillas, nunca ha sido hombre de reprimir sus emociones, no le da pena llorar cuando se siente afectado por sus sentimientos y, justo ahora, siente una enorme rabia acompañada de una gran decepción.

—¡Mierda! ¡Carajo!

Grita golpeando el volante de su auto para tratar, inútilmente, de sacar un poco de ese dolor que le está atravesando el pecho. ¿Cómo es posible? Se pregunta con amargura, como es que no lo vio venir, ella parecía tan enamorada como él, ¿Cómo pudo fingir tan bien?

—¡He sido un imbécil!

Despotrica tirando al asiento del copiloto el paquetito que traía en la mano, el libro que busco con tanto ahínco para darle un hermoso detalle... ¡Soy un pendejo! Se dice con desprecio al recordar todo el esfuerzo que hizo para conseguirlo, hasta lo escondió y prácticamente se lo arrebató de las manos a alguien... En ese momento se acuerda de Carolina, la joven a quien le ganó el dichoso libro. Sin darse cuenta se apacigua un poco al pensar en ella y casi como un instinto toma su teléfono para marcar su número

—Hola, ¿Nicolás? ¿Qué paso?

Al tercer timbrazo responde ella muy extrañada.

—¿Estas ocupada? —pregunta con la voz quebrada.

—Si regodearme en mis desgracias se puede considerar ocupación, pues un poco.

Nicolás sonrío por su ácido sentido del humor, a pesar de estar hecha trizas aún es capaz de hacer bromas, que mujer tan poco común.

—¿Podría acompañarte? Tengo un arsenal de desgracias que aportar, una muy reciente, nuevecita de paquete, que dices: ¿Nos regodeamos juntos?

Del otro lado de la línea suena una sonora carcajada.

—Vale, pero trae vino que estas situaciones se pasan mejor con un par de copas.

—No podría estar más de acuerdo, ¿me pasas tu ubicación?

Se hace un silencio demasiado largo, seguramente Carolina está dudando por el poco tiempo que tiene de conocerlo, lo que es comprensible dada la situación en este país para las mujeres, donde casi a diario desaparece alguna o se encuentra el cadáver de otra.

—¡Juro que no soy un psicópata! —Exclama Nicolás—, solo un pobre tipo con el corazón roto que necesita urgente una amiga con quien desahogarse.

Carolina se siente conmovida por las vehementes palabras, nadie mejor que ella sabe lo que es tener el corazón hecho girones y no tener con quien platicar, alguien que de verdad te escuche. Además esa tarde él había sido un amigo para ella, la había escuchado y transmitido un poco de sosiego, lo menos que podía hacer era responderle de la misma manera.

—Está bien, te la envío ahorita, pero te juro que si me haces algo te vengo a jalar las patas, ¿entendido?

Nicolás sonríe por su ocurrencia y responde con un escueto está bien, cuelga y mira con atención la ubicación que le ha mandado, no necesita seguir ningún mapa, conoce bien la zona, es en su fraccionamiento... ¡Coincidencias de la vida! Piensa incrédulo, vive en el edificio junto a su casa y jamás la había visto. Qué sentido del humor tan retorcido del destino, haberla puesto en su camino hasta ahora a pesar de ser prácticamente vecinos. No sabe la razón, pero en su fuero interno le hubiera encantado conocerla mucho antes que a Mónica, hay algo especial en esta chica, una conexión que no se explica, sin embargo su corazón no está disponible en este momento, es una lástima. Aun así saber que va a verla de nuevo le hace sentir emocionado a pesar de todo el dolor que siente por lo que acaba de vivir.

Por algo la conocí precisamente hoy, piensa con determinación mientras se pone en camino, conoce perfectamente el trayecto, lo ha hecho muchas veces, en poco tiempo estará allá, tan solo hace una parada rápida en una vinatería para comprar varias botellas de vino, considerando que ella estaba muy triste hoy y a él se lo está llevando el carajo, una no sería suficiente ni de broma.

Aparca en su estacionamiento, el edificio de ella, según la ubicación, está justo junto al suyo. Toma las botellas y el paquetito del libro, él para que lo quiere, no hay mejor destino que regalárselo a Carolina, ella lo sabrá apreciar y definitivamente se lo merece más que a quien se lo iba a dar..

Toca el timbre del departamento, aún sigue riéndose de lo cerca que han estado el uno del otro y no se conocían, es más ni siquiera la había visto por ahí alguna vez, lo cual es muy extraño porque el suele ser muy sociable con todos los vecinos.

—Sí que eres rápido —comenta sorprendida al abrir la puerta—, dado el tráfico a esta hora creí que tardarías un poco más, pero no te quedes ahí parado, pásale.

Carolina se hace un lado para dejarlo pasar. Su departamento tiene la misma distribución que el suyo, sin embargo luce muy diferente, más acogedor. Con una decoración algo ecléctica, pero que increíblemente luce armoniosa a la vista. Las paredes blancas están revestidas de cuadros de diferentes tamaños y colores que dotan de una cálida personalidad al lugar. Algunas plantas aquí y allá dan luminosidad y un sentimiento de hogar muy agradable.

—No estaba lejos y conozco muy buenos atajos para llegar hasta aquí—sonríe a la mirada perpleja de Carolina mientras deja sobre la barra las muchas botellas de vino—, no lo vas a creer, pero vivo en el edificio de junto.

Carolina lo mira estupefacta.

—¿En serio? ¡Jamás te había visto! —exclama sorprendida mientras saca dos copas del gabinete alto de la cocina. — aunque no es del todo raro, tiene poco que me mude y soy la mujer más antisocial del mundo, no conozco ni a un solo vecino de mi propio edificio. Aunque claro al menos conozco ya la cara de algunos.

Nicolás se ríe por su honesta respuesta. Jala un banco de la barra de la cocina para sentarse y de muy buena gana toma la copa que Carolina le ofrece, le hace mucha falta un buen trago.

—Esto es para ti —dice extendiendo hacia ella el paquete de la librería, le urgía deshacerse de él, le estaba quemando un poco saberlo en su poder.

Carolina lo toma frunciendo el ceño, si bien le emociona tener el libro al fin en sus manos, el que se lo esté dando a ella y no a su novia le hace deducir mejor el motivo de su visita. Algo nada agradable aconteció con la susodicha.

—Gracias, pero... ¿y tu novia? —cuestiona un poco dudosa.

Nicolás se encoge de hombros.

—Te lo mereces más tú.

Exclama por toda respuesta. Carolina comprende y guarda el paquete en el cajón del trinchador del comedor, lo desenvolverá después, asume que él no quiere seguir viendo el famoso paquetito.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta comprensiva, a veces solo deseamos compañía y otras desahogarnos por lo que prefiere no atiborrarlo a preguntas.

Nicolás sonríe girando su copa mientras observa como el líquido purpura de su copa da vueltas dentro de ella.

—Primero necesito tomar un poco más de esto —exclama empujando su copa hasta vaciarla para tenderla frente a ella en clara señal de que se la llene de nuevo.

Carolina hace lo mismo con la suya y llena de nuevo las dos copas.

—¡Bebamos! Y que sea lo que Dios quiera.

Exclama con dramatismo elevando su copa lo que hace que ambos se desencajen a carcajadas aligerando aún más el momento.

Nicolás toma la batuta de la conversación después de dos copas de vino y se desahoga por completo. Le cuenta con lujo de detalle la historia con Mónica, desde como la conoció hace seis meses hasta el fatídico desenlace hace un rato en la puerta de su casa. Expresando una y otra vez lo muy enamorado que esta de ella, como creía que al fin había encontrado el amor de su vida.

—No es el amor de tu vida —lo interrumpe Carolina en esta parte.

—¡Claro que lo es! Nunca había amado a alguien así.

—Puede que la adores, pero el amor de tu vida será con quien tengas una. Aquella persona que estará contigo hasta el final. Ya ves que no es ella.

—Sí, lo es. Nada deseo más que morir a su lado.

Carolina lo mira como si le hubieran salido siete cabezas de golpe.

—¿Le perdonarías lo que te hizo?

Nicolás se queda pensativo, las lágrimas vuelven a sus ojos, fluyen sin dificultad alguna.

—Si se arrepintiera, sí, por supuesto que la perdono y vuelvo a su lado.

—¡Oh, por Dios! —Exclama Carolina poniendo los ojos en blanco—, no sé si abrazarte y darte el premio al mejor hombre del mundo o darte un sopapo. Eres más tonto que yo y mira que no creí que eso fuera posible.

—¡Ey! No soy tonto —se defiende él sin mucho convencimiento—, es solo que estoy muy enamorado, es todo.

—Lo dicho, esa mujer es muy afortunada. Jamás en la vida me han amado de esa manera, no me gusta la envidia, pero caray como quisiera que alguna vez alguien sintiera la mitad de lo que tú sientes por ella al grado de considerar perdonar lo imperdonable.

Nicolás se encoge de hombros, sabe que ella tiene razón, que es muy tonto pensar en volver con alguien que te traiciono de una manera tan vil, pero no puede evitar desearlo en el fondo. Adora a Mónica, es algo más fuerte que él.

La noche sigue su curso, los dos platicando como si se conocieran de toda la vida. Poco a poco las botellas de vino desaparecen entre trágicas anécdotas, música para cortarse las venas y muchas lágrimas por parte de los dos. Una velada reveladora y catártica que termina con los dos tendidos en la cama con todo y ropa, totalmente borrachos y con los ojos hinchados de tanto llorar.

Pasado del mediodía, cuando el sol entra insoportable por la ventana, Carolina abre los ojos, sonríe al ver a su compañero de cama y se levanta sin hacer ruido. Se echa un poco de agua en el rostro para espabilarse, se lava los dientes y se dirige a la cocina para poner una jarra de café, en estos momentos es lo que necesita. A los pocos minutos Nicolás la alcanza.

—Huele delicioso, café, justo lo que necesito.

—Buenos días, dormilón —le sonríe ella extendiéndole una humeante tasa.

—Buenos días, ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera arrollado un camión, tenía mucho que no tomaba tanto.

—Ni yo, pero me ha servido mucho —afirma dándole un trago a su café.

—A mí también, hacía mucho que no lloraba tanto, me he limpiado el alma.

Nicolás le sonríe, a él también le ha hecho muy bien su compañía, pero le urge darse un baño para sentirse mejor, la cruda lo está matando. Apura su café y se levanta del banco.

—Me tengo que ir, huelo a bar de mala muerte, pido a gritos un baño.

Carolina asiente y lo acompaña a la puerta. Él se despide con un beso en la mejilla y se encamina por el pasillo. De repente se para en seco y gira sobre sus talones para preguntarle:

—¿Sushi y películas más tarde?

—Suena perfecto.

Capítulo III

Nicolás sube la maleta a su automóvil y corre hasta el edificio de Carolina para ayudarla con la suya, hay un puente laboral y decidieron escaparse juntos a unas cabañitas para relajarse un poco. Después de discutir mucho el destino se decidieron por Zacatlán de las Manzanas, un pequeño pueblo mágico en el estado de Puebla que según les contaron es muy hermoso. Y las fotos de las cabañas son de ensueño, están junto a un barranco con una vista espectacular de un frondoso bosque y, a pesar de ser algo rústicas, se ven cómodas y acogedoras, con una gran chimenea en medio de la sala. Sin duda alguna, un lugar idóneo para el romance. Esto último le produce a Nicolás una sensación algo extraña, no sabe si es la mejor idea, en los últimos tres meses él y Carolina se han hecho inseparables, entre ellos nació una relación muy especial de confianza y amistad genuina, le preocupa que el idílico ambiente pueda confundir las cosas entre ellos.

Tranquilo, eres guapo, pero no tan tentador... Le respondió Carolina cuando le expuso sus inquietudes. Así que espera que tenga razón, es la primera vez que tiene una mejor amiga y lo menos que desea es perderla por dejar que el despreciable romance se inmiscuya entre ellos, está más que comprobado que siempre lo jode todo. Además, él aún sigue algo colado por Mónica, o eso cree, no está muy seguro y no quisiera lastimar a Carolina si ella llegase a sentir algo más, no podría perdonarse ser el causante de más heridas a su —ya de por sí— muy lastimado corazón.

—¿Podría la señorita darse prisa? A ese paso llegaremos mañana a Zacatlán.

Inquieta con sorna Nicolás, para variar y no perder la costumbre Carolina no está lista, él ya subió su maleta al auto, hizo el café y llenó los dos termos para el camino, hasta preparó dos emparedados y ella nada que sale del baño. ¡Mujeres! Piensa negando con la cabeza, pues que tanto hacen. Tan fácil que es bañarse y enfundarse en lo primero que encuentren. ¡Ah, no! Tienen que echarse encima un montón de menjurjes, cambiarse varias veces de ropa para terminar con lo primero que se habían puesto y encima tardar horas maquillándose para verse bien, pero sin que parezca que lo están: ¡Una locura! Él solo sabía que las chicas tardaban, pero no fue hasta que conoció a Carolina que aprendió el porqué. A todas las novias que había tenido las esperaba en la sala o llegaba por ellas hasta que le avisaban que estaban casi listas. En cambio con Carolina había tal confianza que él se echaba en la cama a ver una película o alguna serie mientras ella se alistaba, por lo que conoció el ritual femenino de principio a fin.

—¡Ya casi estoy! —grita Carolina desde la recámara—, solo meto unas cosas a mi bolsa y nos vamos.

—No sé para qué te arreglas tanto, vas conmigo.

Refunfuña Nicolás caminando hacia la recámara para sacarla de una buena vez de ahí. Cuando la ve casi se va de espaldas, ella es muy guapa —esbelta, de larga cabellera marrón, piel blanca y ojos grandes muy expresivos—, y cada que salen luce muy bien, pero hoy se ve espectacular, hay algo diferente que no sabe explicar que lo ha dejado sin aliento.

—Lo sé, pero en el camino puede conocer al hombre de mis sueños, cariño.

Responde ella medio en serio y medio en broma, toma su bolsa y pasa junto a un pasmado Nicolás que la sigue con la mirada y los pies sin dar crédito a lo hermosa que se ve.

—Pues mirándote bien, así ya más detenidamente, hasta yo te conquistaba.

Le coquetea Nicolás mientras se suben al auto, de verdad que lo tiene arrobado.

—Nada de eso —sonríe Carolina—, fuiste muy estricto al respecto: ¡Nada de romance entre nosotros! ¿Lo recuerdas?

Nicolás asiente con la cabeza, sabe perfectamente lo que dijo, aunque a decir verdad ya no esta tan seguro. Ignora la razón, pero desde que se conocieron es la primera vez que la ve de una forma diferente. Es obvio que noto que es muy guapa, si no está ciego, pero nunca se había sentido atraído por ella de esta manera, no puede dejar de mirarla, algo en ella brilla de forma especial.

El trayecto resulta muy ameno, las casi tres horas de camino pasan volando. Carolina, como buena copiloto, es la encargada de elegir la música que es casi por completo del agrado de Nicolás, sólo no tiene nada de banda, el gusto culposo de él, de ahí en fuera tienen el mismo ecléctico gusto musical, por lo que se la pasan cantando y riendo todo el camino.

Cuando ya están en la carretera directa a Zacatlán el paisaje es más frondoso y bonito, sin embargo por más que se fijan no divisan ningún árbol de manzanas, lo cual es bastante extraño dado el nombre del pueblo, tenían la idea de que verían en el último tramo hileras de árboles de manzana a diestra y siniestra, pero nada. Carolina hasta había bromeado comentando que seguro olería a esa fruta todo el pueblo, como Coatepec huele a café, pero ni el olor sintió.

—¿Y las manzanas?

Exclamo Carolina cuando llegaron al fin al pueblo mágico.

—Ni idea, nena —contesto Nicolás con la vista fija en el mapa del celular para seguir la ruta hasta las cabañas.

—¡Me siento estafada!

Refunfuño Carolina mientras le quitaba el celular de las manos para guiarlo y así el pudiera estar pendiente del camino. Dar con las cabañas no fue nada complicado, estaban prácticamente a la entrada del pueblo. Se estacionaron frente a un hermoso mirador donde estaba la recepción y el restaurante.

—Los esperábamos más tarde —se disculpó la atenta recepcionista—, tenemos cupo lleno en estos días, su cabaña la acaban de desocupar, justo ahora la están limpiando. Pueden esperar si gustan en el restaurante.

Carolina y Nicolás se encogen de hombros, no les queda de otra que esperar, además que mueren de hambre, los dos sándwiches que llevaron se los habían comido muy temprano.

—Está bien.

Responde Nicolás a la recepcionista y esta los guía al interior del restaurante, una acogedora cabaña con chimenea que tiene una vista impactante. Les asignan una mesa junto a la ventana por lo que pueden seguir disfrutando del cautivador paisaje. La mesera les recomienda el mole del lugar, al parecer es la especialidad y lo piden en enchiladas, las cuales resultan ser las mejores que han probado.

Cuando están disfrutando del café de olla y el postre la recepcionista llega a avisarles que su cabaña ya está lista, al final no han tenido que esperar mucho tiempo. Toman la llave de la cabaña y Nicolás anota las indicaciones para llegar a la zona de las cabañas, que está un par de calles más allá, la señorita les avisa que el encargado les estará esperando, por lo que piden la cuenta para apurarse, después del trayecto necesitan refrescarse un poco y ponerse cómodos.

Está muy fácil llegar al lugar indicado, pero Nicolás comprueba lo que ya sospechaba, esto más que una escapada de diversión, es idónea para un fin de semana romántico, alejado del pueblo, con total privacidad. Lo cual le inquietaba hoy temprano, pero ahora le parece una suerte estupenda estar con Carolina en un sitio así, no tiene idea que cambio, pero le encanta la sensación. Y a juzgar por los ojitos brillantes de ella está sintiendo lo mismo.

El encargado los guía hasta su cabaña, la más apartada de la zona, lo dicho alguien allá arriba está poniendo la mesa para dos, así que se dejará llevar, con ella nada puede salir mal, es perfecta en todos los sentidos, lo que no sabe es como no lo noto antes.

El joven les muestra el interior de la cabaña que es aún mejor que en las fotos, hay un pequeño balcón acondicionado con un sillón de terraza muy cómodo y una mesita, al verlo los dos sonrían, ya saben dónde cenarán esa noche. La decoración del lugar es totalmente rústica, pero cómoda y muy acogedora. Carolina se queda en la recámara acomodando su maleta y Nicolás sale con el encargado para ver dónde están los leños para la chimenea y escuchar el resto de la perorata de bienvenida que tiene bien aprendida.

—... El servicio de restaurante está disponible hasta las 11 de la noche, les recomiendo que si piensan pedir algo de cenar lo hagan una media hora antes de esa hora.

Nicolás asiente con notoria inquietud, muere por abrir una botella de vino y sentarse con Carolina en esa idílica terraza.

—Sí, muchas gracias, lo tendré en cuenta —responde dándole una amable propina al joven por ayudarles con las maletas, él siempre es muy considerado con las personas que le prestan algún servicio.

Una vez se va el encargado, Nicolás entra casi corriendo a la cabaña llevando consigo unos leños que acomoda en la chimenea para más tarde que baje la temperatura. Saca las botellas de vino que compraron antes de salir de la ciudad y descorcha una, con dos copas en mano entra a la habitación donde se encuentra a Carolina tendida en la cama. Solo hay una por lo que tendrán que compartirla, lo cual ya han hecho muchas veces, sin embargo ahora entre ellos flota una sensación diferente, como una bruma cargada de pasión o eso le parece. Carolina le sonrío cuando lo ve entrar y extiende la mano para tomar la copa. Él se la entrega y la toma de la otra mano para levantarla de la cama, es mucha tentación acostarse junto a ella, sabe que ahí dormirán, pero antes de eso quiere descifrar mejor lo que siente, aunque en el fondo sabe que algo pasará esa noche, es como un muy buen presentimiento.

—¡Ven, flojita! ¡Vamos a disfrutar de esa vista!

Carolina lo sigue con muy pocas ganas, prefería estar un rato echada en la cama, pero después de acomodarse junto a él en el sillón, copa de vino en mano, música y esa espectacular vista, se olvida por completo de querer estar acostada.

—¡Wow! ¡Esto es maravilloso!

—¡Te lo dije!

Carolina le sonrío y se pierde un poco en la vista y otro tanto en sus pensamientos. Se siente tan a gusto junto a Nicolás que por momentos le da miedo, hace tiempo que ella tiene sentimientos más allá de la amistad por él, sin embargo se los ha guardado muy bien para sí dado que él no ha dado indicios de corresponderle... Hasta hoy. No entiende la razón, pero desde que salieron de su apartamento esa mañana una energía especial corre entre ellos. Él al fin la ha mirado, no como a una amiga, sino como a una mujer y eso la ha tenido un tanto nerviosa, sabe que esa noche puede pasar cualquier cosa y lo desea con ganas desde hace mucho, más sus decepciones del pasado hacen un poco de sombra a sus emociones. Sabe muy bien que Nicolás es diferente, confía en él, de quien desconfía es del cruel destino quien hasta ahora la ha aguardado con una puñalada traperera a la vuelta de cada esquina. Ruega al cielo o a quien quiera escucharla que esta vez sea diferente, porque ahora sí que moriría de dolor, no solo por un amor perdido, sino además por la amistad más hermosa que ha tenido jamás.

El tiempo pasa volando entre pláticas y risas, y botellas de vino acompañadas de la tablita de carnes frías y quesos que compraron en una selecta tienda el día anterior, los dos son amantes de esas delicatessen. Están tan a gusto juntos que ni cuenta se dan que ha caído la noche sino es porque la temperatura ha bajado considerablemente y el frío les hace calar los huesos.

—Mejor entramos —comenta de pronto Nicolás cuando ve que Carolina tiritita de frío a pesar

de la manta que le ha echado encima.

—No te lo discuto.

Responde parándose de un brinco del sofá y entrando prácticamente corriendo a la cabaña donde se repantiga en los cojines desperdigados junto a la chimenea, mientras Nicolás la prende y atiza el fuego con maestría. Al terminar él se acomoda junto a ella y la atrae a sus brazos para hacerla entrar en calor más rápido. Carolina se siente tan a gusto que cierra los ojos para disfrutar del momento, para ella no hay mejor lugar en el mundo que los brazos de Nicolás.

De repente en la pequeña bocina que han llevado para la música se escucha una de las canciones favoritas de los dos:

*Destapa el champagne,
Apaga las luces
Dejemos las velas encendidas
Y afuera las heridas...*

Nicolás le canta al oído lo que hace que ella se estremezca, sin pensarlo levanta el rostro hacia él, en sus pupilas bailan las llamas de la chimenea. Él le quita un travieso mechón que le ha caído en el rostro, al hacerlo acaricia delicadamente su mejilla provocando sutiles descargas eléctricas en todo su cuerpo. Poco a poco se acerca a ella hasta que sus rostros están a milímetros, Carolina se muerde los labios de la expectación, hace mucho que anhela besarlo y esos segundos antes del inminente beso le resultan eternos. A pesar de su notoria ansiedad, él se toma su tiempo, con delicadeza acaricia su rostro hasta colocar la mano detrás de su cuello para levantarle la cara hacia él, deposita unos sutiles besos desde su oreja hasta la barbilla. Se separa un poco para admirarla unos segundos más hasta que al fin sus bocas se funden en un tímido beso que de a poco va subiendo de intensidad. Carolina levanta las manos hasta rodear su cuello para así aferrarlo más a ella, de alguna manera quisiera detener el tiempo, que ese inefable momento no termine jamás.

Sin despegar los labios un segundo, poco a poco se van resbalando en los cojines hasta quedar acostados, las manos de él recorren con delicadas caricias su espalda por debajo de su blusa provocando dulces escalofríos. Ella acaricia su cuello y sube sus manos hasta enredarlas en su pelo, Nicolás gruñe de placer al sentir sus juguetones tirones. La piel de ambos reclama contacto directo, la ropa les estorba y en un pestañeo se deshacen de ella. Nicolás se separa un poco para admirar la espléndida desnudez de Carolina, sus labios se posan de nuevo sobre los de ella con un beso más profundo, sus manos resbalan de su cuello hasta el ombligo en una caricia que le hace sentir espasmos de placer anticipado que su cuerpo responde arqueando la espalda en una silenciosa invitación a ir un poco más lejos. Él sonrío junto a su boca y suelta sus labios para descender a besos por su piel, al llegar a sus turgentes pechos se detiene para tomarse un tiempo en mimarlos: los besa con avidez dando pequeños mordiscos a sus erectos pezones mientras sus manos continúan el camino de su cuerpo un poco más al sur, acariciando subrepticamente su monte de venus y seguir hasta la parte interna de sus muslos para subir de nuevo hasta su pecho, evitando a propósito el centro de placer de Carolina, en respuesta ella eleva las caderas hacia él buscando el contacto. Nicolás sonrío travieso, él también se muere por tocarla ahí, en ese lugar especial, pero sabe que prolongar el contacto la hará explotar de placer y él quiere que se deshaga en sus manos, que sienta lo que nunca ha sentido.

—No comas ansias, mi amor.

Le dice con voz entrecortada soltando sus pechos y descendiendo con besos por todo su abdomen. Se detiene en el ombligo dándole sutiles lengüetazos que hacen que ella se retuerza

debajo de él, sabe a dónde va y muere por que llegue. Nicolás baja un poco más hasta llegar al comienzo de su intimidad, le da pequeños besitos para continuar por la cara interna de uno de sus muslos. Carolina arde en deseo, quiere sentir sus labios justo ahí donde la magia ocurre, se revuelve un poco levantando su pelvis, Nicolás capta el mensaje, sabe que la ha llevado al límite de su excitación y sorprendentemente se adueña con sus labios de su entrepierna, besando y lamiendo con avidez hasta que ella no puede más y explota en una serie de orgasmos que la hacen gritar y llorar de placer. En ese justo instante Nicolás se levanta para introducir su inhiesta virilidad en ella lo que la hace alcanzar un éxtasis inconmensurable. Él acompasa sus estocadas al ritmo de sus caderas, las cuales Carolina eleva para facilitarle un poco más la entrada. Nicolás se gira con total maestría para quedar abajo y darle la libertad de moverse a su antojo. Ella acepta la invitación y comienza a dar cadenciosos giros, tomando el control de su excitación, empieza con suaves movimientos que suben lentamente de intensidad hasta llevarlo al borde del abismo para descender con suavidad, él la mira extasiado, esta endemoniadamente bella al mando, parece una Diosa griega montándolo con audacia. En repetidas ocasiones lo lleva hasta la cima, pero se detiene para comenzar de nuevo, lo está enloqueciendo al punto de que no aguanta más y la toma firmemente por las caderas elevándose hacia su boca, ahora es él quien la embiste una y otra vez hasta que explota llevándola de la mano hasta caer rendidos unos junto al otro. No dicen nada, tan solo se abrazan con cariño, él la besa en la frente y la aprieta más a su pecho. Se quedan un buen rato así, disfrutando su compañía después de amarse con tanta pasión.

Pasado un tiempo Carolina se remueve bajo sus brazos y se levanta del suelo tendiéndole la mano con una traviesa sonrisa dibujada en los labios.

—¿A dónde me llevas?

Pregunta Nicolás devolviéndole la sonrisa, se siente inmerso en una nube de felicidad, por un momento pensó que pasada la excitación alguno de los dos pudiera sentirse raro, pero al contrario, la pequeña chispa que sentía hoy se ha convertido en fuego al rojo vivo.

—A devolvarte el favor, cariño.

Le dice ella en un sensual susurro que lo pone al cien de nuevo. Sin chistar la sigue hasta la habitación, ella lo empuja a la cama y se acerca a él lentamente. Nicolás gruñe de excitación, los ojos de Carolina brillan picaros y sus sensuales movimientos al acercarse a él lo tienen quemándose de deseo. Le encanta que ella tome la iniciativa, se le hace tremendamente sexy verla tan segura y prendida. Vuelven a amarse con total entrega, pero ahora a su manera. Al final los dos explotan al mismo tiempo en un éxtasis que los deja agotados. Nicolás se acurruca junto a ella arropándola con sus brazos y casi enseguida se quedan dormidos.

A la mañana siguiente Carolina se despierta primero que él y al sentir sus brazos rodeándole la cintura sonrío pletórica de felicidad. Con delicadeza se suelta de su agarre y se sienta en el borde de la cama para mirarlo un momento antes de levantarse, se ve tan guapo así, dormido plácidamente. Con sigilo deposito un beso en la mejilla de Nicolás y corre al sanitario. Cuando sale toma una manta doblada en la butaca que está dispuesta al final de la cama y sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

En la estancia de la cabaña hay una pequeña barra donde está dispuesto un servicio completo para el café, incluida una pequeña cafetera, toma una botella de agua para llenar el depósito y en la canastilla vacía el contenido completo del sobre con el café molido, a ambos les gusta muy cargado. El familiar ruido que hace la maquina al colar la deliciosa bebida es música para sus oídos, una vez terminado el proceso toma una pequeña taza de porcelana y se sirve. Con ella en la mano sale a la terraza a disfrutar el espectacular amanecer que desde ahí se puede ver. La neblina se levanta lentamente en el horizonte y unos tenues rayos de sol hacen un magnifico juego de luces

de colores sobre los húmedos árboles del bosque a sus pies.

Carolina se pierde un poco en sus pensamientos con la vista fija sobre las montañas que tiene enfrente. Hace ya un tiempo que los sentimientos por Nicolás han cambiado en ella, ya no lo ve sólo como un gran amigo, sino como algo más. La afinidad entre ellos es tal, que se entienden con la mirada casi como si se leyeran el pensamiento. Él es un amor, siempre atento con ella, se envían mensajes todo el día, la noche que no se pueden ver para cenar en su apartamento o en el de él, hablan hasta muy tarde platicándose como estuvo su día. Se ha vuelto una constante en su vida. Y como no sabía si él sentía lo mismo o no, se había guardado para sí misma estos sentimientos porque no quería salir lastimada de nuevo, pero después de la mágica noche que pasaron juntos está segura que él ha sentido exactamente lo mismo, nada le impide confesarle lo que siente, que esta total y profundamente enamorada de él.

Capítulo IV

Nicolás se despierta buscando a Carolina a su lado, al no sentirla termina de espabilarse, se incorpora un poco en la cama y el aroma a café que se cuele por la rendija de la puerta le anuncia donde está. Sonriendo se recuesta de nuevo con los brazos sobre la cabeza, las imágenes de la noche anterior pasan como un cinescopio en su cabeza, ha sido por mucha la mejor de toda su vida. Se recrea un poco con las imágenes que pasean en su mente, fue simplemente maravilloso, mejor de lo que hubiese pensado. Se desprende de golpe de las cobijas para incorporarse de la cama, a tientas busca su bóxer, pero recuerda que toda su ropa se quedó desperdigada en la sala, se ríe de eso y jala la cobija de la cama para enrollarse en ella y salir a buscar a Carolina. Cuando está a punto de salir el sonido de su celular lo hace regresar a buscarlo, el nombre que ve en la pantalla lo deja de una sola pieza: “Mónica”.

No sabe si contestar o no, por un lado quiere salir corriendo a abrazar a Carolina, pero por otro lo mata la ansiedad de saber para qué le está hablando después de tanto tiempo. Desde esa fatídica noche que salió de su casa no había vuelto a saber nada de ella, ¿Por qué jodida razón tenía que hablarle justo ahorita? Al final la curiosidad puede más y casi en el último pitido alcanza a contestarle.

—¿Qué quieres?

Pregunta en tono adusto.

—A ti, quiero verte —responde la conocida voz del otro lado del auricular.

Nicolás se queda en silencio, ¿Qué diablos puede responder a eso? Cierra los ojos y se aprieta el puente de la nariz, un gesto que hace cuando se pone nervioso.

—¿Para qué? —responde después de una larga pausa—No le veo el caso, está claro que te deje en muy buena compañía.

Contesto con total amargura. Todas las bonitas emociones que sintió al despertar se han ido por la cañería. Escuchar a Mónica le ha hecho recordar todo el amor tan profundo que sentía por ella, al grado de sentirse totalmente confundido. Hace apenas unos minutos quería correr a los brazos de Carolina, llenarla de mimos y besos, amarla de nuevo en esa idílica terraza. Ahora no sabe ni en donde está parado, la inoportuna llamada le ha puesto en un segundo todo patas para arriba.

—Te extraño —dice sin más la cínica mujer—, tal vez podemos arreglar algo, te juro que entre... ese tipo y yo no hay más nada. Estoy segura que puedes perdonarme, no sabía lo que hacía, estaba confundida, pero ahora sé bien lo que quiero, a ti. Por favor, vamos a vernos.

¡Joder! Grita con rabia en su interior. Maldito destino, ¿cómo es posible que esté pasando esto justo ahora? Tanto tiempo anhelo esta llamada y llega cuando ya no la espera a darle en la madre a todo, principalmente a la incipiente chispa que estaba naciendo en él por Carolina, una mujer maravillosa por donde la mires. Ahora ya no sabe nada de nada, ni lo que siente ni lo que quiere hacer. Debería mandar a la mismísima chingada a esta tipa, pero lo cierto es que el corazón casi se le ha salido del pecho al escuchar su voz. Por otro lado lo menos que quiere ser es uno más en la lista de los que han lastimado a Carolina, ella no se lo merece.

¡Joder! ¡Chingada madre! Exclama entre dientes de manera insonora. ¿Qué debe hacer?

—¿Estás ahí todavía? —pregunta una angustiada Mónica cuando ya ha pasado mucho tiempo de su inoportuna declaración.

—Aquí estoy —responde al fin Nicolás soltando el aire que no se había dado cuenta que estaba sosteniendo—, en la noche voy a tu apartamento, como a las nueve o diez y hablamos.

—Te espero —responde Mónica y cuelga la llamada.

Nicolás avienta el teléfono enfadado y se lleva las manos a la cabeza en clara señal de frustración. ¿Cómo carajo pudo pasar esto? Se sentía tan bien con Carolina, tenía que aparecer el cruel destino, universo o lo que sea a joderlo todo. Se levanta de la cama para dirigirse al cuarto de baño, ya no se siente de buen ánimo, necesita echarse agua en la cara para tratar de refrescar sus caldeados ánimos. Carolina lo conoce a la perfección, lo lee como si fuera un libro o se calma antes de salir o ella sabrá que paso algo nada agradable. Además que debe inventarse una buena excusa para interrumpir el fin de semana, se suponía que estarían ahí hasta mañana, es puente largo, por lo que trabajan hasta el martes. Y si quiere estar en la noche en casa de Mónica deben salir más tardar a las tres de la tarde.

—¡Soy un imbécil!

Exclama en voz alta mientras se enfunda en un pantalón de chándal que ha sacado de la maleta, la idea de involucrarse en la manta le resulta absurda e inútil, por supuesto que ya no piensa seducir a Carolina en la terraza, antes de continuar con cualquier cosa debe aclarar su mente y su corazón.

—A veces, pero ¿Por qué te lo dices con tanto coraje?

Levanta la vista sorprendido para encontrarse a una extrañada Carolina que lo observa un tanto divertida por sus palabras y un poco preocupada por su expresión. Se termina de subir el pantalón entreteniéndose de más anudando el cintillo, es como un medio de distracción en lo que piensa algo coherente que decirle.

—Me ha hablado mi jefe —masculla al fin sin mucho convencimiento.

—¿Qué ha dicho?

Pregunta ella borrándose cualquier expresión de simpatía de su rostro y él se odia un poco más por eso, le ha roto todas las ilusiones de un perfecto fin de semana de relajamiento. Lo dicho es un total y completo imbécil.

—Quiere que le lleve hoy en la noche unos documentos a firma para que los entregue mañana a primera hora en la oficina.

Dice todo de corrido, ni él sabe de dónde ha salido tal discurso de quinta. Ahora le está mintiendo, debe existir un lugar especial en el infierno para los amigos que les mienten a sus amigas con las que acaban de tener la noche de amor más hermosa y maravillosa de la vida. Se odia tanto así mismo que a su rostro no puede subir ni una mueca, tan solo alcanza a encogerse de hombros y maldecirse mucho a si mismo por pendejo.

—Entonces nos tenemos que ir ya—afirma ella más que preguntar.

Nicolás tuerce un poco la boca en señal de frustración.

—¡Perdón! —exclama sinceramente, de verdad lo siente en el alma—, pero no tan acelerado, podemos dar un recorrido por el pueblo y comer algo ligero, con que salgamos a eso de las dos o tres llegó a tiempo.

Carolina se mira las manos que retuerce en su regazo, esta visiblemente afectada, de verdad quería pasar el fin de semana completo con él, disfrutar esto nuevo que estaban sintiendo, gritarle eufórica todos sus sentimientos. En cambio, tratando de recobrar la compostura y portarse lo más comprensiva posible a pesar de que lo del jefe le parece algo bastante absurdo, sonrío débilmente y con la voz más dulce del mundo le dice:

—No queremos tentar a la suerte ni al tráfico de la ciudad de México, tu trabajo es primero— suelta un leve suspiro y agrega: desayunamos en el pueblo y nos vamos, más vale a tiempo que tarde.

Nicolás se siente el ser más despreciable del planeta al escuchar su comprensiva respuesta. Asiente con la cabeza mientras observa como ella abre su maleta para sacar una par de prendas de

vestir y su perfectamente acomodada bolsita con los enceres para bañarse.

—¡Gracias! —exclama él con un susurro de voz que demuestra el enorme pesar que trae encima.

Carolina le sonrío tímidamente, se acerca a él para depositar un tierno beso en sus labios y se gira hacia el cuarto de baño.

—De nada —exclama con soltura.

Desaparece tras la puerta del tocador, Nicolás escucha todos sus pasos sin moverse de su lugar, como deposita sus cosas sobre el lavabo, abre la puerta de la ducha y deja correr el agua. De repente la puerta se abre y ella asoma su cabeza por el marco.

—Nicolás, por cierto— dice con determinación.

Él levanta lentamente la mirada y pregunta:

—Sí, dime, cariño.

—Estoy enamorada de ti—suelta a bocajarro y desaparece de nuevo tras la puerta del baño.

Capítulo V

En uno de los callejones empedrados que salen al parque central del pueblo encuentran una serie de restaurantitos, todos tienen mesas con sombrillas a fuera que hace lucir encantadora la pequeña calle, pero el ánimo de los dos está tan decaído que no se percatan del pueblerino encanto, se sientan en la primera mesita desocupada que ven sin fijarse siquiera a cuál de todos los restaurantes pertenece. Están en modo “me da igual”. Un amable mesero se acerca a darles los menús y recitarles las muy bien aprendidas recomendaciones del lugar. Ninguno de los dos le presta atención, solo asienten con la cabeza a la cantarina perorata del joven sin escuchar realmente palabra alguna.

—¿Se deciden por alguna de nuestras especialidades o prefieren que regrese a tomarles la orden? —exclama con total propiedad el mesero.

—A mi tráeme unas enchiladas verdes en paquete con café y jugo, por favor.

Exclama como autómatas Nicolás devolviendo el menú al joven. Carolina lo observa un poco desconcertada, algo le pasa él no es así, duda que sea por los famosos documentos que debe ir a llevarle a su jefe, su instinto le dice que no le ha dicho la verdad, su comportamiento errático lo delata, él jamás es así y menos si de comer se trata, en su estado normal de ánimo hubiera escuchado con atención al mesero, preguntado mil detalles de las especialidades para terminar pidiendo varias al centro para los dos y así probar de todo. Aquí hay gato encerrado, piensa Carolina entornando los ojos, ¿le habrá afectado que le declarará sus sentimientos? Esa duda le encoge tanto el estómago que le hace perder el apetito.

—Para mí sólo café de olla y un jugo de naranja, por favor—le sonríe al mesero devolviendo el menú que tiene en sus manos.

El joven se retira contrariado, sin duda son los turistas más amargados que les ha tocado atender.

—¿No vas a comer algo?

Inquieta sorprendido Nicolás mirándola por primera vez desde esta mañana que ella le soltó esa bomba antes de desaparecer en el baño. De alguna forma había evitado hacerlo, no sabía que responder a sus palabras y se sentía el peor cabrón del mundo, primero por quedarse en silencio ante la valiente declaración de Carolina y segundo por mentirle tan descaradamente, entre ellos no habían mentiras, se decían las cosas abiertas y honestamente en todo momento, algo que él valoraba muchísimo, no podía creer que estuviera rompiendo tan vilmente ese mudo acuerdo de sinceridad entre ambos, y por algo que ni sabía si valía realmente la pena para poner en peligro la mejor amistad que había tenido en su vida.

—No podría pasar bocado —contesta ella levantando la vista hasta clavarla intensamente en sus pupilas— ¿Vas a decirme la verdad de lo que te pasa? Tu no estás así solo porque tienes que ir a dejarle a tu jefe unos documentos, lo cual dudaría que es verdad si no fuera porque te conozco y sé que no mientes.

Nicolás se siente la basura más apestosa y podrida del planeta. Es el peor mejor amigo que existe, ¿cómo es posible que le esté haciendo esto a ella, la única mujer que le ha demostrado cariño sincero? ¡Soy un pendejo! Se insulta mentalmente, nunca se va a perdonar llegar a perder a Carolina por nada, aunque sabe que de ser así lo tendría más que merecido.

—¿Es por lo que te confesé esta mañana? —pregunta Carolina en un hilo de voz al ver que él no responde.

—¡Oh, por Dios, nena, no... no es por eso! —exclama tomando las manos de ella con calidez,

la conoce tan bien, sabe que en este momento se debe de estar sintiendo terrible por haberle abierto su corazón, en sus ojos vidriosos ojos puede ver cuánto le duele su impertérrita actitud sobre su dulce y valiente declaración.—Solo estoy molesto por nuestro fin de semana frustrado.

Declara siguiendo la línea de su estúpida mentira y evadiendo, otra vez, lo referente a lo que ella le confesó esa mañana. Sabe que está siendo un completo animal, se odia a si mismo por su comportamiento tan ruin, pero no quiere decir nada al respecto hasta que no se reúna con Mónica, su llamada lo aturdió totalmente, necesita aclarar sus sentimientos. Y contarle eso a Carolina sería devastarla, sabe lo sensible que es, le rompería aún más el corazón, no puede soportar hacerle un daño de ese calibre. ¡Maldita suerte la mía! Grita mentalmente, siente mucha rabia por la dantesca situación en la que está inmerso, no sabe a quién le hizo tanto daño para que le pasen estas cosas, es eso o alguien lo odia con vehemencia allá arriba.

—Está bien —masculla por toda respuesta Carolina tomando a dos manos el humeante jarrito de barro con café de olla que le acaban de servir.

Nicolás la observa buscando su mirada, pero ella la esquiva, esta tan dolida que no emite palabra alguna en ese momento ni en todo el camino. El trayecto de regreso se vuelve dolorosamente eterno, Carolina se acomoda mirando hacia afuera por la ventanilla ignorándolo olímpicamente. Lo cual él sabe que se merece, por lo que respeta su distancia y se pierde en sus lúgubres pensamientos tratando de aclarar un poco la maraña de emociones que se le ha formado en la cabeza.

Al estacionarse al fin frente al edificio de Carolina la tensión en el ambiente es tal que Nicolás no puede con la presión y le suelta de golpe la verdad que se había estado aguantando todo ese tiempo, simplemente no puede mentirle ni un segundo más.

—Esta mañana me hablo Mónica, quiere verme y arreglar las cosas —exclama quitándose un imaginario peso de encima. Carolina se gira hacia él con la mirada cargada de decepción, se quita el cinturón de seguridad y se baja rápidamente del vehículo. De todo lo que estuvo elucubrando que le podía estar pasando a Nicolás, eso es lo último que se le hubiera ocurrido. La sangre le hierve de coraje, no quiere verlo ni hablar con él, en este justo instante lo odia con todas sus fuerzas.

Se para frente a la cajuela con los brazos cruzados esperando que el baje para abrir y darle su maleta, ya no quiere estar ahí, solo quiere tirarse en su cama a llorar, su corazón se acaba de romper en millonésimas partes, de todas las personas del mundo que podían hacerle daño, nunca se le hubiera ocurrido que Nicolás lo hiciera, el dolor que siente es peor al que haya sentido alguna vez.

Nicolás baja en silencio, abre la cajuela y saca las dos maletas, ella toma la suya y se encamina hacia su edificio sin mediar palabra, ni siquiera lo mira, corre detrás de ella para quitársela y subirla él, pero no se lo permite.

—Carolina, di algo por Dios —le ruega Nicolás—, me está matando tu actitud, de verdad lo siento mucho, debí decírtelo, pero después de lo que había pasado en la noche entre nosotros, tenía miedo que al contarte esto nuestra amistad se viera afectada y...

—Yo podía superar tus dudas, a pesar de lo de lo que vivimos anoche podía aguantar que me confesaras que cínica te había hablado y que quisieras verla —exclama dolida apuntándole con su índice en el pecho mientras las lágrimas le resbalan por la mejilla sin poder evitarlo—, lo que no puedo superar es que me mintieras tan descaradamente y que dejaras que me sintiera tan ridícula por haberte dicho lo que sentía por ti... ¡Eso sí que no lo puedo superar!

Se da media vuelta y sigue el camino hasta la entrada de su edificio lo más rápido que puede, quiere desaparecer.

—Caro, por favor, nena —la alcanza Nicolás tratando de agarrar su maleta—, perdóname, te lo ruego.

Carolina jala más fuerte su beliz y escupe entre dientes:

—Yo puedo subirla, tú mejor corre a ver a Mónica, no la hagas esperar.

Nicolás se queda pasmado por la amargura de sus palabras y no insiste más. Carolina agradece que no lo haga y prácticamente sube corriendo los escalones hasta el primer piso, cuando al fin cierra la puerta de su departamento detrás de ella, se desmorona. Se resbala por la puerta hasta quedar sentada en el suelo y termina de soltar todo el dolor sosteniendo con sus manos la cabeza mientras el llanto sale a raudales. Otra vez está hecha añicos, le duele cada centímetro de su alma, su corazón esta total y absolutamente destrozado. Sin fuerza para llegar hasta la cama se hace un ovillo en el suelo para seguir llorando, necesita sacar todo eso que trae dentro, de esta si no se levanta, ¿Quién supera algo así?

Nicolás se queda mirando hacia las escaleras, no sabe si subir a ver si Carolina está bien, lo cual duda mucho, o darle su espacio a que se calme y mejor ir a resolver el asunto con Mónica de una vez, quedo con ella en la noche, pero cuanto antes se aclare todo mejor y eso no va a pasar hasta que no la tenga enfrente, necesita verla y escucharla para poder definir sus sentimientos. El ansia por arreglar el enredo en el que está inmerso lo hace encaminarse a su departamento para bañarse y salir cuanto antes a casa de Mónica; además no cree que Carolina quiera verlo justo ahora, está muy molesta con él, con toda la razón del mundo, por lo que mejor es dejar que se le pase un poco el enfado.

En menos de media hora toma rumbo a su cita con el destino, esta visiblemente nervioso, tamborilea los dedos contra el volante en clara señal de ansiedad. Esa reunión es determinante, un parte aguas en su vida, puede que suene algo dramático y exagerado, pero así es, de lo que resulte de escuchar a Mónica será la decisión que tome, es una bifurcación de la cual no tiene idea de cómo saldrá parado. Puede que vuelva con ella o no, y no tiene idea de que tanto afecte su amistad con Carolina, si de por si no sabe a ciencia cierta si ella lo perdona, menos aún si vuelve con cínica de los huevos, como la ha apodado siempre ella desde que vio por primera vez “nuestros amantes”, una película española que le gusta tanto que la ha visto más de diez veces.

No son ni las tres de la tarde cuando se estaciona en el lugar de visitas del edificio de Mónica, solo espera que este en casa, no puede aguardar más, tiene el estómago hecho un nudo de tanto nerviosismo. De un salto brinca del vehículo y en pocas zancadas llega hasta la puerta, toca el timbre con el corazón latiendo a mil por hora.

—¡Nicolás! —Exclama sorprendida Mónica al abrir la puerta—, no te esperaba hasta la noche.

—No podía esperar más, me desocupe lo más rápido que pude para venir a verte, ¿puedo pasar? —inquire con ansiedad a recordar la última vez que estuvo en el umbral de esa puerta.

—Sí, claro, adelante.

Responde un poco melosa haciéndose a un lado para que pase. Nicolás nota que se asoma por la escalera, pero no le da mayor importancia. Entra cauteloso y se sienta en el enorme sillón color crema que está en la estancia, el mismo en donde hace dos meses estaba “el otro” tipo con quien ella andaba. Mónica le ofrece algo de tomar, pero él niega con educación, le pide vayan al grano cuanto antes. Ella se sienta junto a él en el sillón a prudente distancia y toma uno de los cojines para apretarlo a su pecho, como si fuera un escudo de protección. Nicolás la observa mientras ella se revuelve un poco en su lugar sin saber cómo empezar a hablar.

—Entonces, ¿Qué es eso que querías decirme? —la apura para que suelte su confesión o disculpa, no tiene idea de que vaya a ser.

Mónica levanta la mirada hacia él y suelta un fuerte suspiro antes de empezar a hablar.

—Nicolás, antes que nada quiero pedirte que me perdones, yo no soy así, no sé porque lo hice. De verdad que me sentía muy bien contigo, siempre fuiste tan dulce y atento conmigo, detallista en todo momento que hiciste que me enamorará tan rápido de ti y... aún lo estoy, te sigo queriendo, por favor perdóname, volvamos a intentarlo. Sé que podemos superar lo que paso, te juro que no volverá a suceder, de verdad te quiero y deseo volver contigo, que seamos felices como lo éramos.

Mónica guarda un momento de silencio para esperar que sus palabras hagan efecto en él. Sin embargo, Nicolás no siente ni la emoción ni el amor que creía sentir, de hecho la mira y no entiende como pudo enamorarse de ella, puede notar a leguas que su declaración es más falsa que un billete de trescientos. Y, sorprendentemente, no ha podido dejar de pensar en Carolina ni un segundo, mientras Mónica soltaba su falsa perorata, él solo podía pensar en su amiga, en su Caro, en lo mucho que está sufriendo y las ganas que tiene de salir corriendo a abrazarla, consolarla, besarla y suplicarle que lo perdone. La imagen de ellos dos de la noche anterior le llega de pronto y no puede evitar sonreír, que tonto ha sido, es ella, Carolina, de quien está realmente enamorado, ¿Por qué fue tan estúpido de necesitar venir a hablar con Mónica para comprobarlo? Ha sido un necio, sólo espera que su garrafal error no le cueste demasiado caro, pero no, bajo ninguna circunstancia se va a dar por vencido con Carolina, así tenga que rogarle todos los días por tiempo indefinido, la va a convencer.

—¿Si me perdonas, entonces? —le susurra coqueta al ver la sonrisa de Nicolás.

Él se da cuenta de que Mónica está malinterpretando su expresión y se pone serio de nuevo, lo menos que quiere es darle falsas esperanzas.

—No me has dicho porque lo hiciste.

La sonrisa se le borra por completo del rostro a Mónica al notar la frialdad de sus palabras.

—No lo sé —se encoje de hombros—, simplemente paso, me sentía bien contigo, pero un poco abrumada por tanta atención...

—Eso no es un motivo para ser infiel —la interrumpe adusto Nicolás.

—Lo sé, corazón, lo sé. —ella trata de tomarle la mano, pero él la quita— Simplemente paso, Roberto apareció de la nada y me sentí confundida, no supe que hacer, él me movió cosas, pero ya eso quedo atrás, me di cuenta que es a ti a quien quiero.

—Ah, el susodicho ya tiene nombre.

—Sí, pero eso es lo de menos, él ya no me importa en lo más mínimo, te lo juro, todo eso quedo atrás, en el pasado...

—Como nosotros, querida.

Responde cortante Nicolás levantándose del sillón, no tiene caso estar ni un minuto más ahí, está claro que es historia muerta, agua pasada. Su corazón esta con la maravillosa mujer que dejo llorando en su apartamento, la que ha sido su mejor amiga y ahora se da cuenta que es de quien tiene mucho tiempo enamorado, solo que estaba totalmente ciego.

—¿Te vas? ¿Me dejas así? —cuestiona Mónica al verlo dirigirse a la puerta.

—Sí, me voy. No hay nada que rescatar, simplemente esto se acabó desde ese día, fui un necio al venir hoy a comprobarlo.

—Pero... tú... yo —balbucea ella alcanzándola en la puerta.

Nicolás niega con la cabeza, abre la puerta del departamento y se encuentra con el tal Roberto que acaba de llegar, el tipo lo mira desconcertado. Nicolás sólo se ríe, al parecer con los dos terminó ese día y los cito a ambos para ver con cuál de ellos podía reconciliarse, si no es que pensaba hacerlo con los dos y seguir jugando ahora con más cuidado de no ser descubierta. Es

mucho peor de lo que él pensaba.

—Ahí te buscan, conmigo no pudiste, a ver si él te perdona.

El recién llegado los mira desconcertado.

—¿Qué pasa aquí, Mónica? ¿Es una broma de mal gusto? —pregunta con acritud.

La mujer se lleva las manos a la cara visiblemente afectada al ver que su trepa se le vino abajo.

Nicolás se ríe por la bizarra situación y le dice sincero al tal Roberto:

—Ahí te la dejo, que ella te explique.

Se voltea hacia Mónica para dirigirle unas últimas palabras:

— Y tú no me vuelvas a buscar, nunca, eres una cínica... de los huevos —dice entre risas al usar el apodo que Carolina le puso, el cual le queda como anillo al dedo.

Mónica lo mira con el rostro desencajado, pero es algo que le importa un comino. Da media vuelta y sale casi corriendo de ahí para no volver, al fin ha cerrado ese tétrico capítulo de su vida, ahora sí para siempre.

Capítulo VI

Brincando los escalones de dos en dos Nicolás llega hasta la puerta del apartamento de Carolina, necesita hablar con ella, abrirla su corazón y declararle todos esos sentimientos que tiene hacia ella. Y, principalmente, necesita suplicarle que lo perdone, no sabe si al menos quiera escucharlo, en el camino para acá le estuvo marcando, más de diez llamadas y ninguna le contesto, tampoco leyó todos los mensajes que le mando. Algo muy raro en ella que siempre responde al segundo timbrado y los mensajes los lee y contesta casi enseguida, solo que este durmiendo no lo hace, pero después de diez llamadas era para que se hubiera levantado.

Toca el timbre varias veces y nada, dentro no se escucha ruido alguno, o no esta o de verdad se quedó dormidísima. Sin importar que sea, Nicolás decide montar guardia frente al departamento, en algún momento va a salir o llegar si anda afuera. Tiene que intentar arreglar si o si las cosas con ella hoy mismo. Se sienta en el último escalón a esperarla, mentalizado que puede ser unos minutos, una hora o mucho más, le importa un bledo el tiempo que sea, ella vale toda esa espera.

—¡Nicolás! ¿Qué haces aquí?

Escucha a lo lejos la voz de Carolina y se despierta de golpe, ni cuenta se había dado que se quedó dormido, estaba tan cansado por todos los ajetreos del día que de seguro lo venció el cansancio.

—¡Vine a buscarte! —contesta emocionado espabilándose del todo.

—¿Para qué?

Inquire ella abriendo la puerta del departamento, él la sigue dentro, al menos no se la ha cerrado en las narices.

—Para pedirte perdón y decirte...

En ese momento Carolina prende la luz y puede ver su rostro hinchado por haber estado llorando todo ese tiempo, a Nicolás se le estruja el corazón, le duele verla así y saber que es el culpable de eso lo mata por dentro.

—¿Y decirme que?

Pregunta Carolina en clara invitación para que continúe hablando, hay un dejo de enojo en su voz, pero lo consuela que no lo haya corrido, al menos le está dando la oportunidad de hablar, eso ya es un avance, una pequeña esperanza a la cual asirse.

—Qué yo también estoy enamorado de ti.

Suelta sin anestesia ni rodeos, tenía que decírselo así, como es. Carolina se queda de una sola pieza, de todo lo que esperaba que él dijera eso no se lo hubiese imaginado, aunque en el fondo lo deseara con todas sus fueras, pero ¿Por qué se lo dice hasta ahorita? En la mañana hubiera dado lo que fuera por escuchar esas palabras de sus labios después de que ella se lo confesaría, pero ¿ahorita? Después de todo lo que paso, de que terminará tan abruptamente su fin de semana sólo porque ella le hablo y corriera a verla, ¿Por qué? ¿No entiende nada!

—¿Por qué me lo dices hasta ahora? —Pregunta confundida—, ¿acaso necesitabas pedirle permiso a cínica para decirme lo que sientes por mí?

Sabe que su última pregunta está cargada de sarcasmo, pero no le importa, nunca lo había usado con él, pero es su mecanismo de defensa cuando está asustada, así reacciona. Nicolás lo sabe perfecto por eso no se lo toma a mal, la conoce como la palma de su mano.

—No, Caro, no necesitaba pedirle permiso —sonríe para tratar de apaciguar los ánimos—, si hice muy mal, pero estaba confundido, no sabía qué hacer, ni que pensar. Su llamada me

descoloco, necesitaba verla para desenmarañar mi cabeza.

Carolina responde con un escueto “ok” mientras deja sobre la barra la bolsita que tenía en la mano y se sienta en uno de los bancos, en un reflejo cansino se apoya la cabeza en sus manos en señal de frustración. No sabe que responder, una parte de ella quiere tirarse a sus brazos y otra correrlo de su casa.

—¿Qué es eso? —pregunta Nicolás señalando la insignificante bolsita.

—Unas quesadillas que salí a comprar, moría de hambre.

Nicolás hace un gesto parecido a una sonrisa, sabe que no desayuno nada y es tardísimo, seguro eso es lo primero que va a comer en todo el día. Con la confianza con la que siempre se ha movido en su casa saca un plato de la alacena y desenvuelve el paquetito acomodando las humeantes quesadillas sobre él. De otra puerta saca un vaso para servirle un poco de refresco que saca del refrigerador. Carolina lo observa sin mediar palabra, de verdad lo extrañaría si decide no volver a verlo, hay tanto de él en cada rincón de su casa que no cree que lo soportaría.

—Come, nena, mientras te cuento todo, ¿sí?

Le dice con mucho cariño Nicolás acomodándose en el banco junto a ella.

—Se me ha vuelto a ir el apetito —declara Carolina empujando el plato.

—No me hagas esto, por favor —se gira hacia ella—, trata de comer, no has probado bocado en todo el santo día.

—Ni tú desde el desayuno.

Puntualiza al recordar que solo comió las enchiladas en la mañana. El estómago de Nicolás ruge un poco al escuchar eso, además las quesadillas huelen deliciosas y son cuatro, ella nunca se come tantas, seguro compro como lo hace cuando desayunan juntos los fines de semana.

—¿Comemos juntos? —Pregunta esperanzador— y mientras te cuento todo sin omitir nada...

—Y sin mentiras —lo interrumpe Carolina.

—Ninguna, nena. No volveré jamás a cometer ese error.

Nicolás se levanta para tomar un plato y un vaso para él, por el rabillo del ojo ve que Carolina empieza a mordisquear una quesadilla y sonríe, al menos ya está comiendo. Se sienta junto a ella, se sirve dos quesadillas con un poco de salsa y da un bocado a la deliciosa garnacha.

—¿Y qué fue lo que paso en casa de Mónica? ¿Qué es eso que quieres contarme? —inquire Carolina dando un bocado más grande a su quesadilla.

Nicolás carraspea un poco, sabe que no debe dejar detalle fuera, así que le cuenta todo sin obviar nada, lo menos que quiere es dejar espacio a duda alguna. Le platica desde que ella lo dejó parado allá abajo hasta que salió de casa de Mónica y corrió para acá. Nunca ha sido hombre de reprimir sus emociones, le cuenta como se iba sintiendo a cada momento, principalmente cuando estaba sentado delante de Mónica, ese justo instante dónde tuvo la epifanía que le abrió los ojos para revelar sus verdaderos sentimientos; le explicó como no podía dejar de pensar en ella cuando la otra daba sus absurdas explicaciones y él tan solo quería correr a buscarla a ella, lo cual hizo dejando a la cínica con un palmo de narices. La parte del encuentro con el tal Roberto se lo menciona someramente, no quiere que por un momento piense que fue eso lo que le hizo decidirse por ella, porque está muy lejos de la realidad, antes de que él apareciera ya había descubierto lo que siente por Carolina, lo del tipo había sido *pecata* minuta, una simple confirmación de que Mónica es una cínica sin remedio.

—Y eso fue todo, no he dejado nada fuera, ¿Qué piensas?—pregunta inquieto.

—¿De verdad le dijiste que es una cínica de los huevos? —cuestiona entre risas Carolina.

—Sí, así le dije —afirma entre risas Nicolás—, pero es lo de menos, nena. ¿Qué piensas de lo que siento? Sé que lo merezco, que me porte como el pendejo más grande de la historia, pero por

Dios dime algo sobre nosotros.

—No ha sido la mejor declaración de amor de la historia—contesta sin dar una respuesta.

—Lo sé, pero necesitaba que supieras todo y ahora que lo sabes, ¿Qué dices? Me está matando que no me digas nada sobre mis sentimientos, sobre nosotros.

Carolina se gira en el banco para mirarlo, sabe que él quiere una respuesta sobre ellos dos, es solo que tiene dudas y no sobre lo que ella siente, si no sobre los sentimientos de él. Entiende que necesitará cerrar ese capítulo, pero ¿Por qué carajos se dio cuenta que está enamorado de ella hasta que tuvo a la otra enfrente? Ya ha tenido muchas decepciones en su vida, no quiere una más. Sabe perfecto que él quiere una respuesta ahora, pero no quiere tomarla a la ligera, necesita confirmar de alguna manera que esto que él siente por ella es verdadero, tiene miedo que otra vez lo llame la mujer y vuelva a confundirse. No desea ser una opción, sino ser la única.

—Tengo miedo, Nicolás —suelta al fin sin reparos—, y si ella te vuelve a llamar, ¿vas a correr a verla? ¿Volverás a confundirte? Lo menos que quiero es salir de nuevo lastimada...

—Eso no va a pasar, nena... Estoy enamorado de ti y eso no lo cambia nada ni nadie. Te lo juro, ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

Nicolás le toma las manos entre las suyas apretándolas con fuerza, quiere transmitirle a través de ese contacto todo lo que siente.

—No lo sé, dame tiempo para procesar todo, hoy que te fuiste me sentí devastada, en un arrebató de locura te confesé mis sentimientos y tú fuiste una piedra, me dolió y mucho.

—Perdóname, por favor. Fui un animal, lo reconozco, estaba confundido, pero no más, ahora estoy seguro de lo que siento, te quiero a ti, solo a ti.

Carolina lo mira incrédula, con el alma desea creerle, en esos momentos quisiera arrojarse a sus brazos, pero el miedo la tiene dominada. Se suelta de sus manos y se levanta para recoger los platos sin contestarle nada. Nicolás observa sus mecánicos movimientos, quiere jalarla hacia él, abrazarla, besarla, sentirla contra sí, pero sabe que debe dejarla procesar todo. Las lágrimas resbalan por sus mejillas, nunca ha tenido pena por llorar y menos estando con ella que es la única persona en el mundo con la que puede ser realmente él sin poses ni caretas. Al terminar de limpiar todo, Carolina se acerca a él, ella también está llorando, sin poder reprimirse Nicolás la atrae a sus brazos y ella no opone la más mínima resistencia, sabe que no hay mejor lugar en el mundo que ahí, ese espacio que ahora ocupa en los brazos de Nicolás, sin importar dónde éste ese lugar siempre será su hogar.

—Efectivamente, fuiste un reverendo idiota —le dice Carolina separándose de su pecho sin salirse de sus brazos.

Nicolás pega su frente a la de ella y con voz entrecortada le desnuda el corazón:

—El peor del mundo, ¿me perdonas? ¿Me aceptas como el idiota que va a dedicar su vida a amarte cada segundo de cada día? No soy perfecto, nena, pero te prometo que te daré siempre lo mejor de mí, que no tendrás la más mínima duda de que estoy loca y profundamente enamorado de ti. Eres lo mejor que ha pasado en la vida, tenerte a ti es como sacarme el premio mayor de la lotería, eres sin duda mis tres deseos de la lámpara de Aladino y pienso cuidarte como el mejor de los regalos.

—Esa, cariño, sí que es la mejor declaración de amor de la historia.

Nicolás sonrío ante sus palabras, sólo ella es capaz de responder algo así. La aferra más a él para sentirla más cerca, la necesita como el aire para respirar, ¿Cómo no se dio cuenta antes? Tenía la felicidad en sus narices y por pendejo estuvo a punto de perderla.

—¿La aceptas? Carolina, ¿aceptas ser mi mejor amiga y mi mejor amor para toda la vida?

Carolina acaricia suavemente su mejilla para después unir sus manos detrás de su cuello, se

acercas a sus labios y con una enorme sonrisa le susurra junto a su boca:

—Te amo, tonto.

—Te amo, tonta, hoy y siempre y para toda la vida.

Exclama con vehemencia Nicolás antes de atrapar su boca en un beso que silenciosamente confirma todos los sentimientos que desde que la conoció habían estado ahí, pero que él no veía: Es ella, siempre ha sido ella... y siempre lo será.

FIN

El lado Oscuro de la Luna

Capítulo I

El frío viento de la madrugada le cala los huesos, pero Amanda hace caso omiso, tan solo aprieta un poco más sus brazos alrededor de la cintura tratando de que la delgada seda de su salto de cama la cobije. Su cuerpo tiembla por la baja temperatura mas no le importa ni la hace regresar a la cama, la ansiedad que la carcome es más fuerte que el helado viento de la noche. Es la cuarta vez en la semana que se despierta sobresaltada, con un nudo en el estómago y un nombre en los labios. No, no y no, no se lo puede permitir, ese recuerdo está más que enterrado, su traicionera memoria no puede sacarlo a flote ahora. Se suponía que era prueba superada, que había matado sus sentimientos por él, que ese hombre había quedado condenado al baúl de los olvidos de su corazón, ¿Por qué entonces tenía noches soñándolo? ¡Qué diablos le pasaba! ¿Cómo era posible que recordara sus besos y, lo que es peor, los ansiara mientras junto a ella dormía su marido? ¿A caso se estaba volviendo loca?

Hace años se hundió en el dolor por culpa de él, casi muere de tristeza, no es justo que ahora su recuerdo la invada como un fantasma en medio de la noche para amenazar su estabilidad emocional. No se lo va a permitir, ya no era la joven ingenua de antaño, ahora es una mujer fuerte y tiene junto a ella a alguien que no la deja caer. *Jódete, cabrón y vete al infierno*, piensa con coraje mientras suelta un suspiro cargado de frustración sale del fondo de su alma. Levanta la mirada al cielo para elevar, por enésima vez esta semana, una silenciosa plegaria de súplica a Dios o al universo o a quien quiera escucharla allá arriba para que la ayude a no caer de nuevo en ese oscuro abismo sin fondo.

Tiene ganas de gritar, de llorar a todo pulmón vociferando maldiciones, pero se las aguanta, no quiere asustar a Logan, su marido. Resignada se traga su desesperación, se limpia las lágrimas con el dorso de la mano y da media vuelta para regresar a su habitación. Al girar se topa de frente con Logan quien la mira con tristeza.

—Cariño... -emite con voz temblorosa-

—¿Qué haces fuera de la cama, Amanda? —pregunta Logan en tono adusto, sus brazos cruzados alrededor del pecho enfatizan su molestia, sabe perfectamente a que se deben esos episodios nocturnos de ansiedad de su mujer.

—Salí a tomar aire fresco —consigue articular Amanda.

Logan no responde, pero se le oscurece la mirada, le duele que después de tantos años ella siga sufriendo por ese imbécil, *¿Cuándo lograría olvidarlo? ¿Cuándo podría amarlo a él?*, piensa con tristeza. Él vive para complacerla, da su vida por ella, ¿Cómo es posible que siga despertando en medio de la noche azorada por el recuerdo de un hombre que la hizo sufrir tanto? No puede entenderlo, *¿Qué más tiene que hacer para que al fin lo ame y se olvide de él?* Se pregunta lastimosamente.

Suelta un bufido y regresa a la habitación, le duele demasiado.

—Logan, mi amor... -susurra ella asiéndolo del brazo.

—No digas nada y vuelve a la cama —gruñe jalando su brazo fuertemente para soltarse.

Una vez en la cama ella trata de acercarse a él, la rechaza de inmediato, en esos momentos está herido, lo menos que quiere es su compasión. Amanda se gira hacia su lado y sin reserva suelta el llanto reprimido, mas no por aquel amor perdido, como supone Logan, sino porque sabe que lo ha herido a él, precisamente a él, su marido, su salvador, el hombre que la rescató del hoyo negro en el que se hundió cuando la abandono ese por quien todavía suspira.

A las seis en punto suena la alarma del despertador. Amanda espera que se apague de

inmediato, Logan siempre la silencia para que ella pueda dormir sus adorados “cinco minutos más”, es la rutina de cada día, ya ni siquiera tiene que suplicarlos con voz de niña amodorrada. Sin embargo, esta mañana el sonido no cesa, el estridente pitido sigue taladrándole los oídos, estira la mano hacia el lado donde duerme su marido, pero el lugar está vacío, Logan no está. Como resorte se incorpora para apagar el cacharro infernal de una vez por todas. El silencio reina de nuevo. Agotada se deja caer sobre la almohada, cierra los ojos y se revuelve entre las sabanas como una niña berrinchuda, no quiere levantarse, la desaparición de Logan la tiene sin cuidado, no pudo haber ido muy lejos, está en el baño o fue a correr. El dejarla sola con su peor enemigo, el indeseable despertador, es su pequeña venganza por el episodio de anoche.

Escupiendo una serie de improperios se levanta de la cama, un segundo más y se duerme de nuevo, lo cual haría faltar a la escuela a su hijo Micky, quien había heredado de ella la dificultad para despertarse. Más dormida que despierta camina hasta su habitación y se lanza sobre la cama del pequeño, quien, al igual que ella, patalea entre las sabanas como protesta ante la abrupta interrupción del sueño.

—Un ratito más, mami —suplica con los ojos cerrados—por favor, ¿sí?

Amanda responde con una sonora carcajada.

—Ni hablar, jovencito, ya es hora.

Micky frunce el ceño, se gira boca abajo y se aferra a la almohada haciendo una dramática pataleta. Despertarlo es casi tarea imposible, todos los días, cada día. Amanda resopla, ahora comprendía a su madre, había tenido que luchar toda su infancia, adolescencia y parte de su vida adulta con esos berrinches cada mañana.

—Michael Collins levántate de una vez por todas.

Grita con energía mientras lo somete a un férreo ataque de cosquillas al cual Micky no se puede resistir, doblándose de la risa se sienta en la cama y estira los brazos. Amanda cesa el ataque y se para en el quicio de la puerta doblada de la risa, pero no se mueve de ahí hasta que ve que su hijo se levanta al fin de la cama y se encamina al cuarto de baño.

—No vayas a regresar a la cama —le advierte con suavidad, pero en tono firme— El desayuno estará listo en 15 minutos, te espero abajo.

Antes de bajar a la cocina regresa a su habitación para ver si su marido está en la ducha, pero no hay rastro de él. *¡Ah, entonces salió a correr!* Sin darle mayor relevancia al asunto camina rápido hacia la planta baja, debe apurarse con el desayuno.

Casi en modo automático echa leche, huevos, mantequilla y harina preparada para panqueques en la licuadora mientras calienta una pequeña sartén, vierte una porción formando un perfecto círculo con la mezcla, cuando las burbujas cubren por completo la superficie del panqueque hace un experto movimiento que lo hace volar por los aires para que caiga de nuevo del lado que falta por cocinarse. Una técnica nada fácil de conseguir, pero que después de meses de práctica —y panques embarrados en el piso y techo de la cocina— lo había conseguido. Michael lo vio una vez en un programa de televisión y quedó fascinado, por lo que estuvo detrás de ella un buen tiempo rogándole que los hiciera de esa manera, así que se avocó a aprenderlo. Amanda es capaz de todo con tal de dibujar en el rostro de su hijo una sonrisa, él es la luz de sus ojos, el motor de su vida. Sin él, ella no es nada.

—¡Listo el desayuno, Micky! —Le grita al niño asomada por la puerta de la cocina.

No obtiene respuesta, pero escucha los pequeños pasos bajar a tropel por la escalera. Ella ya había dispuesto el mantel de la guerra de las galaxias, su favorito, en el sitio donde siempre desayuna sobre la barra de la cocina. Un pequeño plato con dos humeantes panqueques descansa sobre él acompañado de un vaso de leche y uno de jugo; por supuesto, la jarrita con miel de maple

no podía faltar. Michael entra como una tromba a la cocina, de un brinco se sienta y comienza a devorar con rapidez.

—¡Panqueques! —Expresa con la boca llena y los ojos brillantes— ¿Los hiciste volar por los aires?

—¡Por supuesto! —Le responde emocionada Amanda- ¿Hay otra manera de prepararlos?

Michael niega con la cabeza y sigue devorando su desayuno. Amanda sonríe satisfecha mientras le acaricia cariñosamente la cabeza, su hijo era maravilloso, nunca deja de sorprenderse por algo tan sencillo como su desayuno favorito y eso que se lo prepara casi a diario. El niño levanta la cabeza y la mira con el ceño fruncido mientras se reacomoda los cabellos.

—¡Ay, que delicado! —exclama burlona mientras toma una taza para servirse café.

—Es que me despeinas, mami —gruñe el niño.

Amanda sonríe ante el reclamo y se sienta en el banco frente a él mirándolo con ternura: *¡Que enorme esta ya!*, piensa con nostalgia. El tiempo pasa muy rápido, en tres meses cumple los doce años y cada día se parece más a su padre, los mismos ojos verde profundo y su mirada misteriosa, como si en ellos guardara un gran secreto, y esas cejas tupidas que son capaces de expresar toda clase de emociones con simples movimientos, cada uno de los cuales ella sabe identificar a la perfección. La nariz recta, los labios delineados y una sonrisa que derrite a cualquiera también eran herencia de su padre. A ella sólo se le parece en el cabello rubio oscuro, fuera de eso, Michael es una copia fotostática en miniatura de su progenitor.

Tan concentrada está en sus cavilaciones que no se dio cuenta que su pequeño la mira desde la puerta listo para irse a la escuela.

—La tierra llamando a mami —bromea Micky.

Amanda se ríe por su ocurrencia y se levanta para darle un beso en la frente.

—¡Que tengas un lindo día, campeón!

—Gracias, mami... ¿Y papá?

Pregunta de pronto como si de la nada se hubiera dado cuenta que no había estado en el desayuno. Amanda imposta una tímida sonrisa.

—Salió muy temprano a la oficina, tenía junta.

Michael se encoje de hombros restándole importancia, a veces su papá trabaja demasiado. Corre hasta la parada del autobús escolar frente a la casa mientras Amanda lo ve alejarse, ya es todo un niño grande.

Capítulo II

Amanda marca por décima vez el número de su marido mientras se dirige al sur por la calle 15 hacia *penn square*, de nuevo salta el buzón de voz, debe traer apagado el móvil, al parecer esta vez su episodio nocturno lo ha molestado más de lo normal. Con precaución se enfila en el carril derecho para tomar la vía de acceso a la interestatal 76W, siempre ha preferido la ruta que pasa por *Valley Forge* para ir hasta el distrito central de negocios en Filadelfia, donde están las oficinas de su esposo. A pesar de los más de treinta minutos que separan *Penn Wynne* —el suburbio en el condado de *Montgomery* donde viven— del corazón de la capital de Pensilvania, al nacer Michael eligieron establecer su residencia ahí porque tiene el mejor nivel escolar del país y una tasa de criminalidad prácticamente inexistente. Y fue la mejor elección, desde hace doce años llevan una vida apacible y tranquila en el pintoresco suburbio donde su hijo ha crecido en un ambiente relajadamente feliz, por lo que la distancia se volvió algo sin importancia, a Logan no le molesta el trayecto y ella pocas veces necesita ir hasta la ciudad, pero ahora es necesario, su marido jamás se había desaparecido de esa manera ni apagado su teléfono, debe estar verdaderamente afectado, necesita hablar con él.

A las diez y media de la mañana llega al Comcast Center, el enorme rascacielos de cristal de 270 metros de altura que alberga en dos pisos el corporativo que dirige su marido, una empresa de telecomunicaciones que levanto de la nada y que hoy es de las más sólidas del país. Como esposa de Logan ella tiene pase directo al estacionamiento particular de las oficinas donde hay un elevador directo al despacho de su marido. Con una creciente ansiedad pulsa el botón del piso 49, desde que salió de su casa está bastante inquieta, es como un mal presagio que se le instaló en la boca del estómago. En poco más de doce años Logan jamás se había comportado así, su paciencia siempre ha sido infinita, le preocupa sobremanera que esta vez se haya cansado de sus episodios nocturnos, de ese amor a medias que ella le ha dado, lo cual, siendo justos, se lo tendría bien merecido. Nada desea más que soltar ese viejo fantasma que no la ha dejado ser plenamente feliz en todos estos años y que al fin pueda darle algo entero a su marido, se lo ha ganado a pulso.

La señora Miriam, la secretaria de Logan, la recibe con afabilidad, siempre le ha tenido un cariño especial, trabaja con su marido desde hace años, casi desde el principio de la empresa, es una mujer entrada en años, pero eficiente como una máquina. Sin ella su marido no podría hacer nada, es su mano derecha.

—¡Que gusto verla por aquí, señora Collins!—sonríe con amabilidad—, pero el señor Collins no ha venido en toda la mañana.

Amanda la mira confundida, lo menos que esperaba es que no estuviera ahí. Sin lugar a dudas el comportamiento de Logan esta fuera de contexto, él no es así. En su pecho se acrecienta su ansiedad de pensar que vaya a dejarla o, peor aún, le haya pasado algo.

—¿Sabe dónde podría estar? —inquire con prudencia, lo menos que quiere es dar a entender que tienen problemas.

—Hoy tenía una reunión muy importante con el representante de una empresa Europea interesada en fusionarse con ALM telecomunicaciones —así nombró Logan a su empresa usando las iniciales del nombre de ella, de él y de Michael— para abrirse mercado en Norteamérica. El señor Collins estaba muy inquieto por esa junta, es un paso muy importante para el corporativo, ¿no se la mencionó?

Amanda sonríe algo turbada, por supuesto que si le había platicado de la dichosa fusión, así como también las inquietudes al respecto, si bien era catapultar la empresa, había varios cabos

sueltos en el contrato que le presentaron, lo cual iba a negociar en la dichosa reunión de hoy. Sin embargo, a pesar de la importancia del asunto, ella lo había olvidado casi por completo, su egoísmo era tal que creyó que su abrupta desaparición tenía que ver con el episodio de anoche.

—Si, por supuesto, es solo que me confundí de día, creí que era mañana —responde con rapidez saliendo airosa con una impostada sonrisa — ¿tardará mucho?

—No sé, podría tardar una hora o un poco más, esas negociaciones son impredecibles, o se ponen de acuerdo en un pestañeo, o puede llevarles todo el día.

La decepción se le sube al rostro, de verdad quería verlo, hablar con él, lo necesitaba. No queda de otra que esperar, Michael hoy tiene practica de beisbol por lo que sale tarde de la escuela y su amiga Danna puede llevarlo a su casa, ya ella pasaría a recogerlo más tarde.

—Lo esperaré en la cafetería de la planta baja, podría avisarle cuando llegue que ahí estoy, trae su móvil apagado.

—Siempre lo apaga cuando va a esas reuniones, pero no se preocupe, apenas se aparezca por aquí, yo le comunico que está usted ahí.

—Gracias, Miriam.

Con el alma en los pies, Amanda baja por el elevador común del edificio hasta la planta baja, a la encantadora cafetería, la cual contrasta con lo moderno del recinto, siendo bastante pintoresca y cálida, por eso le encanta y también por su exquisita tarta de manzana, la cual en este momento de pesadumbre le caerá a las mil maravillas. Se sienta en la mesa del rincón, su favorita, desde ahí puede ver todo el lugar, principalmente la entrada, además de tener vista a la calle a través del enorme ventanal de cristal. Saca un pequeño libro de su bolsa para entretenerse mientras espera.

Ha pasado más de dos horas, al parecer la famosa negociación no está siendo nada fácil. Cansada se levanta del asiento para ir al sanitario, después de varias tazas de café americano es justo y necesario. De regreso pasa por la barra para encargar otra tarta de manzana, por lo que ve le queda mucho tiempo de espera y que mejor que con algo tan deliciosamente dulce que le calma bastante los crispados nervios.

Al llegar a su mesa se sorprende de ver a alguien en la de junto, esa cafetería está casi siempre vacía, todos piden para llevar. Cuando el tipo se levanta de estar enchufando el cable de su computadora a la clavija que hay debajo de la mesa, a Amanda se le detiene en seco el corazón. Han pasado poco más de doce años, pero lo reconoce al instante, ha cambiado muy poco, solo unas cuantas canas motean su cabello rubio dándole un aire misterioso que le hace lucir más guapo todavía.

—¿Alexander? ¿Qué haces aquí?

Una sonrisa se ensancha en los labios del recién llegado, esa que antaño le doblaba las piernas, hoy le produce una creciente ansiedad, si Logan apareciera ahorita la situación se tornaría crítica.

—He venido por ti, Amanda.

Capítulo III

El piso se abre bajo sus pies, ¿vino por ella? ¿Por qué? ¿Qué clase de broma le está jugando la vida? Amanda no da crédito a sus palabras, a su presencia, ¿Cómo es posible que después de tantos años él aparezca de la nada? ¿Con que derecho dice que viene por ella? Esta atónita, nunca pensó volver a verlo alguna vez en su vida.

—No me dirás nada, atravesé un océano por ti y no dices nada.

El rostro se le desfigura en un gesto mezcla de asombro y coraje, ¡Que desfachatez! Él la abandono hace más de doce años, la dejo esperando horas y horas en medio del frío aquella trágica noche, se suponía que escaparían, que iniciarían una vida juntos en algún pueblito de España. En cambio ella se quedó plantada frente a la fuente de la Cibeles, llorando hasta vaciarse, si Logan no hubiera ido a buscarla no sabe que habría sido de ella.

—Eres un cínico, ¿Cómo te atreves?, —masculla entre dientes— ¿Qué esperabas? ¿Qué corriera a tus brazos? ¡Imbécil arrogante!

Del rostro de Alexander desaparece la sonrisa al notar el desprecio con que ella le habla.

—¿Por qué me hablas así? ¡Yo doblegue mi orgullo y vine a buscarte! No es justo que me trates con ese desdén.

—¿Tu orgullo? ¿Cuál orgullo? —Pregunta Amanda girando la cabeza estupefacta— ¿El mismo que te hizo dejarme plantada en La Cibeles? ¿O ese era otro?

Amanda camina hasta su mesa para recoger sus cosas y largarse de una buena vez de ahí, no puede estar respirando el mismo aire que este tipo ni un segundo más.

—¿Plantada? ¿Cibeles? —Alex la mira perplejo—, pero si estuve toda la noche esperándote en nuestro café, nunca llegaste.

—¿Nuestro café? ¡No juegues conmigo, Alexander! La cita era en La Cibeles, ahí quedamos de vernos.

—Logan... él...

Amanda abre los ojos como platos, ¿Qué tiene que ver Logan en todo esto? ¿Por qué lo inmiscuye?

—No metas a mi marido en tus asuntos, por favor.

—¿Tu marido? ¿Te casaste con Logan? ¡Ja! Ahora comprendo todo.

Amanda toma su bolso y se da media vuelta, pero la rabia y la curiosidad pueden más, parte de no superarlo es el no saber qué había sucedido, la razón para no llegar a su cita, aunque en su interior fuera obvio, ella quería, más bien necesitaba escucharlo de sus labios.

—¿Por qué mencionas a Logan? ¿Qué tiene que ver en el hecho de que me dejaste ahí esperándote sin explicación alguna?

Alexander la mira fijamente sonriendo con esa mueca de medio lado tan propia de él.

—Nada, ahora es tu marido, lo que te diga está de más, no tiene caso alguno.

Ella le sostiene la mirada con altivez sondeando en sus profundos ojos verdes, no hay nada que pueda decirle que justifique su acción de hace tantos años, lo mejor es irse de ahí cuanto antes, este hombre es él peor que ha conocido. Sin responder se gira sobre sus talones y se aleja de ahí, a medio camino de la salida una frase de él la para en seco.

—Logan me dijo que habías cambiado la cita, que nos veríamos en nuestra cafetería...

Ella tarda unos segundos en procesar la información, ¿Logan hizo qué?, se pregunta sin poder creerlo. Despacio camina de nuevo hacia él.

—¿Logan te dijo que?

—Esa tarde fue a verme a mi piso para darme un recado tuyo, me dijo que nos veríamos en nuestra cafetería, Amanda —se levanta de la silla y se acerca a ella—, y te espere, por Dios que te espere, ¡Nunca llegaste! Y fui a buscarte a tu casa, tire piedras a tu ventana como siempre hacía, pero no saliste.

—Yo estaba en La Cibeles —balbucea en estado total de sorpresa—, nunca le dije nada, yo no mande ese mensaje.

—Pero hoy es tu marido, ahora entiendo que pretendía separarnos y quedarse contigo, lo cual es evidente que consiguió.

El mundo tal cual lo conoce se hace pedazos frente a los ojos de Amanda, ¿Quién es Logan? ¿Con quién está casada? Casi en estado catatónico camina de nuevo hacia su mesa, está a punto de desvanecerse, necesita sentarse. Alexander la sigue y se acomoda junto a ella mientras toma su mano entre las suyas.

—Apareció de repente en la madrugada, yo tenía horas ahí, llorando desesperada... Él me dio su chamarra para cubrirme del frío y casi a rastras me llevó hasta mi casa.

Relata lo sucedido en forma robótica, sin emoción en la voz y con la mirada perdida como si estuviera viendo la imagen delante de ella tratando de descubrir que no vio en aquel entonces, alguna pista que delatara la trampa de Logan.

—El plan perfecto —escupe Alexander—, apareció ante ti como el caballero andante que te salvaba del abandono del patán.

Gesticula molesto cada palabra mientras Amanda lo mira estupefacta, había leído en algún libro que la vida podía cambiar abruptamente en un segundo, no creía que eso pudiera sucederla dos veces en la vida y con los mismos protagonistas.

—¡No puedo creerlo! ¿Cómo fue capaz de una treta así?

Las lágrimas resbalan por sus mejillas, lleva años culpándose por no amarlo, por no corresponderle, siendo que él era quien había destruido su felicidad hace más de doce años. Alexander la jala hacia él abrazándola con fuerza.

—Tranquila, cariño —le susurra con dulzura—, aquí estoy de nuevo, el destino nos está dando una nueva oportunidad para estar juntos.

De forma abrupta Amanda se suelta como un resorte, eso no puede ser posible, Michael estaría destrozado.

—No puedo... mi hijo...

—¿Tienes un hijo? —pregunta él con sorpresa.

—Sí y por su felicidad soy capaz de todo, hasta de renunciar a la mía.

Alexander la atrae hacia él de nuevo y en un descuido atrapa sus labios con un beso que le hace vibrar hasta el alma, no hay duda que lo ha amado siempre, ni un segundo de todos estos años ha dejado de estar enamorada de él.

El sonido de su celular la hace separarse de Alexander. Es un mensaje de Logan: “Ya estoy en mi despacho”. Es todo lo que dice, escueto y frío. Justo ahora le parece despreciable.

—Tengo que irme, Logan me espera.

Alexander la toma de las manos con vehemencia.

—Amanda, podemos ser felices, esta es nuestra segunda oportunidad, la vida no siempre te regala una.

Ella niega con la cabeza, su hijo está por encima de todo.

—No, Alex... mi hijo... Logan...

—¿Lo amas? —pregunta con acritud.

—Nunca te pude olvidar a ti.

Suelta entre lágrimas y sale corriendo. Su marido le debe una muy larga explicación.

Capítulo IV

El corazón le late a millones por segundo mientras camina hacia el despacho de su marido. Desde que salió de la cafetería viene dándole vueltas al asunto, no tiene la menor idea de cómo va a abordarlo, *¿Cómo se le dice a un marido que has descubierto el ardid que armo hace tantos años para quedarse contigo?* Si es que lo que le dijo Alex es cierto, ¿debe acusarlo o preguntarle? ¡Su cabeza está a punto de explotar! Después de todo Logan ha estado con ella todo este tiempo, dedicado en cuerpo y alma a ella y a su hijo, ¿Cómo puede dudar de él? Sin embargo, ¿Por qué mentiría Alex? ¿Cuál es su objetivo?

Amanda pasa junto a Miriam mascullando un saludo casi inaudible, toda su concentración está enfocado en hablar con su marido, en escuchar su versión de los hechos, una parte de ella quiere creer que son patrañas lo que dice Alex, pero una voz en su interior le susurra que no es tan descabellado, que al fin y al cabo Logan se quedó con ella. Siempre fueron amigos, a pesar de que él estaba enamorado de ella, había aceptado que su corazón le pertenecía a Alex y la ayudaba a verlo a escondidas dado que sus padres no lo querían, creían que era poca cosa por no ser de alcurnia ni tener fortuna. En cambio a su padre le caía muy bien Logan, quien pertenecía a una familia de abolengo venida un poco a menos, pero del mismo círculo social. Por eso cuando supo que se casarían fue el más feliz, no le importaba que su hija se fuera a vivir a otro continente, hasta Pensilvania, lo único relevante para él era que uniría su vida a alguien de su misma clase, como si los seres humanos pudieran clasificarse según su origen y ceros en la cuenta bancaria.

—¿Cómo sabías que estaba sola en La Cibeles? —inquire con acritud a penas se planta frente a su marido, así sin previo aviso suelta la bomba.

Al escuchar tan absurda pregunta Logan levanta la cabeza de los documentos que estaba leyendo con tanto detenimiento. No tiene idea a que viene ni el cuestionamiento ni la actitud de su mujer. Es él quien debería estar enojado, no ella.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Qué mosca te pica? No entiendo porque después de tantos años me preguntas algo así, ¿has terminado de perder la cordura acaso?

Sus palabras son dagas cargadas de veneno, durante todo este tiempo ha soportado que su mujer siga enamorada de otro, que cada cierto tiempo se levante en las noches angustiada por ese amor perdido. ¿Cómo es que ahora viene a preguntarle algo así?

—Contéstame la pregunta, por favor.

Logan la observa con curiosidad, después de esa noche no habían vuelto a tocar jamás el tema, había sido casi como un ruego silencioso por parte de ella que él aceptó gustoso, ya de por sí era bastante saber que no lo amaba, para además estar recordando ese suceso tan desagradable.

—¿Qué importa eso ahora?

—Logan, dejar de darle vueltas y contesta mi sencilla pregunta: ¿Cómo sabías que estaba sola en La Cibeles? Se suponía que Alex y yo nos íbamos esa noche, ¿a que fuiste tú?

Escuchar ese nombre le hace levantarse de la silla para rodear el escritorio y quedar frente a su esposa. ¿Por qué lo mencionó? No habían vuelto a decir ese nombre desde aquella noche, ¿Cómo se atreve? No llegaron jamás a un acuerdo, pero era casi como una prohibición implícita en su relación no hablar de él ni de lo sucedido.

—¿Qué te pasa, Amanda? ¿Cómo te atreves a preguntarme todo esto, a mencionarlo a él, mas después del episodio de anoche?

—¿Contéstame! Es una simple pregunta, Logan, ¿Por qué te vas por la tangente? Estaba tan abrumada esa noche que no caí en cuenta de eso, ¿Por qué llegaste hasta ahí esa noche? Tú mejor

que nadie sabía que escaparíamos, al menos, claro está, que estuvieras seguro que él no iba a aparecer.

Las palabras de Amanda lo toman descolocado, ¿Qué esta insinuando?

—¿Qué quieres decir, Amanda?

—Sabes de sobra que quiero decir, mejor responde mi pregunta, no sé porque la evades tanto.

Logan suelta un fuerte bufido, se siente acorralado, no sabe que responder sin delatarse.

—Solo quería constatar que te hubieras ido con él, —responde nervioso— y que bueno que lo hice o todavía seguirías frente a esa fuente llorando tu desgracia.

Su actitud lo delata ante Amanda, por un momento pudo creerle su gesto de bondad al ir a verificar, pero esa última frase cargada de resentimiento la hace ver la realidad, Alex dice la verdad y Logan solo está tratando de ocultar su vil acción de hace años. Conoce bien sus reacciones, cuando se siente acorralado se pone a la defensiva, busca atacar para ocultar la verdad.

—¡Que noble de tu parte! —exclama con ironía—, pero creo que realmente fuiste porque estabas seguro que Alex no estaría, dado que él estaba en nuestra cafetería esperándome según el recado que nunca le mande contigo.

La sorpresa transforma en un gesto adusto el rostro de Logan, no tiene idea de cómo se enteró, pero no hay que ser un genio para deducirlo, ha visto a Alex. La sangre le borbotea en las venas de coraje, su mujer ha visto a ese cabrón, ¿Cómo se atreve?

—¿Cuándo lo viste? —escupe entre dientes tomándola con fuerza del brazo.

Ella forcejea para soltarse presa del pánico y la sorpresa, no conocía ese lado de su marido, él jamás había tenido esa clase de exabruptos, mucho menos indicios de violencia.

—¡Suéltame! Me haces daño, Logan —levanta la voz para hacerlo reaccionar o para que alguien aparezca en la puerta al escucharla.

—¿Desde cuándo se ven a escondidas? —insiste ciego de celos.

Amanda logra zafarse de su férreo agarre alejándose a una prudente distancia de él. Esta irreconocible, no parece su marido, el hombre con el que ha vivido todos estos años.

—No nos vemos a escondidas, Logan —refuta agitada por el esfuerzo—, no fue hasta hoy que apareció de pronto en la cafetería donde te esperaba para hablar contigo, para tontamente disculparme contigo.

—¿Tontamente? Disculpa más que merecida, después de aguantar tus lloriqueos por ese imbécil que de pronto aparece para llenarte otra vez la cabeza de telarañas.

—No son telarañas, sabes que es verdad. Tú fuiste el culpable de que él y yo no estemos juntos hoy, así que no vengas a quejarte de mis lloriqueos, si no hubieras hecho aquello no tendrías que aguantarlos.

Una sonrisa burlona se asoma a los labios de Logan. No tiene caso seguir fingiendo, lo ha descubierto todo, ya que importa, total ella nunca lo ha querido, qué más da que ahora lo odie, él consiguió lo que quería, no sólo casarse con ella, sino también el capital necesario —el “dote” que le pago su querido suegrito por separar a su hija de Alex— para iniciar el imperio que hoy tiene. Lo de menos es que ella lo sepa, ¿Qué puede hacer? ¿Irse? ¡Que se largue! , pero ni crea que le dará un centavo ni dejará que se lleve a su hijo. Quiere la felicidad a lado de su adorado Alex, que la busque, pero sola y sin dinero.

—Ay, qué malo soy, te libre de una vida de pobreza —se burla de ella—, pero bueno ahora puedes ser feliz con tu adorado Alexander, pero te vas sin nada, anda a que él te mantenga como yo lo hice todos estos años.

Sin confesar lo admite todo, es un cínico de lo peor, ¿Cómo pudo vivir tantos años con él sin

darse cuenta realmente cómo es? Pero ni crea que la intimida, por ley le corresponde la mitad de todo, ella lo apoyo en todo desde el principio para sacar adelante la empresa, no la va a dejar en la calle.

—Te recuerdo que la mitad de todo esto es mío, querido.

—Ni lo sueñes, Amanda. No trabaje como burro para hacer crecer esta empresa para regalarle la mitad de todo al imbécil ese y encima de bono darle a mi mujer.

—El que a hierro mata, a hierro muere. Te recuerdo que primero fui suya y nunca deje de serlo.

Los ojos se le encienden de ira a Logan, a pesar de todo él si la ama, a su manera, pero siempre ha estado enamorado de ella, si bien hizo todo aquello por el soborno que le prometió el padre de Amanda, también fue por amor. Y ha sufrido todos y cada uno de los días que ha pasado a su lado porque ella no es capaz de amarlo. Así que si él no es feliz, ella tampoco, aquí serán infelices todos.

—Lárgate, Amanda y olvídate del divorcio, jamás te lo daré. Te vas a joder a mi lado hasta tu maldito último día en la tierra.

—Eso es algo veras con mi abogado.

No tiene idea de donde pudo salir eso, pero es tal la determinación de sus palabras que hasta Logan se sorprende. Sin esperar respuesta da media vuelta y sale de su oficina azotando la puerta. Su vida tal cual la conoce acaba de hacerse añicos, necesita despejar la mente para poder ponerle orden y saber dónde comenzar de nuevo. Es un hecho que no puede volver a estar bajo el mismo techo con ese hombre que acaba de dejar con un palmo de narices en su despacho. Lo odia con todo su ser.

Una vez en el elevador busca su móvil para hablarle a Danna, necesita que Michael se quede un rato más en su casa, ella requiere de un par de horas sola para poder pensar en la avalancha de cosas que le atiborran la mente en ese justo instante. No lo encuentra, por más que revuelve todo dentro de su bolsa no halla su móvil, seguro se le cayó en medio del forcejeo con Logan. Maldiciendo regresa a la oficina de su marido, Miriam no está en su lugar así que pasa de largo a dentro del despacho sin anunciarse, hay un silencio absoluto ahí dentro. Recorre con la mirada el recinto hasta que encuentra junto a la pata del sillón su teléfono celular, lo levanta y cuando está dispuesta a salir escucha unos murmullos que vienen del anexo del despacho de su marido.

—Logan, mi amor, eso es estupendo, al fin podrás divorciarte de la bruja esa y estaremos juntos libremente como siempre me has prometido.

—No es tan fácil, si nos divorciamos tengo que darle la mitad de todo esto a Amanda, no voy a regalarle mi esfuerzo de tantos años a esa ingrata —la voz de Logan resuma desprecio.

—Puedes llegar un acuerdo, eres el mejor negociando —responde melosa la mujer con la que está.

—¡No quiero que vea un céntimo! Si se quiere largar será con una mano atrás y otra adelante.

—Porque te pones así, es solo dinero. Al fin y al cabo según me contaste levantaste este imperio con el dinero de su padre, piensa que es como parte de su herencia.

—Deja de decir sandeces, no es no. Además está mi hijo, ni crea se lo llevará con ella...

Al escuchar eso Amanda suelta un grito ahogado que alerta a su marido y a su amante de su presencia. Logan sale del anexo antes de que ella logre escaparse de ahí.

—¡Ah, eres tú! —Sonríe con sorna—, que bueno que escuchaste porque ya estas más que advertida, si quieres largarte con tu Alex ese lo harás sola y sin dinero. Mi hijo se queda conmigo.

Amanda se acerca a él levantando un dedo amenazante.

—Ni lo sueñes, infeliz. Trata de quitarme a mi hijo y me conocerás.

Le grita presa del odio y la indignación, pero en el fondo tiembla de miedo al pensar de lo que pueda ser capaz, porque algo es totalmente seguro, Logan es un infeliz sin corazón, ¿con quién diablos ha estado durmiendo todos estos años?

Capítulo V

En total estado de shock Amanda llega a la cafetería buscando a Alex, no sabe por qué lo hace, pero necesita desahogarse con él. Entra prácticamente corriendo, pero ya no está, angustiada se deja caer en la misma silla que estaba sentada hace un rato y llora desconsoladamente, no entiende como pudo llegar a esto, en qué momento su vida se colapsó estrepitosamente. Esta mañana todo era casi perfecto, ahora es un jodido desastre que amenaza con llevarla a la locura. Quisiera odiar a Alex por aparecer y deshacer en un segundo toda su existencia con semejante confesión, sin embargo agradece saber la verdad y, principalmente, haber descubierto la verdadera cara de su marido, ¿Cómo pudo estar tan ciega todo este tiempo? Ha dormido con el enemigo por más de doce años. O ella es muy tonta o él es un maestro del engaño. No sólo armo todo un perfecto teatro para separarla de Alex hace años, sino de paso se puso como el héroe que la salvaba de la deshonra, además de cobrar un muy buen botín por su fechoría. Y, si eso no fuera suficiente, lleva años engañándola con quien sea la tipa con la que estaba en el anexo de su despacho.

El joven dependiente de la cafetería se acerca a ella con mucho disimulo, seguramente para preguntarle si desea algo de tomar o comer.

—¿Señora Amanda? ¿Es usted?—pregunta discreto.

—Sí, soy yo —contesta con curiosidad, ¿Cómo sabe su nombre?

—El señor que estaba con usted hace rato le dejo esta tarjeta, me dijo que hiciera el favor de dársela si regresaba por aquí.

Amanda susurra un gracias y toma la tarjeta entre sus manos. Es una tarjeta de presentación de Alex con todos sus datos y una nota con su letra al reverso: “Llámame, por favor, no podemos dejar esto así”. Gira la tarjeta entre sus manos mientras saca el móvil de su bolsa, claro que le va a hablar, necesita contarle todo su enfrentamiento con Logan. No puede confiar en nadie más, cuenta con pocos amigos y su padre jamás la apoyaría en dejar a su marido.

—Aló, ¿Quién habla? —contesta Alex al tercer timbrado.

—Alex, soy yo, Amanda.

—¿Qué tienes? ¿Por qué te oyes tan afectada? ¿Estuviste llorando?

Alexander suelta las preguntas de corrido, está visto que el intento que hizo ella por ocultarle el estado de afectación en el que se encuentra fue en vano.

—Necesito verte, es urgente —contesta entre sollozos—¿Dónde estás?

—Tranquila, yo voy a donde tú estés, ¿sigues en la cafetería?

—Sí, pero aquí no, Logan podría bajar—el llanto la quiebra de nuevo—, es un monstruo, no quiero que se enfrenten.

—¿Qué te hizo? —la voz de Alex contiene a penas el coraje.

—Te cuento cuando te vea, solo puedo decirte que no sé quién es ese hombre.

—¿Te agredió?

—Peor aún, me amenazo con quitarme a mi hijo, pero no quiero hablar por teléfono, ¿Dónde estás?

Después de soltar una serie de improperios y maldiciones, Alex le da la dirección del hotel, se siente un poco culpable por haber dejado que lo enfrentará sola, aunque seguramente ella no le permitiera acompañarla, pero al menos se hubiera quedado a esperarla.

En menos de veinte minutos Amanda toca la puerta de la habitación de Alex, el hotel está también en el centro de la ciudad por lo que en casi nada llegó hasta ahí. Cuando éste abre la

puerta ella se desploma en sus brazos, es demasiado lo que está viviendo, puede soportar perder todo menos a su hijo.

—Tranquila, nena —la consuela Alex con ternura.

—No puedo, mi hijo, Alex —balbucea Amanda—, quiere quitarme a mi hijo.

—Shhhh, no te agobies, no puede hacer eso, la ley está de tu lado —la lleva con cuidado hasta el sillón de la sala que se encuentra en medio de la lujosa habitación.

—No lo conoces —levanta los brazos al cielo dramáticamente—, si ni siquiera yo lo conocía, es un monstruo y tiene mucho poder, amigos en las grandes esferas del gobierno, además que con dinero todo es posible. Yo no tengo nada.

—Yo también tengo mucho dinero... y amigos poderosos. —le suelta con voz helada.

Amanda se separa un poco de él para mirarlo, ¿mucho dinero? ¿Cómo? Observa todo a su alrededor, llega tan alterada que no se percató que están en la suite presidencial del hotel.

—Pero, ¿Cómo? ¿De dónde? —inquieta en forma un tanto incoherente debido a la sorpresa, el Alex que ella conocía no tenía ninguna posibilidad económica.

—Es lo de menos, cariño —la jala de nuevo hacia él—, lo importante es que estamos en iguales condiciones que él y no permitiré que esta vez gane la partida.

Asiente con la cabeza mientras se aprieta más a su pecho, no puede creer que éste de nuevo en sus brazos ni todo lo que está aconteciendo en su vida. No sabe cómo van a resolverlo, pero la tranquiliza confiar en él, necesita hacerlo. Sin embargo, su mente no para, no puede soltarse por completo, necesita ella tomar cartas en el asunto, lo primero es ir por su hijo para irse a algún lado ellos dos solos, lo mejor sería que Logan se fuera de la casa, pero vista su actitud tan nefasta eso es imposible y ella no puede compartir un día más el techo con él. Ese Logan que conoció hoy no es su marido, es un hombre totalmente desconocido.

—¿Qué piensas? —le pregunta Alex al no recibir respuesta alguna.

—Que tengo que hacer algo, confío en ti, pero necesito resolver varios asuntos, el primero de ellos ir por mi hijo para ver a donde iremos esta noche, no quiero regresar a casa, Logan es tan descarado que seguramente llegará con total desparpajo a dormir esta noche.

—Vengan aquí, esta habitación es enorme.

—No sé, Michael no te conoce, se le haría muy extraño, no quiero alterarlo. Es buen chico, pero está entrando a una edad muy difícil, pronto cumplirá los doce, ya sabes cómo es la pubertad.

La respuesta de Amanda se la hace bastante evasiva, comprende que no quiera confundir al niño, pero algo en su voz le hace percibir que hay algo más, sus palabras le sonaron a pretextos, pareciera que no quiere que conozca a su hijo, ¿Por qué? ¿Qué le oculta? No tiene ninguna sospecha de que puede ser, pero ya habrá tiempo para descubrirlo, tal vez está elucubrando de más. Sin embargo, de algo si está seguro, no va a dejarla sola así se lo ruegue. Hace años cometió el error de no buscarla, se sintió tan herido por su abandono que simplemente desapareció de Madrid, debió haberse plantado en su casa, buscarla hasta dar con ella y saber porque no había ido a la cita. Todo se hubiera arreglado entre ellos, seguramente estarían juntos y felices. Y ese hijo sería de él. Esos hubieras lo han martirizado todo este tiempo, por eso ahora no va a dejarla sola ni un segundo, estará a su lado a cualquier costa. Tiene otra vez la felicidad entre las manos, luchará por ella con uñas y dientes.

—Será como tú quieras, tranquila —le acaricia con ternura—, solo déjame estar cerca y apoyarte, permíteme a ayudarte a enfrentar a este tipo. Porque así no me dejes estaré contigo.

Amanda levanta el rostro para mirarlo, quiere pellizcarse para saber si es real. Es increíble tenerlo frente a ella de nuevo e igual que hace años su corazón se hinche de amor por él. Ni el tiempo, ni la distancia, ni Logan, ni su supuesto abandono, nada logró hacer que lo dejará de amar.

A pesar de todo lo difícil que se ha tornado la situación, en el fondo se siente feliz de estar de nuevo con él. Es absurdo, lo sabe, pero no puede evitarlo, él es y será siempre el amor de su vida.

—Gracias. —responde y le da un tímido beso en la mejilla.

Él la mira con arrobos y con el dedo índice levanta su barbilla para acercarse lentamente a su boca hasta besarla con ansias, con todos los años de añoranza acumulados. Suavemente la inclina sobre el sillón mientras su mano desciende lentamente por su cuello acariciándola con reverencia por encima de la ropa. Ella se aferra a su cuello en clara señal de aprobación para que siga su exploración. Alex sonrío aventurándose a levantar su blusa, sus manos se queman por tocar su piel sin tela de por medio, ella se arquea un poco para que pueda quitársela.

—Igual de hermosa, no has cambiado nada, cariño mío.

Exclama con admiración, Alexander, extasiado mirándola, pero sin dejar de mover sus manos sobre su cuerpo, ahora también la falda ha desaparecido de su cuerpo dejando sus perfectas curvas al descubierto. El cuerpo de Amanda esta encendido como hacia siglos no lo hacía, cada poro de su piel transpira sensualidad. Alex se levanta para desprenderse de su ropa en un santiamén, ella lo admira con lascivia, sigue igual de gallardo que otrora, tan guapo como entonces. Sus labios se funden de nuevo en un beso ahora más apasionado mientras sus manos no dejan de recorrerse mutuamente, tocando en los lugares exactos que saben que los enciende, no cabe duda que la piel tiene memoria. Sin pudor se dejan llevar por el placer, haciendo el amor de forma lenta y pausada, sin prisas, pero con todas las ganas acumuladas por tantos años.

Al final se quedan acostados, saciados de amor. Amanda tiene la cabeza sobre el pecho de Alex quien le acaricia con devoción el cabello. Disfrutando en silencio de un pequeño oasis de serenidad en medio de la tormenta que se les avecina. De repente el sonido del celular de Amanda rompe la magia del momento.

El nombre de Danna aparece en la pantalla. Amanda se incorpora de golpe, ¿Qué habrá pasado?

—¿Todo bien con Michael? —pregunta ansiosa apenas responde.

—Sí, todo bien —responde un poco insegura—, es solo que Logan vino por él, solo quise avisarte, como no mencionaste que lo harías.

—Gracias.

Balucea por toda respuesta Amanda y cuelga el teléfono, se gira hacia un intrigado Alexander que la mira atentamente.

—Logan tiene a Michael.

Expresa con el miedo helándole las venas.

Capítulo VI

Al detenerse frente a su casa Amanda trae el corazón en la boca, no tiene idea de cómo lograr guiar a Alex hasta ahí, tiene los nervios destrozados, no puede pensar coherentemente, mucho menos podía manejar, es por eso que él le quito las llaves y con temple de acero tomo el mando de la situación. En todo momento no ha dejado de tratar de sosegarla, pero es algo imposible. Logan tiene a su hijo, sólo espera que estén en casa, aunque algo en su interior le dice que no. Se baja corriendo de su camioneta y entra a la casa gritando el nombre de su hijo, no recibe respuesta, con creciente ansiedad recorre cada una de las habitaciones abriendo hasta los armarios, donde es totalmente imposible que éste. Desesperada baja corriendo las escaleras y sale gritando en total estado de shock.

—No hay nadie, no están.

Se derrumba llorando en el piso, antes de esa mañana no le preocuparía en lo más mínimo que Michael estuviera con Logan, pero después de ver la verdadera cara de su marido, de conocer quien es realmente, el pavor se le instala en todo su sistema nervioso. Hoy no sabe quién es ni de lo que puede ser capaz. Alex sale corriendo de la camioneta para abrazarla, por prudencia se había quedado dentro, pero alerta por si era necesario intervenir.

—Lo vamos a encontrar, cariño —se agacha para levantarla del suelo—, te lo juro.

—¿Y si le hace algo? ¡Por Dios, Logan esta irreconocible! —Grita casi histérica— ¿y si lastima a Michael?

—Es su hijo, Amanda —aclara Alex mientras se abrocha el cinturón de seguridad—, por mucho que sea tan inhumano como dices no lastimaría a su hijo, tranquila.

Los ojos de Amanda están turbados, tan solo asiente con la cabeza sin conseguir calmarse mientras gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas, no podrá estar en paz hasta que su hijo este con ella.

—Tranquila, cariño, no le va a ser nada, ¿ok? —insiste Alex al ver que ella sigue muy alterada, no puede entender como por su cabeza puede pasar que Logan le haga algo a Michael, puede ser todo lo cabrón que quiera, pero no le haría nada a su propio hijo.

—Está bien —responde sin serenarse, Alex no puede entenderla, Logan puede hacerle daño con tal de joderla a ella, hoy se dio cuenta de cómo es en realidad, él sabe que su hijo es todo para ella.

—Pensemos fríamente, si no están aquí, ¿algún otro lugar al que crees que pudieron haber ido? —inquire de forma práctica Alex, alguien necesita ser objetivo, pensar con claridad.

—No sé, pueden estar en cualquier parte, no se me ocurre donde...

El sonido que anuncia un mensaje en su celular la interrumpe, ansiosa busca el aparatejo en su bolso para ver quien le escribió. Es Michael.

“Papá está actuando raro. Vamos a la cabaña del lago. Me pidió que no te avisara, pero preferí hacerlo, esta como loco, no sé cómo explicarlo. Ven, mami, por favor.”

Le muestra la pantalla a Alex, se ha quedado muda de la impresión, ¿Qué tan alterado debe estar Logan que hasta Michael se percató de eso? ¡Corre más peligro del que se imagina!

—¿Dónde queda esa cabaña? —pregunta Alex mientras se pone en marcha, a él también le ha asustado el mensaje. Para que un niño se dé cuenta de algo así, es porque de verdad está fuera de si este tipo y eso no puede traer nada bueno.

A pesar del lago estar cerca de ahí, no es fácil llegar, pero ella ha hecho ese recorrido miles

de veces por lo que ha podido guiar a la perfección a Alex. En muy poco tiempo toman el camino de terracería que lleva hasta la entrada de la cabaña que se encuentra en medio de un frondoso bosque. Aparcan junto al lujoso auto de Logan y Amanda prácticamente salta del vehículo casi antes de que se detenga. Alex la sigue hasta dentro de la cabaña, pero no están ahí, ella se sigue por la puerta trasera hasta el embarcadero donde están las lanchas. Ahí los encuentra sobre una de ellas, Michael está sentado observando como Logan trata de arrancar el motor para salir de ahí, su cara es de total desconcierto, al ver a su madre intenta saltar a tierra, pero su padre se lo impide deteniéndolo por el brazo.

—Ni se te ocurra acercarte, estúpida —grita encolerizado sacando una pistola de detrás de su pantalón y apuntando con ella a la sien del niño— o te juro que lo mato.

Amanda se para en seco, está viviendo la peor de sus pesadillas.

—No dispaes, Logan, te lo ruego...

—Ni creas que voy a dejar que seas feliz con ese —señala al recién llegado Alex quien se había quedado algo rezagado—, aquí nos jodemos todos. Y mucho menos te daré un céntimo de mi dinero.

Alex no da crédito a lo que ve, ¿Cómo es posible que la locura de Logan llegue al grado de apuntar con un arma a su hijo?

—No quiero nada, llévate todo, pero suelta a Michael, por favor —suplica Amanda acercándose disimuladamente—, te juro que no nos vuelves a ver jamás. Déjalo ir.

—Ni un paso más —amenaza Logan que se dio cuenta de los avances de su mujer—, no te atrevas a acercarte más o disparo.

El corazón se le detiene en el pecho a Amanda, necesita hacer algo, mira con ansiedad a Alex pidiéndole silenciosamente que haga algo, él da unos pasos a un lado sigilosamente, pero Logan lo alcanza a ver, levanta la pistola y tira un disparo al aire, Michael aprovecha el momento para empujarlo con todas sus fuerzas y saltar fuera de la embarcación, corre a toda velocidad, pero cuando está a punto de llegar hasta su madre, Logan se incorpora y se escucha un disparo, seguido del estridente ruido de un cuerpo al caer al agua.

—¿Están bien? —pregunta la voz del recién llegado policía mientras se encamina hasta el lugar donde Logan cayó.

Amanda no puede ni responder, tiene a su hijo en los brazos tentándolo por todos lados para ver si no está herido. El compañero del policía llega corriendo detrás y se acerca a ellos.

—Sí ninguno está herido, pueden irse. El muchacho debe estar alterado por la situación llévenlo a descansar, pero pasen mañana temprano a la comisaría a dar su declaración, aunque es evidente por los hechos que los amenazados eran ustedes, pero aun así necesitaremos datos para el informe.

Asienten con la cabeza asegurando que estarán dando su declaración sin falta al día siguiente y el policía se aleja para auxiliar a su compañero. Ya han llamado a la ambulancia, todo lo que a continuación sigue no es nada agradable, así que lo mejor es salir ahí cuanto antes.

—Yo los llame cuando veníamos para acá —responde Alex a la muda pregunta de Amanda.

Ella gesticula un “gracias”, mientras atiborra a preguntas a Michael.

—¡Estoy bien, mami! Solo algo asustado, ¿Por qué mi papá se puso así? ¡Quería matarme! La voz del niño resume miedo por todos lados, Amanda lo abraza más fuerte, sabe que este episodio que acaban de vivir es muy traumático para él.

—Te lo explicaré más tarde, ahora vamos a casa.

—Sí, vámonos.

Secunda Alex llamando la atención de Michael, quien saca la cabeza de los brazos de su

madre para verlo.

—¿Quién es él, mami?

—Un viejo amigo, se llama Alex, pero ya te platicaré en casa, vámonos. —sonríe Amanda, sabe que tendrá que dar muchas explicaciones cuando se den cuenta de lo evidente.

—Mucho gusto, señor Alex —exclama educado Michael.

—Mucho gusto.

Le responde en modo automático, desde que pudo verle el rostro al muchacho está en estado de shock, ha sido como verse así mismo con muchos años menos. Amanda se da cuenta de su sorpresa y le asiente sonriendo con la cabeza confirmando sus sospechas. Es que es imposible no notarlo, son dos gotas de agua, de todos modos quiere escucharlo de sus labios. Se acerca disimuladamente a su oído y le susurra la gran pregunta:

—¿Es mi hijo?

—Sí.

Le responde ella sonriendo, el corazón de Alex se llena de emoción, siempre quiso tener un hijo, pero no logró tener ninguna relación seria con la cual formar una familia, para él solo existía Amanda, nunca la dejó de amar. Por eso no entendía porque se había casado con Logan, él no pudo jamás unir su vida a nadie, pero ahora lo comprende todo, lo acepto porque estaba embarazada, su padre la habría matado si se llegaba enterar que era de él. Logan se aprovechó de toda la situación para mover todo a su favor. En fin, todo eso ya había terminado. Ahora tenían una vida por delante juntos, como la familia que siempre debieron ser. Sabe que tal vez no sea enseguida, primero tienen que superar este feo momento, pero no los dejará solos. Poco a poco se ganará el lugar en su vida que le corresponde, el que siempre fue suyo y Logan le robó.

—Alex, ¿vienes?

Le llama Amanda al ver que se ha quedado atrás.

—Claro, cariño. Voy con ustedes.

En un par de zancadas llega hasta a ellos, pasa el brazo sobre los hombros de ella. Tienen mucho por superar, pero lo harán juntos, nada ni nadie hará que él se separé de ellos, jamás.

FIN

Nunca es Tarde

La amable enfermera guía a Judith por los estrechos pasillos que llevan a los cuartos del asilo. Su corazón late apresurado por la ansiedad, sabe perfectamente que ha llegado a su última morada, es en este lúgubre lugar donde exhalará su último aliento y en el fondo de su ser desea que no falte mucho para eso, ya no tiene fuerzas para seguir en éste mundo.

Su cuerpo hace tiempo que resiente los embates de los años, lo cual había podido soportar estoicamente, pero ahora es su espíritu el que se ha cansado de la vida. ¿La estocada final? Sentirse un mueble inútil que estorba en cualquier rincón, ninguno de sus dos hijos puede tenerla en su casa y ella ya no es capaz de atenderse a sí misma.

Se detienen en la penúltima puerta, la enfermera la abre para que ella pase. Judith ahoga un grito de sorpresa, el lugar es el vivo retrato de la desolación. Definitivo ha llegado a la última estación, sólo ruega que el tren no tarde mucho en partir.

—Espero se sienta a gusto en su habitación —exclama cantarina, Susi, la joven enfermera que ha sido su guía—, no es muy lujosa, pero si cómoda. Cualquier cosa que llegue a necesitar puede hablar a recepción, tan solo marque doble cero y en seguida alguien la atenderá.

Judith anota mentalmente el número y sigue con la mirada perdida en el diminuto claustro —a esto no se le puede llamar habitación—, no solo no es lujoso, sino que le da un nuevo significado a la palabra austero. Por todo mobiliario cuenta con una cama, una diminuta mesa de noche, un viejo sillón color gris sucio y una lámpara de pie junto a él. Nada más. No hay cuadros, ni mesas de café, ni nada. Cuatro paredes blancas sin vida con una pequeña ventana. A eso se ha reducido su mundo.

—... Y esas son todas las reglas del lugar, ¿alguna duda?

Sacude la cabeza al darse cuenta que sus pensamientos la habían distraído tanto que no escucho ni media palabra que la enfermera dijo.

—Disculpe, no la oí. ¿Podría repetirme todo, por favor?

Susi pone los ojos en blanco y en tono desesperado repite toda la perorata como una seguidilla, su paciencia no ha dado para mucho y al parecer que no la escuchará la ha molestado al grado de la exasperación. Su amabilidad es por mero compromiso y no alcanza más que para los quince minutos reglamentarios que dura el recorrido de iniciación. Al terminar de soltar su verbo más que aprendido, da media vuelta y sale azotando la puerta sin esperar si quiera a que Judith le diga algo.

Aliviada de quedarse sola, Judith se acerca a la ventana, tiene las emociones a flor de piel y las lágrimas en la punta de los ojos. ¿Cómo demonios acabó aquí? *¡Por favor, Dios mío, que sea breve!* Pide en voz alta mientras su mirada se pierde en el verde jardín que se abre frente a ella. Al menos cuenta con una buena vista.

En el jardín otros ancianos abandonados como ella caminan de un lado a otro, seguro perdidos en los mismos deprimentes pensamientos. Otros están sentados en las bancas desperdigadas sin ton ni son por el verde prado. Y de repente el mundo se detiene, al fondo, junto a la entrada a un pequeño bosquecillo, un hombre llama su atención. No puede creerlo, ¿Será él? Enfoca la mirada y el pulso se le acelera. Si, definitivamente es él. Ni siquiera su vieja visión es capaz de confundir esa mirada, en todo el mundo no hay un par de ojos azules tan bellos como los de él. Un suspiro lleno de añoranza se le escapa. Ricardo también está aquí.

De pronto él levanta la cabeza. La ha visto. Todo a su alrededor empieza a desvanecerse y

como si de una película se tratase, empiezan a viajar en una vorágine espiral hacia el pasado. Ya no son dos ancianos mirándose a los lejos a través de una ventana. Otra vez son dos jovencitos de casi veinte años encontrándose de frente caminando por el parque de San Luis...

San Luis Potosí Marzo de 1942

Ese domingo Judith no tenía ganas de salir. Sus primas tenían más de media hora tratando de convencerla, pero ella prefería quedarse en casa a leer. Al final tuvo que acceder a la presión ejercida, más porque su tía intervino, una jovencita de su edad debía salir cada domingo a pasear al parque central. Una tradición imposible de eludir, casi un deber social para una joven en edad de merecer como ella.

—Cómo vas a conseguir marido si nadie te ve.

Había sido la sentencia final de su tía Eulalia. Judith tuvo que tragarse sus argumentos, por más que ella pensará que hacer desfile para que la mirarán era algo bastante arcaico, el tono de voz de su tía había sido tan determinante que no dejaba lugar a discusión alguna. Así que, sin ganas, se enfundó en uno de sus tantos vestidos de domingo, escogiéndolo al azar. Peinó su largo cabello en una trenza recogida en el cuello. Y listo, no necesitaba más.

A las cinco en punto, como cada semana, salió por el zaguán de casa de sus tías acompañada de sus pizpiretas primas, las cuales morían de ganas por ir a ver a los guapos jóvenes del pueblo con la esperanza de que alguno de ellos fijara sus ojos en ellas y pronto pudieran comprometerse. Judith caminaba detrás de ellas con la mirada fija al suelo observando los colorados adoquines de las calles.

El parque central estaba a tan solo cuatro cuadras de su casa, las mejores familias vivían en el corazón de San Luis, las casas de las afueras eran para los menos afortunados. Al llegar, en seguida tomaron la dirección de la derecha, era costumbre caminar en sentido contrario a los hombres, así podían encontrarse de frente al dar las reglamentarias vueltas. Las primas de Judith no dejaban de sonreír y batir las pestañas tratando así de llamar la atención de cuanto caballero se encontraban de frente. En cambio ella venía observando el ritual casamentero con escrutinio, el cual, para su opinión personal, la hacía sentirse como pez en una laguna a la espera de ser pescado. No creía que el amor se podía encontrar así, para ella debía ser algo más romántico, tan especial e inesperado como los que leía en los libros.

Y de pronto sucedió. Entre los muchos rostros borrosos que veía uno se hizo nítido de repente, en el unos brillantes ojos azules la miraban con audacia. A él no lo había visto antes. A fuerza de ir cada domingo había aprendido a conocer casi a todos, y estaba segura que a él jamás lo había visto, imposible que no lo recordará. Sus pies siguen una línea recta con rumbo fijo como si tuvieran voluntad propia. Van directo hacia él.

Ricardo se siente deslumbrado. No puede despegar sus ojos de la menuda jovencita que camina hacia él. Se siente atraído por esa aguda mirada que parece decir más de lo que expresa, como si escondiera algún misterio entre sus vetas de color verdoso. Cuando al fin están a tan sólo un escaso metro de distancia todo parece desaparecer a su alrededor.

—Buenas tardes, señorita... Ricardo Azcuaga a sus órdenes.

—Mucho gusto... Judith Moncada.

Ninguno de los dos pronuncia una palabra más. Es como si sobrarán. Ricardo toma su brazo delicadamente para guiarla a una de las bancas que hay en el centro del parque. El ritual de emparejamiento, cómo suele llamarle a la vieja costumbre, dicta que cuando dos jóvenes se atraen deben salirse del desfile y sentarse a conversar, siempre observados por los adultos sentados en el kiosco del centro. Quienes generalmente son los padres o familiares cercanos de las jovencitas solteras que andan caminando, no sería decoroso que las parejitas estuvieran sin supervisión, ante

todo la decencia.

Ricardo y Judith están sumidos como en un trance. Ninguno de los dos entiende que les ha sucedido, tan solo se miran sin poder dejar de hacerlo, como si sus ojos fueran polos opuestos de un imán generando una atracción imposible de romper. Y a pesar de no hablar, se dicen tantas cosas. El silencio es el lenguaje de los enamorados. Hay suspiros que son capaces de decir más que el mejor de los discursos. No tienen idea de cuánto tiempo ha pasado, para ellos el mundo dejó de girar de repente, deteniéndose para ellos. Solo son conscientes de la realidad cuando la tía de Judith les habla sacándolos de su estupor, ella es una de las chaperonas del kiosco.

—Judith, querida, es hora de irnos a casa, ¿Quién es el jovencito?

—Buenas noches, señora. Ricardo Azcuaga a sus pies.

Contesta Ricardo adelantándose a Judith.

—Mucho gusto, joven. —la tía Eulalia lo mira de pies a cabeza. La sonrisa en sus labios es de total aprobación— ¿Eres hijo del Doctor Azcuaga, acaso?

Judith no puede evitar poner los ojos en blanco. Las cuestiones sociales salen a relucir. Adora a su tía, pero le desespera esa obsesión por los niveles, castas y demás, como si el ser humano pudiera ser clasificado, como si ser o no de abolengo los hiciera mejor o peor persona.

—Efectivamente, señora. Es mi padre

—Excelente. Una persona muy agradable. Espero conocerlos pronto.

—Sería un placer —Ricardo gira su mirada hacia Judith—, quisiera aprovechar para pedirle su aprobación para visitar a su sobrina cuando usted crea pertinente.

La sonrisa de la santa señora se ensancha a un más. Además de buen mozo y de pertenecer a una de las mejores familias de San Luis, el joven es todo un caballero con excelentes modales. Mejor matrimonio no podría tener su Judith. Porque está más que claro que el joven está interesado en ella, en poco tiempo seguro dará el siguiente paso, estos menesteres no suelen tardar cuando el hombre está enamorado.

Durante los siguientes dos meses Ricardo visitó a Judith todos los días. Religiosamente tocaba la aldaba a las 5 en punto de la tarde. Ni un minuto antes ni uno después. Durante hora y media él y Judith se sentaban en el patio central de la vieja casona. A veces tenían profundas conversaciones sobre el libro que ella estuviera leyendo. Otras tan sólo se contemplaban sin decir nada. Y eran precisamente esos sus mejores diálogos, los del silencio, donde sus miradas se decían mucho más que sus palabras. Pasado ese tiempo, una de esas tardes Ricardo pidió hablar con Doña Eulalia para solicitarle la mano de Judith en matrimonio. Fue una plática a puerta cerrada donde se puso fecha para la cena de compromiso. El siguiente sábado llegaría con sus padres —los cuales estaban al tanto de su relación y la aprobaban encantados de la vida, es más ya habían hasta conversado con la tía de Judith al respecto, era una boda más que esperada— para formalizar el compromiso. La boda se llevaría a cabo un mes después. Ninguno de los dos enamorados quería esperar mucho más, tan solo el tiempo justo para los preparativos.

El sábado de la pedida de mano todo parecía trastocado en casa de la familia Moncada. La parafernalia para la cena tenía a cada habitante de la casa más que ocupado. No había un solo ser vivo bajo ese techo que no estuviera atareado en algo. Entre cocinar la cena, poner la mesa con la mejor vajilla y mantelería, llenar de flores el salón del comedor, alistar el vestido de Judith y su arreglo, todos estaban vueltos locos.

A las siete y media en punto llegaron Ricardo y Doña Marina, su madre. El doctor Azcuaga llegaría un poco más tarde, había ido a atender una pequeña emergencia en una de las haciendas de la salida.

—Más tardar en una hora les alcanzó—le había dicho a su esposa antes de salir de casa.

En lo que esperaban al doctor, todos se reunieron en la sala de la casa degustando unas copitas de rompopo para abrir el apetito. Lo había llevado Doña Marina como obsequio para la tía de Judith, se lo habían traído desde Puebla. Los novios conversaban amenamente mientras las señoras planeaban ya los detalles de la boda, cuando, de repente, unos gritos acompañados de azotes a la puerta de entrada sobresaltó a todos.

—Doña Marina... Joven Ricardo...

Gritaba desde fuera Faustino, el fiel ayudante del Doctor Azcuaga. Ricardo, por ser el hombre presente, corrió a la puerta para averiguar porque gritaba con tanta desesperación. Las mujeres nerviosas lo siguieron de cerca, había algo en el tono de voz que delataba urgencia.

—¿Por qué gritas así, Faustino? ¡Nos asustas, hombre! ¿Qué ha pasado?

—¡Ay, Joven Ricardo! ¡Una tragedia!

—¿Dónde está mi padre? — Se apresura a preguntar Ricardo— ¡Habla, hombre de Dios! ¿Dónde está?

Faustino baja la mirada. No sabe cómo darle la difícil noticia.

—¡Por favor, Faustino! —Grita detrás de la puerta Doña Marina— ¡Contesta!

—¡Lo han matado! —exclama al fin con pesadumbre.

Un grito ahogado sale del fondo del alma de la madre de Ricardo, cayendo desmayada al instante.

—¡Las sales, por Dios!

Exclamaron al unísono Judith y su tía, mientras la primera sostenía en brazos a su futura suegra. En lo que las mujeres la atendían, Ricardo se aleja con Faustino para saber qué había pasado. A pesar del terrible dolor que estaba sintiendo debía permanecer ecuánime, en un segundo se había convertido en el hombre de su familia. Tenía que hacer honor a su padre y portarse como tal, por lo que hizo a un lado el agudo dolor que le atravesaba el pecho para hacerse cargo de la situación. De reojo miró hacia donde estaba su madre desmayada, lo tranquilizó ver que Judith la atendía con esmero. No se había equivocado ni un ápice, ella es la mujer de su vida y en este terrible momento le demostraba la madera de la que estaba hecha; podía dejar a su madre en sus manos y ocuparse de ir con Faustino a buscar el cuerpo de su querido padre para llevarlo a casa y preparar todo lo pertinente para despedirlo de este mundo como lo merece un gran hombre como él lo fue.

Durante todo el velorio Judith permaneció junto a Ricardo y su madre brindándoles todo el apoyo moral que necesitaban en tan duro momento. Doña Marina estaba en un estado casi catatónico, no lograba procesar que su esposo ya no estuviera, ni aun después de volver del panteón donde enterraron sus restos podía hacerle frente a la terrible realidad.

—¿Qué han dicho las autoridades?

Le pregunta con discreción la tía Eulalia a Ricardo al regresar a casa después del sepelio.

—Nada, no han logrado esclarecer nada. Al parecer lo han confundido al regresar de la hacienda de los Vergel. No han agarrado a los culpables.

La voz de Ricardo resume indignación por la falta de capacidad de las autoridades de San Luis. Según el mismísimo presidente municipal aclararían lo antes posible los hechos, pero al parecer no le han puesto el interés suficiente. Tal pareciera que estuvieran protegiendo a los malhechores.

—¡Es indignante! A estas alturas ya debieron haber agarrado a los asesinos, ni que viviéramos en un lugar tan grande.

Doña Marina se acerca a ellos con un rictus de rabia en el semblante. Ha escuchado a la tía Eulalia a pesar de que está intentaba ser discreta.

—¿No han agarrado a los culpables?

—No, madre. Aún no.

Le contesta Ricardo agachando la mirada.

—¿No es posible! ¿En qué clase de país vivimos que unos desgraciados matan a un buen hombre y salen impunes?

La voz de Doña Marina se quiebra del dolor. Esta inconsolable, no ha parado de llorar ni un solo instante desde que se enteró de la trágica noticia. Ricardo la abraza para tratar de consolarla, más ella se libera de su abrazo a los pocos segundos para mirar a su hijo de frente. Hay en sus ojos una determinación que asusta a Ricardo.

—No puedo permanecer un día más en éste país donde me han matado a mi adorado Tomas. Mañana mismo nos regresamos a Estados Unidos, nada me ata ya aquí, tan solo me quede en México por tu padre, pero si él ya no está no tiene ningún caso.

Ricardo se queda de una sola pieza al escuchar a su madre. Nunca pensó que ella quisiera regresar a vivir allá, tiene más de veinte años fuera de su país. *¿Qué pasara ahora con él y Judith?* Ella no se podía ir con él, no sin casarse y es muy pronto para hacerlo al día siguiente. Los dos enamorados cruzan miradas. Ella ha pensado lo mismo que él. Y se le ha roto el corazón, pero lo ama y esperará a que él vuelva por ella.

—Volveré por ti, amada mía.

Le susurra Ricardo al oído cuando la abraza para despedirse.

—Y yo te esperaré, mi amor.

El panorama al llegar a Estados Unidos no fue el mejor. Al poco tiempo de haber regresado, en lo que Ricardo se afanaba por dejar perfectamente instalada a su madre en la vieja casa de sus abuelos en Arizona para volver a México por su amada, una carta llegó a su casa. Había sido reclutado. Como ciudadano norteamericano —él contaba con las dos nacionalidades—, debía cumplir su deber civil al frente en Europa. La segunda guerra mundial, ese suceso terrible el cual parecía tan lejano, de pronto estaba frente a él abriéndose como un abanico de calamidades que daban al traste con su anhelo de ir por Judith lo más pronto posible. Su boda sería postergada. Otra vez.

A pesar de su disgusto por la situación, Ricardo no podía negarse, era una obligación ineludible. Le molestaba tener que ir a pelear una guerra que no era suya. Él era mexicano, por más que por ser hijo de una ciudadana norteamericana él tuviera la nacionalidad nunca se había sentido oriundo de ese país. No era su guerra y aun así tenía que ir a pelear por los ideales de un país que era la primera vez que pisaba.

Con la rabia corriendo por sus venas y el corazón consternado escribió las líneas más difíciles de su corta vida.

Amada mía,

Desearía con el alma que esta carta llevará buenas nuevas, no sabes cómo quisiera decirte que en poco tiempo estaré a tu lado para al fin consumir nuestra tan esperada boda. Por desgracia no es así. Han sucedido cosas que se escapan por completo a mi control. Como te habrás enterado mi pequeña lectora, Estados Unidos está en la terrible guerra y yo, al ser ciudadano de éste país debo ir a pelear al frente. No me es posible eludir la responsabilidad. Es un deber inobjetable.

No sé qué me depare el destino en los difíciles terrenos de la guerra. Allá en la lejana Europa me espera un panorama desolador. Tal vez a la vuelta de una trinchera acuda a mí la temible muerte. Mi vida ha quedado condenada a la incertidumbre que traen a cuestas las

batallas de la funesta guerra. Aun así te suplico que me esperes. Sé que es egoísta de mi parte atarte a un compromiso al cual no sé si llegue con vida, pero mi amor por ti es más grande que mi consciencia y mi sentido común por eso me atrevo a rogarte que aguardes por mí. Conozco la pureza de tu amor y sé que lo harás. Esa esperanza y tu recuerdo serán un oasis de paz en medio de tanta guerra.

Siempre tuyo...

Ricardo Azcuaga.

Esa carta no llegó a manos de Judith. Quedo perdida en el limbo del pésimo servicio postal de esas funestas épocas de guerra. Pasaron los días, las semanas se hicieron meses de ausencia e incertidumbre. Cada jueves Judith iba a las oficinas de correos de México con la esperanza de encontrar alguna misiva de Ricardo. Nada. Silencio absoluto del otro lado de la frontera. A pesar de eso ella seguía esperando. Se lo había prometido. No tenía la más mínima idea de que había sucedido, pero en su fuero interno sabía que algo muy grave debía ser para que el no diera muestras de vida.

A los dos años de que Ricardo se fuera a Estados Unidos los padres de Judith fueron por ella. La habían mandado a San Luis muy pequeña para que hiciera compañía a sus tías y porque su vida ajetreada en la Ciudad de México les impedía cuidarla debidamente. Sus hermanas mayores estaban en internados, más el presupuesto familiar no daba para una más en esos carísimos lugares, por eso las hermanas de su abuela en San Luis fue la mejor opción. Y ahora que era más grande podía quedarse en casa, ya no era una niña que necesitará cuidados. Sus hermanas también habían regresado del internado. Sus padres ya querían a su familia completa bajo el mismo techo. Judith no estaba de acuerdo, ella quería quedarse ahí para esperar a Ricardo, sin embargo no podía oponerse, debía absoluta obediencia a sus padres.

Antes de partir a la caótica capital del país Judith acudió a la vieja casa de los Azcuaga. Por prudencia no había ido a pedir noticias de Ricardo, no era bien visto que una jovencita anduviera indagando de su novio, por más que éste fuera su prometido y estuvieran casi con un pie en el altar. Sin embargo la situación ameritaba romper las normas de etiqueta con las que fue educada. Se iría a otra ciudad, una enorme donde vivían millones de personas, ¿Cómo la encontraría Ricardo? Así que una tarde se escapó con un pretexto y fue a preguntarle a Faustino por sus patrones. Él le dio la dirección de Ricardo y su mamá en Estados Unidos. No pudo decirle más, él tampoco había sabido nada en todo este tiempo. En ese mismo momento, antes de regresar a casa de su tía, puso una breve carta en el correo para Ricardo, en ella le daba la noticia de su cambio de residencia y su nueva dirección. La puso en el buzón con toda su esperanza y amor esperando pronto recibir alguna noticia de él...

Ciudad de México Julio de 1946

Judith se mira al espejo, la imagen que se encuentra es la de una mujer vestida de novia con una mirada muy triste. No es que no quiera a Manuel, su ahora esposo, es sólo que no está enamorada de él. Se ha casado por pura presión de sus padres, para ellos el compromiso con Ricardo nunca se formalizó como tal, además después de cuatro años cualquier palabra quedaba rota si no había muestras de vida de una de las partes. Ricardo no se había comunicado en todo este tiempo. Ni una carta, ni un telegrama. Nada. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Cuatro años, un mes y doce días sin saber de él. Ella los llevaba contados, como si hacerlo fuera algún tipo de terapia que la ayudara a sobrellevar su ausencia.

Y hoy eso ya no importaba. La vida daba un poco lo mismo. Ella se había conformado, había sucumbido a la mediocridad de una vida marital sin amor como era el común denominador. Sí

prácticamente le habían elegido al marido.

Judith suelta un fuerte suspiro frente al espejo, ya no había remedio, tan solo le quedaba seguir. Encogiéndose de hombros camino al closet para buscar el traje de viaje que se iba a poner. En una hora salían de luna de mil. Ni si quiera eso le hacía ilusión alguna. *No cabe duda, pensó, soy la novia más triste del mundo.*

—¿Necesitas ayuda? —Pregunta su hermana Alba abriendo la puerta de la recámara.

—Un poco, sí —contesta indicando el largo cierre de la espalda.

Alba deposita sobre la cama una pequeña caja que traía en las manos y se dispone a bajar el cierre del vestido de su hermana. A Judith le llama mucho la atención el paquete tan bien envuelto en papel de china blanco. ¿Sera algún regalo para su noche de bodas? *¡Oh, espero que no sea nada vergonzoso!* Piensa sonrojándose.

—¿Qué traes en esa caja, Alba?

—¡Ah, esto! — Su hermana tartamudea— Este... es tuyo. Ábrelo.

Judith casi se abalanza sobre el paquete, la curiosidad la consumía. Rasga el papel con descuido y levanta la tapa. Un grito ahogado se escapa de su garganta al ver el contenido:

¡Cartas! ¡Cientos, miles de Cartas!... ¡Todas de Ricardo! ¿Cómo es eso posible?

—¿Cuán...do? —Tartamudea con la voz quebrada— ¿Don...de?

La cabeza de Judith da vueltas. No puede creer esto. ¿Dónde estaban esas cartas? ¿Por qué las tenía su hermana? Alba tan solo se encoge de hombros sin decir palabra.

—¿Por qué tenías estas cartas?! ¿Por qué no me las habías dado?

Grita histérica Judith. Esta atónita.

—¡Contéstame, Alba!

—La primera llegó como a los tres meses de que regresaste a casa. De ahí fueron llegando cada quince días.

La voz de su hermana es hueca, sin emoción. Para ella es normal, no ve porque hace tanta alharaca Judith.

—¿Por qué las guardaste? ¿Por qué no me las diste? —pregunta indignada abrazando las cartas a su pecho.

—No quería que te hicieras ilusiones con un compromiso inexistente. Que siguieras pensando en un hombre que tal vez nunca regresaría por ti.

—¡No tenías derecho! ¿Cómo te atreviste? —Su voz se quiebra por el dolor— ¿Y por qué me las entregas ahora?

—Ya te casaste, ya no te afecta en nada.

Judith le clava a su hermana una intensa mirada, a pesar de sus lágrimas, puede vislumbrarse en sus ojos vetas cargadas de odio.

—¡Lárgate de mí vista! —Exige con rabia— No quiero volver a verte nunca, esto jamás te lo voy a perdonar, escúchalo bien... ¡Jamás, Alba! A partir de este momento estas muerta para mí.

—No entiendo porque te pones así. Ya eres una mujer casada, compórtate como tal. Deberías estar agradecida conmigo, si no fuera por mí seguirías esperando a alguien que nunca va a volver.

—¡Que te largues, Alba! —Masculla con los dientes apretados del coraje— ¡Ahora!

Alba se escoge de hombros y da media vuelta dándole poca importancia a la reacción de su hermana, para ella no es más que un berrinche. *Ya se le pasará,* piensa con indiferencia al cerrar la puerta a su espalda.

Una vez a solas Judith dejó salir todo su dolor. Lloró a mares, sacando toda la rabia, la tristeza y la desolación que esas cartas le provocaban. Las abrazó, olió, besó y leyó todas y cada una. Varias veces. Olvidándose de todo, del tiempo, de su esposo, de su próxima luna de miel. De

todo. Con el pasar de cada carta su llanto se hacía más profundo. Su Ricardo había ido a la guerra, lo de situaciones terribles que ahí habrá vivido, en sus cartas relataba algunas, pero ella presentía que él aminoraba las cosas para no preocuparla. Lo que habrá sufrido en la guerra y sin recibir ninguna respuesta de ella, su llanto se hace más intenso al pensar la angustia que debió vivir sin siquiera tener como consuelo algunas palabras de su amada. El odio por su hermana se intensifica, ¿Cómo fu capaz?

Judith ahora no sabe qué hacer, aunque no tiene muchas opciones, es una mujer casada y debe seguir con su marido. Además no sabe siquiera si él sigue con vida, en la última carta dice que está en un bosque en *Bastong* en Bélgica soportando un cruento invierno. En breves palabras le cuenta que los alemanes los tienen bajo un duro asedio y están atrincherados sin poder avanzar. Ella recuerda que leyó algo en un periódico sobre esa batalla, la de *Las Ardenas* le llamaron. Hubo muchísimas bajas del lado de los aliados. Es posible que él no sobreviviera y por eso no volvió a escribir. El corazón le brinca de la angustia, es una posibilidad muy real.

No tiene idea del tiempo que ha estado encerrada en su recámara acariciando las cartas. Ni tampoco sabe cuánto ha llorado, pero los ojos le arden de tanto que lo ha hecho. Unos toques en la puerta la sacan de su trance.

—Judith, hija... Tienes ya que irte. ¿Qué tanto haces, niña?

Es su madre. Todos deben estar esperándola, principalmente Manuel, su marido. Esa es ahora su realidad y debe salir a enfrentarla. Con cuidado guarda las cartas de nuevo en la caja y las mete a su maleta. A pesar de que quisiera salir corriendo para buscar a Ricardo hasta en el último rincón de Europa, sabe que no puede hacerlo, no tiene el valor ni las posibilidades. Tan solo debe continuar con su vida, no tiene otra alternativa, pero esas cartas irán siempre con ella, serán el recuerdo de que alguna vez amo de verdad, que su corazón latió acelerado en su pecho por un gran amor. Ahora se ha detenido para continuar sin sentido a una vida común y corriente como el resto de los mortales.

—En unos minutos salgo, madre.

* * *

Lo único que no se puede detener es el tiempo. Los meses pasaron y la vida siguió como las cosas que no tienen mucho sentido. Judith continuó su impostado destino. Se conformó con ser esposa y trabajar en la aburrida burocracia de una de las tantas oficinas gubernamentales del cada vez más grande Distrito Federal. Y como toda buena mujer recién casada de su época, pronto sería madre.

En uno de esos grises días de su monótona vida, en medio de su tediosa jornada laboral algo extraordinario ocurrió.

—Judith, te buscan en la entrada.

—¿A mí? ¿Quién? —pregunta intrigada, nadie la visita en su oficina.

—Un joven muy guapo vestido con uniforme. Parece extranjero.

La respuesta de su compañera de oficina le paraliza el corazón. ¿De uniforme? ¿Extranjero? Solo una persona podría ser. Judith bajo las escaleras lo más rápido que su abultada panza le permitía. Traía el alma en las manos de la expectación. Era Ricardo, estaba segura, lo volvería a ver... ¡Estaba vivo!

Cuando al fin llegó a la entrada del edificio su acelerado pulso amenazaba con desmayarla. Tuvo que tomar varias bocanadas de aire para tranquilizarse antes de enfrentarse a él. Los últimos pasos los dio más despacio mientras su corazón desbocado le taladraba los oídos.

—Ricardo —exclamó casi sin aire cuando al fin estuvo frente a él. Se veía aún más guapo que

la última vez que lo vio.

—Judith, mi... —Ricardo se tragó su última palabra al ver el vientre de su amada. No lo había esperado— ¿Te casaste?

—Si... Hace diez meses.

—¿Por qué no me esperaste? —se puede percibir el reproche en su voz.

—No supe nada de ti hasta el día de mi boda.

—¿Te escribí!

—No recibí tus cartas, Ricardo —Judith traga el nudo en su garganta— Mi hermana las ocultó, me las entrego el día que me case.

—Y creíste que me había olvidado de ti.

—No del todo, pero además mis padres me presionaron para seguir mi vida. Sí tan solo hubiera sabido de ti... Eso me habría dado la fuerza para esperarte.

Ricardo comprende al instante la situación. Habían sido títeres en manos del destino. No había sido falta de amor de parte de ella, mucho menos de parte de él. Tan solo alguien allá arriba torció todo para que no estuvieran juntos. Cuando se conocieron tenían todo a su favor y poco a poco los obstáculos se hicieron más grandes. Definitivamente la inercia del cruel destino pudo más que todo el amor que se tenían. Que aún se tienen, porque a pesar de todo, en los ojos de ambos brilla la misma intensidad de años atrás.

—No me queda más que decirte adiós.

—Lo sé —suspira Judith— Nunca te olvidaré.

—Ni yo, cariño.

Se dieron un abrazo, de esos que te aprietan el alma. Era el último, se lo debían. Judith ni si quiera pensó en lo mal que se podría ver estar abrazando fuera de su oficina a un hombre que no era su marido. Por primera vez fue atrevida, su amor se merecía ese pequeño gesto de valentía. Tanta fue su audacia que se separó un poco de él y se fundió en sus labios para cerrar con broche de oro su historia.

Época Actual

Judith bajo la escalera totalmente temblorosa. Sabía que en cualquier punto del camino al jardín se lo encontraría. Después de cruzar sus miradas, los dos habían salido al encuentro del otro. Se cruzaron en el lobby del asilo. Ya no eran más unos jóvenes, pero en sus ojos seguía brillando el mismo amor que hace más de cincuenta años.

—Hasta que el destino se apiado de nosotros.

Le susurra Ricardo al oído al abrazarla. Pareciera que todos esos años hubieran sido solo una pausa, una realidad alterna, como un sueño surrealista donde ayer eran dos jóvenes enamorados y hoy despiertan como dos adultos enamorados en el invierno de su vida. El lapso entre juventud y vejez ha desaparecido. Nada antes de hoy importa. Al fin esta juntos, lo demás sale sobrando.

—Y ahora sí, nada nos va a separar —le responde Judith junto a sus labios.

FIN

Descalzos por Madrid

Lentamente vierto el delicioso vino en mi copa, absorbo el aroma antes de mojar mis labios con su sabor, después de paladearlo un momento le doy un largo trago, necesito valor para lo que voy a hacer, una parte de mí sigue creyendo que es una insensatez, pero después de un par de copas más logro entumir esa estirada conciencia que solo piensa en estadísticas y realidades. Ya estoy cansada de todo eso, de la vida cuadrada y cronometrada. Mi espíritu grita por aventura, por sentirse vivo aunque sea una vez. Ya me cansé de ser un robot, ¡soy una mujer, por Dios! Necesito amar con locura, al menos que alguna vez me rompan el corazón, no puedo seguir inmersa en esta fortaleza que me ha confinado a una eterna soledad.

Mis ojos se pierden en el templado cristal de la ventana por donde gruesas gotas de lluvia resbalan, en el reflejo puedo ver la luz del monitor que me grita que al fin me decida... *A lo que vas, Camila, no lo pienses más...* Me digo con determinación, total, ¿Qué es lo peor que puede pasar? Si nadie me agrada o, lo que es peor, no le agrado a nadie, cancelo la cuenta y sanseacabó, no habrá pasado más que de una pérdida de tiempo. Tomo aire antes de que mis dedos vuelen al teclado. Según Karla, mi desquiciada amiga, que me ha convencido de abrir mi perfil en el tan famoso “*tinder*”, es mi último recurso, si no es ahí, no conseguiré a nadie jamás:

—¡Vives para trabajar! Si no es ahí, no veo otro modo de que consigas a alguien, creo que la última vez que saliste con un tipo no existían los celulares...

Me dijo doblada de la risa la muy cabrona. Lo más triste de todo es que tiene razón. Creo estaba en el instituto cuando tuve mi último novio, una enclenque relación que no duro ni tres meses. Me enfoque tanto en mi futuro, en estudiar y dedicarme a mi profesión que se me olvidó que hay un mundo... y una vida, fuera de las bases de datos. Solo he tenido ligues de una noche que solo sirven para lo básico, nada de sentimientos ni emociones, meramente físico. Y creo que la soledad ya me está pegando, no sé si es la edad o la casa vacía, pero me aterra la idea de terminar vieja alimentando a diez gatos como consuelo. Así que, si *tinder* es mi única solución, pues a darle, si no resulta, ya iré comprando el atún.

Busco entre mis fotos las mejores para colocarlas en mi perfil, no tengo muchas de donde elegir, pero hay un par que me encantan. En la parte de aficiones me quedo en blanco, no tengo ninguna, tan solo me gusta analizar números, es para lo único que soy una fregona. Ni siquiera podría decir que leer o ir al cine, la última vez que fui aún existía la permanencia voluntaria. Doy otro largo sorbo al vino, de verdad que es triste mi vida, ¿en qué momento me volví una fría computadora?

—Soy una anciana tecnológica —le suelto casi al punto de la lagrima a Karla cuando contesta mi llamada.

Las carcajadas del otro lado de la línea me dejan sorda, la señorita se divierte a mis costillas, pero como no hacerlo si soy un jodido chiste víctima de la era moderna.

—¿Haciendo tu perfil? —pregunta al fin cuando consigue dejar de reír.

—Intentándolo, pero soy un fracaso.

—Voy para allá, abre otra de vino.

Sin esperar me cuelga el teléfono. Sera una cabrona, pero es la mejor amiga que tengo, o más bien, la única. Solo ella sigue conmigo a pesar de innumerables plantones para salir, cancelaciones de último segundo, olvidarme de su cumpleaños y pasar hasta seis meses sin hablar. A ella todo se le resbala, no sufre de apegos ni se toma nada a pecho. Aplica a la perfección la

filosofía de vive y deja vivir. De disfrutar el momento al máximo sin pensar en el mañana. Es por completo un espíritu libre de ataduras. Totalmente mi antítesis. Creo que por eso seguimos siendo amigas, yo le doy un poco de realidad y ella es tan desapegada que le da igual si hablamos diario o dentro de un año, me sigue tratando como si nos hubiéramos visto el día anterior, misma confianza, misma familiaridad.

Me sirvo las últimas gotas de vino que apenas alcanzan para media copa. Saco de la pequeña cava que tengo en la cocina otra igual, es de la misma uva, *shiraz*, mi favorita. Sé que Karla no demora más de 10 minutos en llegar, vive muy cerca, por lo que de una vez descorcho la botella para que respire lo suficiente antes de servir. De paso saco una charola de quesos de la nevera, esa mujer siempre tiene hambre, y mi practicidad mantiene de esos empaques delicatessen listos para comer que venden en los supermercados. La modernidad nos ha vuelto flojos, pero que maravilloso es que existan esas facilidades, en la época de mi abuela me hubiera enloquecido de tener que hacer todo de cero tanto en la cocina como en la casa... ¡Viva el siglo XXI!

—¡Yo no voy al gimnasio ni practico yoga! El único ejercicio que hago es levantarme de la cama.

Llegó hace cinco minutos y enseguida se adueñó de computador para hacerme un perfil de lo más “deseable”, según ella.

—¿Y? Nadie dice la verdad en estas cosas, además tiene el cuerpo como si hicieras dos horas diarias de ejercicio, maldita suertuda —me mira con los ojos entrecerrados y agrega: ¡Te odio! ¡Quiero tu genética!

—Pero no lo hago, no quiero poner algo falso.

—Casi todos lo hacen, relájate. —Se encoje de hombros— ¿Qué quieres que ponga? ¿Qué te la pasas pegada a un computador trabajando como loca maniaca poseída por números y bases de datos?

Hago una mueca con la boca, eso suena muy aburrido, ni el más teto querrá salir conmigo.

—No, tampoco, pero...

—Pero nada, te aguantas y dejas que ponga lo que yo quiera...

La miro con los ojos de plato, darle semejante poder a esta loca no es nada conveniente.

—Tranquila —agrega enseguida al ver mi cara de susto—, no escribiré nada estrafalario, tan solo le daré un poquito de sabor a tu acartonada vida, que parezca que eres persona y no máquina.

—¡*Auch!* Eso dolió —suspiro—, está bien, escribe lo que quieras... total.

—Manos a la obra.

Me dice bailando la cejas al escuchar mi aprobación, enseguida sus dedos corren sobre el teclado, no quiero ni mirar, ya lo que sea que ponga, total, esto es solo un espejismo, aunque me estoy atreviendo a hacerlo no creo encontrar a nadie, lo hago para agotar instancias, ya estoy más que resignada a ser *forever alone*, ya hasta encargue mi playera de la “tía sexy y borracha de la familia”. Mejor con humor que amargada. Y digo, tampoco está mal, ¿en qué parte está escrito que todos los seres humanos debemos tener pareja? En ningún lado, o por lo menos yo no lo he leído. En fin, al menos no podrán decirme que no hice un último intento. Aunque sé que será un total fracaso. Si de que tengo voz de profeta, la tengo...

Al día siguiente encontré algunos mensajes en mi nueva aplicación, nada relevante, algunos tipos que en sus fotos se veían más o menos bien, realmente les di “like” por darlo, no tengo una idea clara de lo que quiero. Contesté un par de saludos antes de sumergirme en la montaña de papeles junto al ordenador, normalmente el fin de semana me la paso trabajando lo que no hice éste por mi pequeño episodio de depresión. Pongo música de fondo y me dejo llevar por mi única

pasión en la vida: mi trabajo.

En la noche me dispongo a revisar mi celular, escuche muchas veces en el día el peculiar timbre del “tinder”, me habían respondido algunos saludos, más todo bastante equis, sin sabor, mensajes huecos, de flojera total. Habían muchos, creo que di más “like” de los que me acordaba —*si no hay “click” de ambos no hacen “match”, para que puedan hablarse deben darle al corazoncito ese que está debajo de la foto los dos*—, me había explicado Karla el día anterior. Con total frialdad elimine todos los chats y deshice el famoso “match”, ninguno me agrado del todo, me parecieron tan típicos con sus frases tontas que a duras penas ocultan el “*solo te quiero coger*” que resalta entre líneas. Cuando estaba a punto de eliminar sin leer el último chat algo llamó mi atención en la foto de perfil, no se le veía el rostro, era una foto tomada de bastante lejos para crear un efecto visual muy original en la puerta de Alcalá, que era donde estaba el tipo; me gustó mucho la foto, así que decidí abrir y leer completo el mensaje:

LucasAleman: Podría escribirte hola que es con lo que todos comienzan, preguntarte sobre el clima o hacerte halagos por lo linda que te ves en tu foto (ups, ese si lo dije, pero es que fue inevitable), pero creo que mi pregunta será ¿Por qué tinder?, no tienes pinta de ser chica que lo necesite, seguro hay fila fuera de tu casa.

¿Fila? ¿Dónde? Ya ni la burla perdona, aunque a decir verdad él que va a saber de mi triste realidad. Ciertamente, no soy fea, al contrario, modestia aparte, bastante guapetona. El problema es mi pinche encierro, soy una antisocial en toda regla, como explicarle eso a un desconocido si ni yo lo entiendo. Y, ¿Qué habrá querido decir con eso de “chica que lo necesite”? ¿Solo las necesitadas entran a “tinder”? Y qué si lo estoy, es más lo mío es caso urgente. No sé si contestarle o no, por un lado me siento un poco insultada, pero por otro me da curiosidad, por mucho es el del mensaje más creativo que he leído, tal vez estoy malinterpretando un halago. ¿Qué hago?...

Dejo el celular sobre la mesa mientras doy vueltas por mi departamento rumiando que hacer, dando le vueltas una y otra vez si le contesto o no. Pensando la posible respuesta si me decido a contestar. Casi abro una zanja entre la cocina y el comedor, me sirvo una copa de brandy en las rocas, lo saboreo lentamente con la esperanza de lubricar los engranes de mi oxidada mente.

¿Por qué diablos tengo que pensar tanto? Me regaño internamente, por eso vivo en esta ostra, debo aprender a ser más espontánea y creo que este es mi momento adecuado. Sin darle oportunidad a mi cuadrada cabecita a reaccionar tomo el celular y respondo:

Camila: Ya ves, sorpresas de las redes sociales, aquí ando tratando de encontrar la fila que dicen que hay fuera de mi casa, pero que no veo por ningún lado.

Le doy enviar sin releer, que sea lo que tenga que ser. No pasan ni tres segundos cuando suena la respuesta:

LucásAlemán: Fíjate bien, por ahí debe andar. Si no la hay es que necesitan lentes los que te rodean, pero no me respondiste mi pregunta, ¿Por qué tinder?

¿Qué puedo responder a eso? Se me ocurren algunas ideas coherentes y otras tantas estafalarias, sin embargo creo que lo mejor es la total honestidad, la pantalla del celular nos infunde cierto grado de valentía, a través de ella nos atrevemos a decir cosas que de frente nos daría vergüenza:

Camila: Porque... la verdad no es que lo necesite, lo mío es un caso de extrema urgencia. Esta red es mi última oportunidad, he estado tan inmersa en mi trabajo los últimos 10 años

que me olvide por completo de que afuera hay una vida, que existe un mundo más allá de las estadísticas, graficas, bases de datos... Me convertí en un robot que no se relaciona más que con su jefe para entregar reportes, su contador que le lleva sus impuestos y ocasionalmente con los dependientes del supermercado.

Dejo que el mensaje salga de mi celular para navegar hasta la pantalla del tal Lucas, seguramente al leerlo me eliminará al instante, demasiado aburrida para llamar la atención de alguien. A los pocos segundos el sonidito ya familiar me demuestra que me equivoque:

LucasAleman: ¡Que suerte la de tu contador! Con el seguramente es con quien más hablas... Por cierto, para ser robot eres muy bella.

Por arte de magia una sonrisa se me dibuja en los labios, me gusta su ingenio para responder, por lo que enseguida le escribo siguiendo el juego de sus palabras y así, sin darme cuenta, nos enfrascamos en una larga conversación donde me descubro contándole todo sobre mi, sin tapujos ni máscaras y aunque mi sistemática vida para mi es más aburrida que ver caminar a un caracol, a él le parece fascinante. Él también me cuenta sobre su vida en Madrid, es mexicano, pero tiene años viviendo allá por su trabajo, es director de orquesta, desde joven la música clásica fue su pasión y consiguió una beca para estudiar en la madre patria. Nunca regresó, al graduarse del Real Conservatorio de Música ya tenía un puesto asegurado en la sinfónica. Es increíble como fluye nuestra plática, ya ni siquiera suena el aviso de mensaje por tener la conversación abierta. Creo que nunca había profundizado tanto con alguien, me hace sentir algo diferente, no sabría explicarlo, pero no quiero dejar de hablar con él, y al parecer, a él le pasa igual.

Cuando la luz del alba se cuele por las persianas me doy cuenta que es hora de terminar el chat, aunque no quiera hacerlo. Con pesar me despido de él, quedando de continuar nuestra plática en la noche.

LucasAleman: Esta bien, seguimos en la noche, que es de madrugada para mí, recuerda las 7 horas de diferencia entre México y Madrid... ¿Y si mejor me das tu teléfono y te marco para saludarte en el día? Me encantaría oír tu voz, que seguro es como la de robotina de los supersónicos.

No puedo evitar reírme a carcajadas por su simple chiste, es un tonto, pero divertido.

Camila: No sé, es muy precipitado.

LucasAleman: Ándale, di que sí, ¿Qué es lo peor que puede pasar? Y así en la noche nuestra plática sería más fluida, ¿Qué dices?

Lo pienso un momento y al final terminó por darle mi teléfono, como bien dijo, ¿Qué es lo peor que puede pasar? Creo que a como veo las cosas lo peor que puede suceder es que yo me enamoré, pero eso no va a suceder, soy un frío robot que nunca ha sentido nada por nadie, no creo que a tantos kilómetros de distancia Lucas robe mi corazón.

Los siguientes meses Lucas y yo nos hicimos inseparables a pesar de los miles de kilómetros y el océano que hay entre nosotros. Gracias a la tecnología estamos en contacto en todo momento: mensajes las 24 horas compartiendo nuestra rutina diaria, lo que comemos y hacemos, fotos de nuestro entorno, es como estar juntos sin estarlo. Y, claro está, las llamadas todas las noches, a la misma hora, 9:15 tiempo de México, es como un ritual, no importa donde me encuentre a esa hora marcada estoy disponible para responder su llamada. Para él son las seis y quince de la mañana, su mejor forma de iniciar el día, según sus propias palabras. Y así sin darme cuenta se ha ido

metiendo dentro de mi mundo hasta invadirlo por completo al grado de morir de desesperación el día que no tuve datos en mi celular porque se cayó la red de mi proveedor de servicio. Fue cuando me di cuenta que sentía por él mucho más de lo que me atrevía a admitir.

Y es que somos tan parecidos en muchos aspectos y tan diferentes en otros, pero lo mejor es que esas diferencias nos complementan. Por eso, cuando me invito a ir a Madrid no lo dude ni un instante, decidí atreverme a soltar amarras y dejar mi puerto seguro, por primera vez en mi vida iba a hacer algo espontáneo, loco y fuera de toda sensatez.

Lucas me mandó el boleto de avión por correo electrónico, para evitar que me arrepintiera él mismo entro a la página de la aerolínea y adquirió el ticket en el mismo instante en que le dije que sí. Sé que lo planeo con antelación, sabía que la próxima semana eran mis vacaciones y que no tenía ningún plan en concreto más que quedarme en casa disque a descansar. Eran las primeras en años, mi jefe me obligo a tomarlas por nuevas políticas de la empresa que establecían que todos los empleados debían tomar sus días de vacaciones obligatoriamente.

Mañana sale mi avión. Los nervios me carcomen, siglos que no salgo de viaje y, sumado a eso, la ansiedad de conocer al fin en persona al hombre que ha logrado sacarme de mi ostra, que con detalles me ha ido enamorando de a poco, antes de él nunca nadie me había regalado flores y las mando desde tan lejos. Ese día hasta una lagrimita se me escurrió, me ha regresado las emociones que creía perdidas por completo.

Termino de acomodar concienzudamente mi maleta, reviso la lista que hice una y otra vez para verificar que no se me olvide nada, podre estar más sensible, pero no por eso dejo de ser práctica, meticulosa y ordenada. Con todo en orden cierro mi equipaje, guardo mi pasaporte y boleto en cierre interno de mi chaqueta así no corro el más mínimo peligro de perderlo. En mi bolsa de mano meto mis demás objetos personales de utilidad como mi cartera y cargador de celular. El viaje es muy temprano por lo que dejo lista la ropa que me pondré, elijo la más cómoda, son demasiadas horas de vuelo. Con todo perfectamente listo me acuesto en la cama, pero me es imposible conciliar el sueño, no puedo, estoy demasiado ansiosa. Las horas pasan en una agonizante lentitud, cuando al fin dan la 4 de la mañana, la hora dispuesta para despertar, me levanto de la cama para bañarme, solo espero que el desvelo me sirva para dormir en el avión.

Llegó al aeropuerto con tiempo sobrado, el poco tráfico de esa hora acorta el lapso cronometrado para llegar. Sin prisas paso los elementos de seguridad de los viajes internacionales y documento mi equipaje. En la sala de espera, ya ligera con tan solo mi bolso de mano, me compro un café y me siento a esperar que anuncien mi salida. Hojeo una revista que compre para matar el tiempo, pero es tanto mi cansancio que cabeceo continuamente, sin darme cuenta me quedo profundamente dormida...

—Señorita, Señorita...

Una desconocida voz me llama mientras me zarandea un poco para que logré despertar.

—¿Ya llegamos?

Pregunta desorientada, no sé ni donde estoy.

—Aun ni despega —responde divertida la guardia del aeropuerto—, en esta sala ya no hay nadie, ¿a qué hora sale su vuelo?

—A las 7:20

Respondo un tanto espantada al ver vacía la sala de abordar, miro mi reloj de pulsera y me levanto como un resorte: ¡son las 7:30!

—¿A dónde va?

—A Madrid —contesto medio histérica buscando con la mirada la pantalla de información—
¿He perdido el vuelo?

—Tranquila, aún no sale. Corra a la puerta 3, están a punto de despegar.

Sin responder salgo corriendo a la puerta indicada, a lo lejos puedo ver cómo están cerrando la puerta y sin dudarle le grito desenfadada a la azafata para que me espere mientras agito el boleto de avión en la mano. La mujer frunce el ceño de forma nada agradable instándome a darme prisa, al llegar frente a ella ni siquiera mira mis documentos y me hace pasar, no sin antes regañarme por mí despiste. Doy otra carrera por el gusano que conecta la terminal con el avión, me encuentro con otra mujercita molesta, ¿Qué nunca han tenido pasajeros que lleguen tarde? Paso delante de ella apurándome para encontrar mi asiento, cuando al fin me siento y me abrocho el cinturón, doy un respiro de alivio, creí que lo perdería. Cierro los ojos para tratar de relajarme por las carreras y al instante me quedo de nuevo dormida sin escuchar absolutamente nada de lo que dicen cuando despegan el avión, caigo en un sueño de esos tan profundos que desaparece todo a tu alrededor.

Me despierto cuando el avión ya está completamente detenido, es más, el avión está prácticamente vacío. Me paro rápidamente para salir de ahí, de nuevo la azafata esa me lanza miradas asesinas, esas mujeres necesitan suavizarse un poco, ni que fuera yo la última pasajera en salir, aún quedan un par atrás del avión.

Nunca he estado en España, es la primera vez que “cruzo el charco” como decimos en México, así que todo es nuevo para mí. El aeropuerto me parece de lo más normal, como cualquier otro, seguro la ciudad es más impresionante. Camino hacia el área de migración y aduana, le entrego mi pasaporte al joven detrás del mostrador y con una sonrisa me dice:

—Bienvenida a España, señorita.

Me devuelve mis documentos y me indica por donde ir a recoger mi equipaje. Hay muchísimas bandas, busco la que dice México, enseguida empiezan a correr las maletas ante mis ojos, pasan muchas de todos tamaños y colores, menos la mía. Termina el desfile de equipaje sin que el mío haga acto de presencia. ¿Algo más para mi viajecito? Corro al módulo de reclamaciones de la aerolínea, menudo recibimiento, ahora tengo que hacer papeleo para recuperar mi maleta.

—Lo siento, señorita, pero su equipaje está en el aeropuerto de Madrid.

La miro con cara de que si será que se le cayó a sus papas de chiquita, pues se supone que aquí debe estar, venía conmigo en el avión.

—¿Dónde más iba a estar?—le respondo con ironía y poniendo los ojos en blanco.

La mujer dibuja una sonrisa de autosuficiencia en el rostro, de esas de que se dieron cuenta de algo y que tú no tienes la menor idea de que es.

—¿Sabe en qué ciudad esta, Señorita Ferrer?

Más bruta de lo que pensé.

—Donde más, en Madrid.

Y de nuevo la risita esa...

—Estamos en Barcelona.

¿Qué? ¿Cómo es eso posible? El mundo a mí alrededor gira sin parar, instintivamente busco mi bolso para sacar el celular y es entonces que me doy cuenta que no la traigo, seguramente la deje en la sala de espera en México, ¿Cómo demonios no me di cuenta antes? ¿A caso estoy tarada o algo por el estilo? Al darme cuenta de mi desastrosa realidad la garganta se me cierra lentamente evitando que el aire llegue a mis pulmones. Cierro los ojos y trato de respirar profundamente para evitar desmayarme presa de la ansiedad, la mujer se da cuenta de mi trance y me pasa una bolsa de papel para el mareo. Poco a poco mi pulso se estabiliza, pero mi cabeza está en shock, estoy en otro país, en la ciudad equivocada sin bolso, sin dinero y sin celular... ¿Qué demonios voy hacer? Le explico a la señorita mi situación, me dice que va a preguntar a su

jefe para ver si hay algo que puedan hacer por mí. Me ofrece un café y me deja sola un momento para ir a preguntar.

Pasados unos quince minutos, que para mí fueron toda una eternidad, regreso la dichosa señorita, el gesto en su rostro me aviso que no traía las mejores noticias:

—Lo siento mucho, señorita Ferrer —esas cuantas palabras terminaron por derrumbar toda esperanza—, pero la aerolínea no puede apoyarla con trasladarla a Madrid, usted voló en el avión equivocado, pero no es nuestra responsabilidad y el costo del boleto es equiparable, así que en términos prácticos le dimos el servicio por el cual pagó.

Y así de fácil se lavan las manos, claro que es su responsabilidad, ellos deben revisar el boleto que se le entrega al subir, ¿Cómo es posible que no vieran que mi destino era Madrid? Alegó mis argumentos con energía, pero caen en saco roto, no logró doblegar ni un centímetro la posición de la aerolínea.

—¿Y a hora que hago? —pregunto para mí, pero en voz alta sin darme cuenta.

—Puede adquirir un boleto, el próximo vuelo sale en...

—¿Y con qué dinero, genio? —la interrumpo de mal modo, la situación es para matar a alguien.

—¿Cómo? ¿No tiene? ¿Viajo a otro país sin dinero?

Me pregunta extrañada.

—No tengo, pero no intencionadamente —trato de apaciguarme para ver si mi dramática situación la conmueve un ápice—, me dormí en la sala de espera en México, me desperté tarde y apurada, corrí para tratar de alcanzar el vuelo y deje mi bolso en la silla.

Resumo en unas cuantas frases mi desesperante situación, es mucho más agobiante de lo que se puede expresar.

La mujer se me queda viendo extrañada.

—¿Y cómo le hizo para cruzar migración?

Pregunta al fin.

—Mi pasaporte lo traía en la chaqueta.

—¡Ah! Comprendo —carraspea—, Señorita Ferrer, me apena mucho todo lo que le pasa, pero no hay nada que la aerolínea pueda hacer por usted.

—¿Nada? ¿No tienen humanidad?

—Quisiera poder decirle que sí, pero no es así, no hay forma de que le apoyen. Lo más que puedo hacer por usted es darle la dirección del Consulado de México, ahí seguro le brindan ayuda.

—Gracias, creo que eso es algo, aunque no tengo idea de cómo llegaré allá sin dinero, ¿está muy lejos?

Me queda mirando con algo parecido a la compasión que me provoca una sensación espantosa, yo que gracias a que me mato trabajando tengo una economía más que holgada, que me permito lujos a cada rato y que vivo muy bien, justo ahora estoy en estado de indigencia total en un país que no es el mío, sin teléfono para pedir ayuda y ni una triste moneda para llamar de un teléfono público, la cual no serviría de nada porque no me sé de memoria ningún teléfono, todos están registrados en mi celular. Me siento como en una película surrealista de bajo presupuesto.

—No mucho, en metro llega rapidísimo. ¿No tiene ni una moneda?

Ante esa pregunta me llevo instintivamente las manos al bolsillo externo de mi chaqueta. ¡Si! Encuentro un rollito de dos billetes de 20 euros: 40 euros en total. ¡Estoy salvada! No me alcanza para un pasaje a Madrid, pero si para comer —que muero de hambre— y un taxi al consulado. Con suerte hoy mismo esté de regreso en México, porque no creo que me ayuden a llegar a

Madrid, lo más que harán por mí es repatriarme. Ya no veré a Lucas, él pobre debe estar preocupadísimo sin saber que es de mí y ni cómo comunicarme, la única opción es un correo electrónico, ¿habrán Café internet en Barcelona?

La señorita se apiada de mí cuando le pregunte donde podía conseguir una computadora para enviar un correo y me presta la suya. Le escribo un rápido correo a Lucas explicándole la situación, como no podré recibir respuesta, pues le aviso que le hablaré cuando llegue a México.

El calor agobiante del verano en Barcelona me recibe de golpe, de inmediato me quito la chaqueta que me sofoca y camino un poco fuera del aeropuerto para buscar que comer, debe ser algo rápido y barato, es por eso que busco algún puesto de tapas o algo por el estilo, algo debe haber por aquí, no creo que solo en México exista la comida callejera. Camino un poco alrededor sin visos de algún carrito o lo que se le parezca de comida, decido regresar algo debo encontrar para comer con menos de cinco euros, ni idea del costo de los taxis y es mejor reservar lo suficiente para eso.

Pregunto al guardia de la entrada por el área de comida rápida, seguro ahí como con poco dinero, me indica donde se encuentra, casi tengo que atravesar todo el edificio para llegar. Encuentro un local de hamburguesas americanas, horribles, pero baratas. Hay una fila interminable, aprovecho a fijarme en los combos para elegir uno, el de 2 euros me viene a la perfección. Meto la mano al bolsillo... ¡No está el dinero! Literalmente me trasteo por todos lados y nada. ¡Perdí mis preciados 40 euros!, ahora si me llevo el carajo.

—¡Chingada Madre! —exclamo desesperada.

Un hombre se acerca a mí al escuchar mi lamento.

—¿Todo bien, señorita? ¿Necesita algo?

No le respondo, no puedo siquiera articular palabra, la situación me rebasa por completo, es tal mi grado de angustia que me tiro a sus brazos rompiendo en llanto. No sé porque lo hago, pero es que ya no puedo más, desde que salí de México me ha pasado de todo, sólo falta que me orine un perro, al menos no he visto ninguno cerca, que si no... El amable joven en vez de apartarme, me abraza fuerte.

—Tranquila —me dice con suavidad mientras me acaricia la cabeza—, cálmese y cuénteme que le pasa, tal vez pueda ayudarla.

Con suavidad me encamina a una de las incómodas sillas del lugar, me ayuda a sentarme y se coloca frente a mí. Sin dejar de llorar un segundo le platico todo lo que me ha pasado sin omitir detalle alguno, desde el motivo de mi viaje hasta las desgracias una tras otra que he pasado desde que llegue al aeropuerto en la Ciudad de México. Cuando termino mi relato, él me observa con detenimiento, tiene una mirada suave y amable.

—Yo puedo ayudarte —sonríe triunfal—, justo ahora estoy saliendo a Madrid, sólo pare aquí a comer algo. Tenía un vuelo, pero lo perdí, así que alquile un auto que me espera en el estacionamiento. Con gusto te llevo.

Me quedo petrificada. Esto es un milagro, o una trampa del infierno para más tragedias. Puede ser que sea mi salvación y me lleve a Madrid, o sea un psicópata que me haga cachitos con un hacha. ¿Cómo saberlo? Ni idea, aunque a ciencia cierta no tiene cara de asesino, al contrario, tiene facha de modelo, es muy guapo, alto y con mucho porte, un cabello castaño pintado de algunos mechones grises que le dan un aire de sofisticación. Y lo más llamativo son sus ojos de color verdoso opaco que se iluminan cuando sonrín.

—No sé, no te conozco, eres amable, pero es un poco peligroso.

Me sonrío tendiéndome la mano.

—Hola, soy Damián Caramés... Y creo que también soy tu única salvación. ¿Quieres llegar a

Madrid a encontrarte con el tal Lucas? ¡Yo te llevo! O prefieres quedarte aquí en el aeropuerto a sufrir tu tragedia, no tienes muchas opciones.

Este hombre tiene toda la boca llena de razón, no tengo otra opción, sólo espero que si sea un enviado del cielo y no un traficante de mujeres o algo peor.

—Está bien, creo que eres mi única alternativa —le extiendo la mano—, mucho gusto, soy Camila Ferrer y si me matas te jalare las patas por todo el resto que te quede de vida, así que estas advertido.

Se tira una carcajada ante mi chiste, pero la verdad es que no lo es tanto, lo dije bastante en serio, si regreso a jalarle las patas. En medio de las risas me acuerdo de Lucas y el correo que le envíe, ahí le dije que me regresaría a México, tengo que avisarle que lo veré en Madrid.

—Damián, pero antes de irnos necesito hacer algo —me mira extrañado y prosigo—, necesito avisarle a Lucas que si irá a Madrid, darle una hora y un lugar para encontrarnos.

Sin pensarlo dos veces saca su celular y me lo tiende.

—Entra a tu mail desde el navegador, dile que lo verás en —se queda pensando un momento como repasando geográficamente la ciudad— la puerta de Alcalá, es un lugar público, concurrido y famoso.

—¿Por qué es especial que sea público?

—Porque no lo conoces del todo bien, tan solo por mensaje y llamada, debes ser precavida.

No puedo evitar reírme por su puntada.

—A ti tampoco te conozco y me iré contigo en un viaje de carretera, poco lógica tu preocupación, ¿no crees?

—¡*Touche!* —Sonríe—, aun así, es mejor que sea público.

Me encojo de hombros ante su insistencia y me levanto de la mesa para seguirlo, se acerca al mostrador y pide dos hamburguesas sencillas con papas.

—¿Pepinillos?

Me pregunta como si nada. Niego con la cabeza, los odio. Le entregan su pedido y me toma delicadamente del brazo para salir del área de comida rápida. Caminamos casi medio aeropuerto hasta llegar a la salida al estacionamiento. Nos subimos a un sedán automático y emprendemos el viaje. Vamos casi en completo silencio, como si esa última parte de la conversación hubiera zanjado algo. No entiendo la razón, pero no le doy muchas vueltas, me concentro en comer mi hamburguesa y admirar el paisaje de la carretera.

Damián trae una mezcla de música bastante ecléctica, de repente suena algo en inglés, luego alguna acústica o instrumental y también algo de rock. De repente en las bocinas se escuchan los hombres G y sin pensarlo me pongo a tararear la melodía, me encantan sus canciones aunque suene tan retro. Damián me acompaña en el coro y juntos cantamos a todo pulmón: *“Vamos juntos hasta Italia quiero comprarme un jersey a rayas, pasaremos de la mafia, nos bañaremos en la playaaaaa....”*

La música nos hace romper el mutismo que se había instalado en el auto, ese idioma universal que es capaz de abrir todas las puertas. Hablamos un poco del famoso grupo y sus canciones más sonadas, me cuenta que ha ido a un par de conciertos de ellos, que son todo un show. La canción favorita de los dos es “Si yo no te tengo a ti”, una balada romántica que pego mucho en la radio en su momento.

El tiempo pasa volando. Todo el trayecto nos la pasamos hablando de anécdotas, él más que yo, claro está. Me tiene embelesada con todas las aventuras que ha pasado, su vida es un jodido ir y venir emocionante. Si de por si la mía es opaca, junto a la de él se ve aún más gris. Las confesiones también aparecen y para cuando el letrero de “Madrid” se vislumbra ante nosotros

siento que tengo toda la vida de conocerlo, tanto que no quiero que termine el viaje, por mi llegó hasta México escuchándolo.

—Pasamos a dejar el auto al aeropuerto de Barajas —me dice un poco serio al ver que el destino final se aproxima—, y de ahí te llevó en un taxi hasta la puerta. Pero te advierto que me quedaré cerca por si necesitas ayuda.

Una ambigua sonrisa se me dibuja en los labios. Por un lado muero por encontrarme con Lucas, pero irracionalmente no quiero dejar a Damián. No sabría explicarlo, pero siento que lo conozco de toda la vida. ¡Qué jodida ironía! No hace ni tres meses mi vida era plana, solitaria y triste, hoy estoy viviendo una tremenda aventura digna de una buena película palomera. Además me siento dividida entre dos galanes. Porque Damián no me ha dicho nada, pero hay cosas que se sienten, sé que el noto esta mágica conexión también.

Fuera de la terminal tomamos un taxi de esos autorizados. Si el silencio al salir de Barcelona era incomodo, éste es sepulcral. Damián viene mirando hacia la ventanilla en el otro extremo del asiento trasero del auto. Al llegar a la rotonda donde está la legendaria puerta de Alcalá, se baja rápidamente del carro para rodearlo y abrirme la puerta. Me tiende la mano para ayudarme y una energía me recorre entera, en todo el tiempo que estuvimos juntos en la carretera ni una vez tuvimos el más mínimo roce o contacto. La piel se me enchina, no sé a qué se deba, pero tomar su mano se siente tan familiar como respirar, instintivamente lo suelto. Tengo una cita con otro hombre, no puedo andar fantaseando con alguien a quien acabo de conocer. Apoyo mi pie en la calle y al dar el siguiente paso mi tacón se traba en la alcantarilla, jaló con tanta fuerza que rompo las tiras de mis sandalias altas favoritas. ¡Maldita sea! Lo último que me faltaba.

Damián me levanta en brazos para que no toque el caliente asfalto, instintivamente apoyo mi cabeza en su pecho, se siente tan cálido, tan bien, es como si toda mi vida me hubiera refugiado en ellos. Camina unos cuantos pasos hasta el césped, ahí me deposita delicadamente sin soltarme, sus manos ahora están en mi cintura y las mías en su cuello. Con los ojos cerrados empieza a danzar conmigo sobre la hierba mientras tarea:

*... "Yo no tengo nadie sobre quien escribir
Nadie que se enfade y nadie con quien discutir
No tengo a nadie con quien intentar sobrevivir
No tengo con quien bailar
Descalzos por Madrid..."*

Su celular comienza a sonar sacándonos del trance. Ese golpe de realidad me hace recordar que alguien me espera del otro lado de la puerta de Alcalá. Poco a poco me alejo de él aprovechando que está ocupado con la llamada. Mi razón se nubla con su tacto, necesito alejarme y llegar a mi cita. ¡Por Dios cruce un océano para conocer a Lucas! No puedo así nomás porque sí olvidarme de eso y lanzarme a los brazos de un desconocido con quien no he hablado más que unas horas en mi vida. Está bien que desee aventura, pero eso es demasiado.

No he avanzado ni tres pasos cuando Damián me alcanza. Me estrecha por la espalda contra sí y me da un beso en la coronilla. Me suelto y giro para mirarlo, él asiente con la cabeza, ha entendido a la perfección, me suelta la mano y prácticamente corro hasta el otro lado del monumento. Un segundo más y me quedo con él.

Apuro el paso sintiendo la hierba bajo mis pies, al llegar al otro lado busco desesperada con la mirada a Lucas, hay muchas personas, de repente en medio de todas lo veo, hacemos contacto y se acerca a mí, pero por más que quiera no sonrió, simplemente no puedo, algo ha cambiado en mí. Estoy ahí, de pie, mirando al hombre a quien vine a ver y tan sólo puedo pensar en el que deje

del otro lado.

Lucas se da cuenta de mi incomodidad, me abraza para saludarme, pero a duras penas le respondo. No hay corrientes eléctricas, ni energía, nada.

—¿Pasa algo? —Me pregunta mirándome a los ojos— ¿Todo bien? Digo sé que ha sido un viaje más largo de lo esperado, pero tu reacción no es para nada la que espere. Estoy todo emocionado frente a ti y tú eres una piedra.

Lo miro compungida. Tiene toda la razón, quisiera estar dando brincos de alegría, mas no puedo. Damián ocupa todo mi pensamiento, en el corazón no se manda. Me siento mal por Lucas, pero creo que él sólo fue el medio para que yo cruzara el charco a encontrarme con mi destino, el cual tiene nombre, apellido y la sonrisa más hermosa del mundo.

—Sí, pasa algo. En estas horas conocí a alguien que cambió toda mi perspectiva.

Lucas me mira extrañado, como pidiéndome una explicación. A grandes rasgos le platico toda mi travesía desde que puse un pie en España. Todas las peripecias, desavenencias y por supuesto, le platico de Damián. Cuando termino mi relato su mirada es un poco melancólica, pero me sonrío.

—Comprendo, Camila —carraspea—, si hay algo en este mundo contra lo que no se puede luchar es el destino y tal parece que fue quien fraguó todo esto para que te encontrarás con él.

—¿No me vas a reprochar? Se supone que vine a verte a ti...

—Y te lo encontraste a él —me interrumpe—, ¿Qué puedo hacer yo ante eso? Creo que mi lugar en esta historia era hacerte venir a España, sacarte de la ostra en la que vivías.

—Pero...

—Pero nada, señorita, no le dé más vueltas, ¿Qué está esperando para ir corriendo a buscarlo?

—¿Y si ya se fue? —suelto con miedo, si Damián ya no está.

—Seguro que si esta. No temas —me sonrío tranquilizador y agrega: No te preocupes yo no me iré, me quedo aquí un rato, si no vuelves en media hora sabré que si lo encontraste y me iré tranquilo.

—Gracias.

—De nada, Camila. En mí siempre tendrás un amigo, creo que eso es lo que he sido realmente todo este tiempo.

Un ángel diría yo. Él fue el puente que me trajo a España. Me pongo de puntitas y le doy un beso en la mejilla como despedida para después salir prácticamente corriendo hacia el otro extremo. Busco desesperada por todos lados y no lo veo. ¿Se habrá ido? Estoy tan concentrada mirando para todos lados que no reparo en la persona acostada en el césped con la cual tropiezo haciéndome caer estrepitosamente a su lado. Cuando levanto mi cabeza para pedir una disculpa me topo con esos ojos verde oscuro que me tienen soñando desde que los vi por primera vez.

—¿Camila? ¿No llegó?

Me pregunta Damián mientras me ayuda a levantarme. Asiento con la cabeza, estoy tan agitada que me cuesta hablar.

—¿Entonces? ¿Por qué no estas con él?

—Porque no es con quien quiero estar.

Una sonrisa le ilumina el rostro haciendo que de su mirada salte ese brillo ámbar tan peculiar.

—¿Y con quien quieres estar?

Pregunta juguetón mientras me atrae hacia él. Le sonrío, esto es una locura, pero es la más bella de mi vida. En mis treinta años jamás me había sentido tan viva como en estas últimas horas.

—Contigo, ¿con quién más? —Coloco mis manos alrededor de su cuello mientras lo hago

danzar como hace un rato él hiciera conmigo— ¿Quieres bailar conmigo descalzos por Madrid?

—Solo con una condición.

Lo miro un poco extrañada.

—¿Cuál?

—Que bailemos así todos los días por el resto de nuestras vidas.

Sus labios buscan los míos para cerrar esa promesa y se funden en un profundo beso que detiene el tiempo. Nuestras bocas se reconocen al tocarse, es como si llevarán toda la vida conociéndose, se sincronizan a la perfección haciendo que flotemos sin despegar los pies del suelo. Cuando al fin podemos separarnos, Damián pega su frente a la mía.

—Vámonos a casa, amor.

Toma mi mano y me guía hasta la orilla de la rotonda, cuando tocamos el asfalto me doy cuenta que da pequeños brinquitos igual a los míos debido a lo caliente del piso. Tampoco trae zapatos.

—¿Y tus zapatos?

Gira para mirar hacia donde se los había quitado, pero no hace ademán de regresar por ellos, tan sólo aprieta mi mano para correr a la banqueta del otro lado mientras entre risas exclama:

—Corramos, mi amor... ¡Descalzos por Madrid!

Fin

Aquella noche en Paris

El timbre de la puerta suena a las 8 en punto, ni un segundo antes ni uno después. Anette brinca feliz, está más emocionada que yo, pareciera que es ella la que va a la cita.

—¡Llego Luca! —exclama cantarina mientras toma mi abrigo, sombrero y bolsa para dármelos.

—¿Y si mejor sales tú con él? —le digo medio en broma, medio en serio.

—No seas tonta, éste chico solo tiene ojos para ti, él día que los conocimos ni siquiera noto mi existencia.

—No lo creo, todos te notan, querida.

—Él no, te lo aseguro, con trabajo y me miro cuando nos presentó Jean, pareciera que en la cafetería solo estuvieras tú.

Me encojo de hombros. Tiene toda la razón. Sin embargo, no me siento emocionada de salir, acepte más que nada por la presión de esta loca mujer que casi me tuerce el brazo cuando quise declinar la invitación.

—De acuerdo, iré yo —exclamo resignada.

Anette me observa detenidamente, sé que puede leerme a la perfección. Desde que llegué a Paris hace poco más de tres años ella ha sido más que mi amiga, una hermana. En los peores días, cuando no conseguía trabajo y mis pocos ahorros se habían extinguido, fue ella quien más me apoyo, no hubiera comido de no ser porque compartía conmigo lo poco que tenía en aquellos entonces.

—Sé que es por él —suelta de pronto obligándome a mirarla a los ojos—, pero ya es tiempo de que olvides a ese patán. Han pasado más de dos años, no puedes seguir llorándolo por los rincones como magdalena, debes superarlo, él no supo valorarte, te dejo para volver con su estirada y millonaria ex, a ti te considero poca cosa para jugársela por ti.

Sus palabras son dagas que llegan al alma, dan exacto donde más me duele. Tiene toda la razón, como siempre. Leonardo me dejo plantada en aquel café sin explicación alguna, lo esperé hasta que cerraron y nunca apareció. A la mañana siguiente fui a buscarlo a su hotel, en recepción me dijeron que se había marchado esa mañana con su prometida. En ese momento se me cayó la vida a pedazos. No entendía porque lo había hecho, además de abandonarme de esa terrible manera, me dejó un mar de dudas, se suponía que me amaba, esa noche nos iríamos juntos a Londres, ¿Por qué irse así, sin explicar nada? Al poco tiempo entendí que seguramente se fue porque yo no era más que una simple provinciana que trabajaba de costurera en un gran almacén y no tenía ni un céntimo. Llegue a Paris en 1920 con una pequeña maleta, unos cuantos francos y un sueño más grande que mis esperanzas. El cual, a base de mucho esfuerzo, hoy he conseguido, ya no soy la pobre campesinita, ahora tengo un nombre que de a poco toma fama como diseñadora. No al nivel de Coco Chanel, pero si me he hecho de una muy buena reputación entre un grupo de parisinas que gustan de mis diseños modernos que van con la tendencia y que no son tan exorbitantemente caros. Soy algo así, como la diseñadora en boga de la clase media Parisiense. Anette es mi socia, ella es la parte práctica y pensante de nuestra pequeña empresa. Yo pongo las ideas, ella administra.

—Lo sé, es un gran idiota —digo al fin—, pero es un idiota que no puedo olvidar.

—No se merece ni una más de tus lagrimas —estira una mano para secar la primera de muchas que han empezado a correr por mis mejillas—, mírate, Camile. Eres una inspiración para tantas

mujeres, tus diseños lo usan la mitad de las oficinistas de esta ciudad.

Asiento enérgicamente, mientras trato de controlar el raudal de llanto que poco a poco ha ido *in crescendo*. La sola mención de Leonardo tiene este efecto lacrimógeno en mí.

—Gracias, Anette. No creo ser tan influyente, pero si tienes razón, hemos conseguido mucho en poco tiempo.

—Claro, tonta —dice limpiándome con un pañuelo—, y ahora retócate el maquillaje, iré a abrirle al pobre de Luca que tenemos afuera desde hace ratito.

Sonríó lo mejor que puedo y saco la polvera de mi bolso. Anette se gira de pronto para agregar:

—Mereces a alguien que te amé tal y como eres, con tus altas y bajas, no aceptes menos, Camile. No sé si Luca es ese hombre, pero si no le das la oportunidad, nunca lo sabrás.

Al salir de casa un frío, luminoso y vivo París nos recibe, a lo lejos, desde cualquier ángulo, la hermosa torre Eiffel nos observa. Es el corazón de la ciudad, sin ella París no sería París, así de simple. No me cansaré nunca de deleitarme con las noches parisinas, hay un encanto especial en el ambiente, se respira diferente que en cualquier otra parte del mundo. La ciudad es bellísima de día, con esos edificios tan lujosamente contruidos y las calles adoquinadas, París exuda elegancia por todos sus poros. Pero en la noche, más que bella, es deslumbrante, se vuelve atemporal, como si todos los siglos de historia se reunieran para andar por las esquinas, entre las sombras, llenando de una bruma mágica que transmite nostalgia a todos los que caminamos por sus encantadoras calles.

Y no sólo es la ciudad más etérea del mundo, también es la cuna de los soñadores, artistas de toda índole se dan cita en las noches de esta ciudad para obsequiarnos con sus diferentes talentos. Personajes únicos y maravillosos que han venido aquí a cumplir sus más grandes deseos. Al caminar por las siempre concurridas calles se puede escuchar el murmullo de las conversaciones de esos genios reunidos en las mesitas de los muchos cafés que hay casi en cada cuadra, susurros que crean la más hermosa de las melodías, la de los sueños.

A pesar de que ahora casi todos se mueven en esos nuevos automóviles que tanto enloquecen a los hombres y de los cuales cada vez hay más transitando y llenando de ruido mi armoniosa París, yo prefiero caminar, disfrutar de los encantos escondidos en cada rincón de sus calles, mirar las estrellas mientras respiro el aire cargado de vida y deseos. Por eso amo vivir en el barrio de *Saint Germain-Des-Prés*, no necesito ir más lejos para disfrutar de una buena velada, es el barrio más bohemio de la ciudad y aquí convergen casi todos los mejores cafés y restaurantes, por lo que podemos llegar a pie a donde queramos. Luca reservó en *Les Deux Magots*, el recinto donde se reúnen todos los mejores artistas de la época, los consagrados y los que apenas buscan un espacio en el firmamento del arte. Está a escasas tres cuadras de mi apartamento, en unos cuantos pasos llegamos ahí.

Luca resulto ser un gran conversador, me ha mantenido interesada todo el tiempo con sus intrépidas historias. Y, a pesar de mi desanimo, no me la estoy pasando tan mal, aunque preferiría estar repantingada en mi sofá con un buen libro. El café es sencillamente elegante, su decoración lujosa y su calidez te arropan desde que llegas. Y la comida no desentona, lo que hemos probado hasta ahora es exquisito. Mi mente divaga por momentos llevándome a pensar en quien no debo, pero la obligo a concentrarse, ya estoy aquí y Luca se merece que le preste atención, de verdad se está esforzando para hacerme sentir a gusto.

— ¿Ya sabes qué quieres ordenar?

Me pregunta Luca sacándome de mis cavilaciones.

—Aun no me decido, toda pinta delicioso, ¿alguna recomendación?

—Estoy igual que tú, no puedo decantarme por alguna opción. ¿Y si pedimos el especial del chef? Al parecer cada noche tienen un platillo diferente con cual sorprenderte.

—¡Me encanta la idea!

Luca levanta la mano para llamar al camarero para informarle de nuestra orden, aprovecho el momento para mirar por la ventana a los parisienses que pasean despreocupados por la acera. Una silueta que camina hacia el café llama mi atención. Me remuevo en mi asiento, es imposible que sea él, está a muchos kilómetros de aquí. Por instinto de supervivencia me levanto de mi asiento casi lista para salir corriendo.

—¿Todo bien? —pregunta Luca al notar mi repentino parón.

—Sí, solo necesito ir al tocador—consigo articular y me disculpo para dirigirme al fondo del café donde se encuentran los sanitarios.

A penas cruzar la puerta me desmorono, ¿era él? ¡No! ¡Imposible! Leonardo esta en Londres, no puede ser él. Lo que vi no era real, solo una mala pasada de mi mente que se niega a olvidarlo, es como una maldición. ¿Cómo es posible que una alucinación me descoloque? ¿Qué hizo conmigo? No cabe duda que sigo amándolo, ese hombre me robo el corazón con el primer beso, el amor que creí enterrado sigue ahí, intacto. Me aferro fuertemente al lavabo para tratar de asirme a la realidad, cierro los ojos por unos segundos, los abro y me miro al espejo: *No puedes permitir que te afecte*, exclamo con énfasis para convencerme. *Un fantasma no puede hacerte tambalear*.

Me acomodo el pequeño sombrero y salgo con la firme determinación de disfrutar mi cita, Leonardo no va a arruinarla, menos estando tan lejos.

Salgo tan rápido del tocador que no veo al tipo parado fuera chocando estrepitosamente contra él, al levantar la vista para disculparme el mundo a mí alrededor se congela por un segundo. Es Leonardo, no lo alucine.

—Leonardo— balbuceo sin creerlo aun.

—El mismo que viste y calza, Camile.

Sus labios dibujan esa sonrisa tan suya y sus ojos me recorren de pies a cabeza, ya no soy la misma de ayer, ya no tengo pinta de provinciana por ningun lado. Ahora, si bien no soy una *flapper* al completo —no me he atrevido a cortarme tan pequeño el cabello, ni a maquillarme tanto—, mi atuendo esta al último grito de la moda, diseñado por mí es un vestido por debajo de la rodilla con corte a la cadera y flequillos que se mueven al caminar. Un coqueto sombrero pequeño cubre mi cabeza escondiendo mi cabello en un sutil chongo y un par de largos collares de perla me hacen lucir como la viva imagen de la mujer parisina de hoy.

—Estas guapísima, por poco no te reconozco.

Lo miro desconcertada. ¿De qué se trata todo esto? Lo mejor será ignorarlo y seguir mi camino, no tengo el temple suficiente para enfrentarlo, soy muy débil ante él. Me giro sobre los tacones para esquivarlo y continuar a mi mesa, pero me detiene del brazo.

—¿Te vas? ¿No dirás nada más? He viajado de tan lejos solo para buscarte y tú me ignoras sin más.

¿Buscarme? ¿Ha dicho que vino por mí? ¡Oh, por Dios! Que humor tan negro tiene el destino, he esperado este momento por tanto tiempo y, justo hoy, que decidí al fin salir de mi encierro para darle la oportunidad a alguien más, él aparece. No puede ser cierto, ¿Quién me odia tanto allá arriba? ¡Joder! Respiro hondo y profundo para tratar de recomponerme. Si, sentiré por él muchísimas cosas, verlo me ha confirmado que sigo enamorada de él, pero no puedo correr a sus brazos. No otra vez. ¿Pues quien se ha creído que es? Asiéndome a la poca dignidad que he ido rescatando con el paso de los años desde que me dejo, enarco una ceja y le pregunto en el tono más adusto que puedo para tratar de disfrazar mi nerviosismo:

—¿Qué quieres, Leonardo?

—¡A ti!

Su voz varonil es una caricia, esas dos simples palabras mueven mi mundo, ¿a mí? ¿De verdad? ¡No! Me resisto a creerle, este hombre ha hecho de mí lo que ha querido en el pasado, no puedo permitir que de la nada venga a desequilibrar mi frágil tranquilidad que tanto trabajo me ha costado construir desde que me dejo.

—¡No! —me alejo instintivamente

—Camile, por favor... Te amo

—No, no...

—Sí, te amo —me interrumpe acercándose a mí.

Lo miro sin saber que creer.

—¿Qué quieres que haga con eso?—suelto un suspiro mientras me llevo las manos a la cabeza en clara desesperación, me enloquece— ¿Qué pretendes? No puedes aparecerte después de tanto tiempo y esperar que corra a tus brazos...

—Sí, sí puedo —me interrumpe seguro—Todavía me amas.

—Claro que no.

—Claro que sí —sonríe triunfal el muy sínico— Si no porque tienes más de diez minutos aquí conmigo sin importarte en lo más mínimo tu acompañante.

—¡Por idiota!

—Por qué me amas...

Sí, es cierto, pero no se me da la gana darle el gusto de aceptarlo.

—¡Arrogante! No y no.

Se acerca aún más a mí y levanta mi barbilla para clavar esos profundos ojos verdes en los míos.

—Tu mirada no miente... Me sigues amando.

—Nos vemos Leonardo, debo regresar a mi mesa —doy un paso atrás dudosa—, estoy en una cita...

Suelta un fuerte bufido.

—No, no lo harás —sonríe—, no quieres hacerlo

¡Demonios! Sí, no quiero hacerlo, por alguna retorcida razón, prefiero estar discutiendo aquí de pie con él, que en la mesa con Luca.

—¿Qué quieres?—pregunto de nuevo.

—Ya te dije... A ti

—Imposible

—Claro que no es imposible, tú eres mía, ¿lo recuerdas?

—Era tuya... ya no más.

Una pequeña risa sale de sus perfectos labios, me mira con seguridad y exclama:

—Me bastaría con besarte para demostrarte que lo eres.

Me jala de la mano para acercarme a él, me abraza y yo hundo la cabeza en su pecho cerrando los ojos, ¡Carajo! ¿Por qué no puedo alejarme de él y regresar a mi cita? ¿Por qué Leonardo sigue ejerciendo control sobre mí?... Tiene razón, lo sigo amando.

Un sutil carraspeo de garganta rompe nuestro abrazo. El camarero está parado junto a nosotros mirándonos de forma inusual.

—Disculpe la interrupción —cambia su peso de un pie a otro en notoria señal de incomodidad—, el señor Luca, con quien la dama compartía mesa ha pagado la cuenta y se ha retirado, me pidió que le entregará esto.

El joven me entrega un pequeño trozo de papel, lo abro desconcertada. Contiene un pequeño, pero conciso mensaje:

“No me gustan las complicaciones, de verdad me gustaste, pero no es de mi interés entrometerme en nada. Me retiro, te deseo mucha suerte. La cuenta esta pagada.”

Mis mejillas se tiñen de rojo granate, que vergüenza. Ha pasado una eternidad, ni cuenta me había dado, seguramente Luca al notar mi tardanza vino a buscarme, al verme en brazos de Leonardo prefirió retirarse.

—Qué bien, te ahorro la pena de despedirte —exclama Leonardo restando importancia.

Lo miro incrédula. Si bien Luca no era nada mío, tan solo una cita, la primera en dos años, no puedo dejar de sentirme mal por él, me comporte de la peor manera, no se merecía este mal trago.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—Solo soy practico, Camile. —Cierra los ojos y me toma de las manos—, no me siento contento con las circunstancias, pero sí con el resultado. ¿No lo entiendes? ¡Vine a Paris únicamente por ti! Encontrarte cenando con otro no fue para nada lo que yo imaginaba, sin embargo sabía que era un riesgo, el cual, por cierto, tome gustoso. Entiéndelo de una vez, te amo, vine dispuesto a todo con tal de recuperarte, y si el único “obstáculo” que existía se retiró solo, discúlpame, pero no puedo más que alegrarme.

Su argumento es totalmente valido, pero yo sigo inmóvil ante toda la situación. Lo menos que hubiera imaginado es que mi cita terminaría casi antes de empezar y porque Leonardo viniera por mí para decirme que me ama. Ni en mis mejores sueños, o pesadillas, ya no sé qué pensar al respecto. Y es que mi incredulidad tiene fundamentos: ¿Cómo puedo creerle que me ama? ¿Cómo creer que no volverá a dejarme? Una vez mi corazón soporto su desprecio, no creo soportar una segunda.

—No dirás nada, Camile, me tienes en vilo.

Me encojo de hombros y camino hacia la salida sin decir media palabra. Mi mente esta que explota, por un lado quiero aventarme a sus brazos, pero por otro aun me queda un gramo de cordura que me grita desde dentro de mí que me aleje lo más pronto posible antes de que sea tarde.

Salgo casi corriendo del café con Leonardo siguiéndome los pasos. Ya pase suficiente vergüenza en ese lugar, lo menos que quiero es montar una dramática escena en el vestíbulo. Mi paso es muy rápido, quiero alejarme lo más que pueda, no llevo rumbo alguno, pasó sin mirar la cuadra de mi casa y sigo de frente, cuando hemos avanzado un muy buen tramo escucho que se detiene para exclamarme con voz agitada por la caminata:

—¿De verdad no dirás nada? ¿Tan poco te importo mi confesión? ¡Por el amor a Dios, Camile! Acabo de ponerte mi corazón en bandeja de plata y tú tan solo huyes.

Sus palabras me hierven la sangre, ¿Cómo se atreve? Me detengo y me acerco hasta él con el dedo índice levantado.

—Lo aprendí de ti, querido. Te recuerdo que tu huiste primero.

Mis palabras lo dejan de una pieza, puedo sentir que le han calado muy hondo. Me toma de la mano cuando intento seguir caminando jalándome hacia él.

—Lo sé. Pero tú eres mejor que yo. Mucho mejor. Yo solo soy un pobre cobarde que no supo cómo manejar la situación, tal vez debí actuar diferente, pero no supe que hacer, me sentí entre la espada y la pared y en lugar de decirte lo que pasaba opte por la salida fácil e irme. He sufrido cada segundo desde que te deje plantada en aquel café.

Su honestidad me descoloca, pero no la entiendo, si tanto le dolía porque me dejo sin explicación alguna.

—Sufrió lo indecible. No me moví de aquella mesa hasta que cerraron el lugar. Tuve que enterarme por boca de la recepcionista del hotel que te habías ido con tu prometida. Tienes idea de lo humillante que fue eso.

—No tienes idea de cuánto me he recriminado en todo este tiempo.

Las lágrimas acuden a mis hijos ante el recuerdo de aquel nefasto momento.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste sin más para volver con ella? ¿Por qué, Leonardo?

Mis palabras salen a bocajarro cargadas de todo el dolor contenido en estos dos años, como queriendo que se conviertan en balas que le atravesen el corazón para que sienta el mismo dolor que yo.

—Corina estaba embarazada —suelta de golpe—, o eso fue lo que me dijo. No supe cómo reaccionar. Tenía dos meses que habíamos terminado, era bastante probable que fuera verdad. Le creí y me sentí atrapado. No quería dejarte a ti, pero tampoco podía a dejar a mi hijo sin padre, no después de haber crecido sin el mío. Sufrió toda mi vida el desprecio de la sociedad por ser un bastardo, no podía permitir que mi hijo viviera lo mismo. Me costó sudor y sangre borrar ese estigma, ¿Cómo podía siquiera sopesar la posibilidad de que mi primogénito pasara por ese calvario?

—¿Por qué no me lo dijiste? Al menos merecía saber que no era por falta de amor que me dejabas...

—No tuve el valor —me interrumpe—, si te volvía a ver, si estaba de nuevo cerca de ti no podría dejarte. Tuve que elegir entre tú y mi hijo. No dudes que ha sido la decisión más difícil de mi vida.

Trago saliva ante sus palabras. Estos dos años me torture pensándolo feliz con ella, viviendo el sueño que era de nosotros. Ni por asomo cruzo por mi mente que él también pudiera estar sufriendo.

—¿Y dónde están Corina y tu hijo? ¿Cómo es que cambiaste de parecer y los abandonaste para buscarme?

—Regresando a Londres tuvo un extraño accidente donde según ella perdió al bebe—hace esa mueca con la boca que denota que algo le molesta muchísimo—, pero a decir verdad, nunca estuvo embarazada, lo descubrí hace poco.

—No entiendo, ¿inventó el embarazo para conseguir que volvieras con ella?

Asiente con la mirada.

—Ella sabía que nunca abandonaría a un hijo.

La cabeza me da vueltas tratando de encajar todas las piezas, es demasiada información para una sola noche.

—Tengo una duda, si él bebe era lo único que te unía a ella, ¿Por qué seguiste a su lado después de perderlo?

—Por pasarme de idiota. Ella se hundió en una supuesta depresión, no podía dejarla así. Además de una retorcida manera logro hacerme sentir culpable de su accidente, no perdía momento para recriminármelo.

—¿Cómo? ¿Por qué te culpaba a ti?

Suelta un largo suspiro.

—Un día me descubrió mirando el dibujo a lápiz que te hizo ese artista callejero de la plaza de la concorde. Lo he tenido siempre conmigo y en aquellos momentos era mi único consuelo.

—¿Y eso cómo pudo accidentarla?

—Pego un grito ahogado y salió corriendo, creo que tropezó con un tapete o algo así, no estoy

muy seguro, todo fue tan confuso. Al escuchar su grito corrí tras de ella y la descubrí tumbada en el suelo. No quiso que me acercara, llamo a una de las mucamas de la casa para que la llevara a su recamara y llamara al doctor. Lo siguiente que supe es que había abortado.

—Muy extraño —artículo tratando de imaginar la escena.

—Más bien un acto perfectamente orquestado. Todo fue un ardid, sabía que no podría ocultar por más tiempo su falta de vientre por lo que tomo la ocasión para montar su teatro, así se libraba del problema de falta de embarazo y tenía con que manipularme para que no me fuera.

Mis ojos casi se salen de sus orbitas. Sabía que había mujeres capaz de todo por amarrar a su lado a un hombre, pero ni en mis más locas elucubraciones pudiera suponer que alguien pudiera tramar semejante engaño, ¿Qué ganan? ¿Para qué querer a alguien a toda costa a tu lado sabiendo que no te ama? ¡No entiendo!

—¿Qué paso después?

—Lo que tenía que pasar, nuestra vida se volvió un infierno hasta que Corina cayó enferma, creo que su propia amargura la enveneno desde dentro. Murió hace un mes.

Suelto un grito ahogado. ¿Corina muerta?

—Antes de morir tuvo un breve lapso de bondad, tal vez para redimirse y evitar el infierno que le esperaba.

—¿Cómo? ¿Qué hizo?

—Se confesó conmigo, me conto a detalle todo lo que hizo, desde el invento del embarazo hasta el falso aborto. Cosas que ya sabía, pero lo que me sorprendió fue quien la ayudo en Paris para tenderme la trampa.

—¿Tuvo cómplice? ¿Por qué alguien querría ayudar a semejante loca?

—Eso es algo que debes averiguar tú, pero yo tengo mis sospechas de los motivos.

—¿Y yo como porque debo saber las razones del cómplice de la loca de tu ex?

Leonardo se mira las manos en actitud claramente nerviosa.

—Contéstame, ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Fue Annette.

Suelta al fin y a mí el mundo se me abre a los pies. ¿Annette? ¿Mi Annette? La misma que me vio llorar día y noche, la que vio como me desgarraba de dolor cada madrugada sin saber que había hecho mal para que él me dejara. ¿Cómo es posible?, pero principalmente, ¿Por qué? ¿Qué motivos tendría para causarme tanto dolor?

—No entiendo, ¿Annette? ¡Imposible! ¿Por qué haría algo así?

—¿Recuerdas nuestros planes? ¿Qué haríamos esa noche en aquel café?

Sonrió al recordar. Esa noche nos iríamos juntos a Londres, él ya tenía los boletos comprados. Llegando allá nos casaríamos y viviríamos felices para siempre, o bueno eso era lo que yo pensaba.

—¿Qué tiene que ver eso con que Annette se aliara a tu ex?

¡No comprendo ni un ápice!

—¡Fácil! —Exclama como si hubiera alguna lógica en todo esto—, Annette vio todo el potencial en ti desde que le diseñaste e hiciste el precioso vestido azul, sabía que tenías el talento para grandes cosas, con tu destreza para la moda y sus contactos subirían como espuma, en poco tiempo tendrían un imperio. Tú eras su minita de oro, sin ti ella seguiría de simple dependiente de galerías Lafayette.

La cabeza me da vueltas. Todo esto parece sacado de una mala obra de teatro, tantas intrigas, ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo traicionarme así?

—Necesito hablar con ella, merezco una explicación.

—¿Para qué? ¿Quieres comprobar que mis palabras son ciertas?

—No, te creo. Es solo que necesito enfrentarla.

—¿Y nosotros?

—Bien lo dijiste hace rato, soy tuya, siempre lo he sido.

Le digo acercándome a él para colocar mi cabeza en su pecho. Leonardo me abraza y delicadamente levanta mi barbilla.

—Solo necesito besarte para comprobarlo.

Sus labios rozan los míos en una sutil caricia, como tentando terreno, recuperando lo que es suyo de a pequeños besos juguetones que me electrifican la piel. Poco a poco su boca empieza a poseer la mía con pasión e intensidad, nuestras lenguas se rozan al mismo ritmo. Dicen que la piel tiene memoria, los labios también, nuestras bocas se han reconocido en seguida volviendo a besarse con el mismo deseo que hace dos años, como si el tiempo no hubiera pasado.

Me separo de él a regañadientes. Detesto romper el contacto, pero antes de seguir mi camino con Leonardo hay algo que debo hacer. Si quiero retomar lo nuestro justo donde lo dejamos, entonces debo arreglar el único asunto pendiente que tengo en la ciudad: Annette.

—Debo ir a hablar con ella.

—Lo sé, te acompaño.

Niego con la cabeza.

—Es algo que debo hacer sola.

—Entiendo, pero puedo ir contigo y esperarte afuera —se pasa la mano por la cabeza ansioso—, o si prefieres te busco más tarde, ¿Dime a qué horas y a dónde?

Sonrió ante su insistencia de no separarse de mí, sé que después de tanto tiempo y muchos más enredos, es lógico que desee que estemos juntos. Yo también quiero abalanzarme sobre él para no dejarlo, pero necesito enfrentar a Annette, oír su culpabilidad de propia boca para poder terminar de convencerme, y no es que no le crea a Leo, pero es que duele tanto pensar que ella, mi mejor amiga casi hermana, me haya traicionado de esa manera solo para utilizarme. Me explota la cabeza solo al pensarlo.

—No te angusties, estaré bien —tomo su mano entre las mías y disfruto de lo bien que encajan juntas.

—Lo sé, pero necesitarás apoyo en este momento tan difícil.

—No insistas, necesito hacerlo sola —giro mi muñeca izquierda para ver la hora—, son las 10 de la noche, nos vemos a medianoche en nuestro café...

—¿De la Paix?

—Me hubiera decepcionado que no lo recordarás.

—¡Imposible! Siempre ha sido tu favorito, te encanta degustar sus cafés mientras aguzas el oído tratando de escuchar los ensayos de la casa de la ópera que esta junto.

Sus palabras me ponen nostálgica, desde aquella noche que no llegó a nuestra cita no he tenido el valor de volver al café, los recuerdos dolían demasiado.

—No he vuelto a ir —suelto sin más.

—¿Por mi culpa?

Puedo ver el rictus de culpabilidad que cruza por su semblante.

—Algo así, pero eso quedo atrás—le acaricio la mejilla—, solo fuimos víctimas de almas podridas.

—Y de mi cobardía —admite arrepentido.

—Algo hay de eso, pero ya tendré mucho tiempo para hacértelo pagar —le guiño un ojo para quitarle tensión al momento—, solo te pido que esta vez no faltes.

Mi tono es medio en broma, medio en ruego. Hemos aclarado mucho, pero el trauma de esa vez aun es una herida abierta.

—¡Ni muerto, querida! —Me abraza con euforia—, en este momento me voy para allá, prefiero esperarte un par de horas ahí que arriesgarme a que el cruel destino vuelva a hacer de las tuyas.

Le doy un suave besos en los labios y me enfilo a enfrentar a mi supuesta amiga, el estómago me gira vertiginoso de la anticipación, es un trago muy amargo el que tengo que dar, pero indispensable. Sé que podría irme sin más, sin explicar nada, pero algo dentro de mí necesita que ella sepa que sé quién es realmente.

A penas cruzo la puerta del apartamento, Annette me recibe con una sarta de reclamaciones:

—¿Dónde estabas? ¿Con quién te fuiste? ¿Por qué le hiciste eso a Luca? Le conto a Jean y él vino directo a decirme. ¿Acaso estás loca, Camile?

Dejo que termine su perorata mirándola con desdén. Me quito el abrigo y paso de ella hasta dejarme caer en el sillón. Una estupefacta Annette me sigue hasta ahí con los brazos en jarro mirándome desconcertada.

—¿No dirás nada? ¡Creo merezco una explicación! He estado toda la noche en vilo por ti.

—¡Explicación! —exclamo al fin—, curiosa palabra y creo que aquí la única que merece una soy yo, Annette.

Su semblante se descompone, mis palabras la toman por sorpresa, a kilómetros se nota su confusión.

—No te entiendo, ¿a qué te refieres?

—Consulta con tu consciencia, tú sabes muy bien lo que hiciste, o necesitas que te refresque la memoria.

Al fin me comprende.

—¡Ah, eso! —Se mira las manos— ¿Cómo lo supiste?

Ni siquiera lo niega, es más, no veo el más mínimo arrepentimiento en ella, ¿Con quién he vivido estos años?

—Es lo de menos, lo que importa es porque lo hiciste, ¿Cómo pudiste dañarme tanto?

No me responde, tan solo se deja caer en el sofá de enfrente sin quitarme la vista de encima. No puedo adivinar que está pensando, su semblante no demuestra emoción alguna.

—Solo quería protegerte de él, te iba a hacer daño. Tú no entendías razones, estabas cegada por el amor y...

—¿Cómo sabías que iba a dañarme?—la interrumpo.

—Era lógico, hasta un ciego podría ver que no te amaba, que solo iba a hacerte sufrir. Como amiga era mi deber protegerte.

Sus palabras suenan huecas, como un fallido intento de cubrir su fechoría, está buscando salirse por la tangente, disfrazar su bajeza con impostada preocupación de “amiga”.

—No te creo ni una sola palabra.

—Es verdad, Camile. Te lo juro. ¿Me crees capaz de hacer algo para dañarte? ¿Quién te enveneno contra mí?

—No te creía capaz... Ahora, sí. ¿Sabes? Yo tengo otra teoría en referencia al porque hiciste las cosas, la cual no es tan descabellada.

—¿Ah, sí? —pregunta desafiante, poco le duro el papel de heroína—, ¿y según tú porque lo hice? ¿Cuál es esa famosa teoría?

—Sabías que esa noche me iba con Leonardo a Londres. El pequeño negocio que habíamos empezado confeccionando prendas para las clientas de Lafayette que no podían pagar esos

exorbitantes precios se terminaría y tu seguirías siendo dependiente de esas galerías para siempre. Armaste ese sucio ardid con la ex de Leonardo para que yo no me fuera con él.

Su rostro se transforma, en un segundo pasa del compungimiento a la altanería. La he agarrado, sabe que todo lo que acabo de decir es verdad, ya no tiene forma de manipular lo que hizo para hacerlo parecer otra cosa. Y, al verse descubierta, se ha quitado la máscara mostrándome su verdadera personalidad. Una muy fea, por cierto.

—Tú no eras nadie —escupe entre dientes—, nadie. Tan solo una palurda que sabía coser, por ti misma jamás te hubieras atrevido a nada. Yo te acogí cuando todos te daban la espalda, impulse tu talento para hacerlo provechoso, sin mí no serías nada, seguro seguirías cociendo dobladillos en Lafayette. ¿Y pensabas pagarme yéndote con el primer imbécil que te enamoraba? No, señorita, no lo podía permitir.

—Me traicionaste de la peor de las maneras, Annette. Nunca fuiste mi amiga, solo viste en mí una oportunidad de negocio, me usaste para tu beneficio.

—Nuestro beneficio, querida. No olvides que gracias a mi hoy disfrutas de una considerable fortuna y algo de fama. Así que no me satanices tanto que no te robe, solo encauce tu energía a algo productivo. Te recuerdo que el negocio es de las dos y se ha repartido todo al cincuenta, si fuera tan sabandija como tratas de hacerme ver, hubiera podido engañarte con las cuentas.

—Y quien me dice que no lo has hecho, a estas alturas te creo capaz de todo.

—Puedes revisar las cuentas cuando quieras, es más, que lo haga tu Leonardo, que estoy segura que fue él quien te ha contado todo, ¿ya lo perdonaste? —Suelta una carcajada—, nunca dejaras de ser tan crédula. Sí, podrá ser que yo arme un pequeño plan para separarlos, pero el cayó en él, no todo fue mi culpa. Si te hubiera amado tanto mis injurias no hubieran funcionado.

No pienso caer en su juego ni explicarle nada, sé que solo busca dañarme con sus palabras.

—No es algo de tu incumbencia —zanjo el tema de un manotazo—, lo que si debe importarte es nuestra sociedad, porque es más que obvio que no podemos seguir siendo socias.

—No le veo el problema. Una cosa son los negocios y otra lo personal, no se mezclan. Tú sigue diseñando, que yo me encargo de administrar. Ni siquiera tenemos que vernos.

¿Escuche bien?

—¡Claro que hay problema! No puedo estar en una sociedad con alguien en quien no confío. Así que el lunes a primera hora hablaré con el abogado para disolver nuestra empresa. Nos dividiremos todo a partes iguales y cada quien sigue su camino. Tú puedes encontrar otra incauta a quien arruinarle la vida para tus beneficios personales y yo puedo abrir en Londres mi propia boutique. Cada quien su camino, Annette. No quiero verte nunca más.

Dicho esto me levanto del sofá para dirigirme a la puerta, tengo una cita a la cual acudir y no quiero seguir perdiendo más mi tiempo con esta arpía.

—No puedes irte, Camile. ¿Estás loca? Estamos a punto de sacar la nueva colección, la que nos va a llevar a las grandes esferas. No puedes tirar todo por la borda por un hombre.

¡La nueva colección! Tengo guardado los bocetos en mi alcoba, no puedo irme sin ellos, por más que me importe poco la fama no voy a permitir que Annette los tenga, le costará poco conseguir costureras que la recreen para así lanzarla como propia. Si quiero darle donde más le duela debo llevarme los diseños, no voy a regalarle mi trabajo a esta desgraciada.

Sin mediar palabra me dirijo a mi habitación a buscarlos, de paso tomaré un par de cosas personales, ya mañana enviaré a alguien por el resto de mis pertenencias. Cruzo el umbral de mi puerta cuando escucho que pasan el cerrojo detrás de mí. ¡Me ha encerrado!

—Ni creas que voy a permitir que te vayas y arruines nuestro negocio —me grita desde el otro lado de la puerta.

¡Oh, Dios! ¡Está loca!

—No puedes encerrarme para siempre...

—Sé que no, pero al menos si lo suficiente para que tu Leonardo se canse de esperarte.

El mundo me cae encima de golpe. Ahora sé que es capaz de esto y más. ¿Qué hago? No puedo no llegar a la cita, Leo pensará que me estoy vengando y se irá. ¿Cómo le encontraré?

—¡Déjame salir! —Grito desesperada—, no puedes encerrarme, ni así conseguirás que te de la colección.

—Lo sé, pero al menos habré arruinado tu felicidad... de nuevo. ¡Venganza, querida! ¡Dulce venganza! Sé que darás por terminada la sociedad, que importa, he logrado amasar una pequeña fortuna a tu costilla, eres tan tonta para los números que no me ha sido difícil fugar muchos miles de francos a mi cuenta en suiza. Al final si soy tan sabandija.

Y todavía se ríe a carcajadas, es peor de lo que pensaba, además de todo me ha estado robando. ¡Es una escoria! Por un segundo pensé en negociar salir de aquí con la nueva colección, ahora ni loca lo haré. No permitiré que siga aprovechándose de mí. Tengo que encontrar una forma de salir. Recorro con la vista mi habitación buscando con que abrir el cerrojo, pero me detengo, así logrará abrir la puerta no sé de lo que podría hacer esta mujer, seguro me ataca para evitar que salga de la casa. No, tengo que encontrar otra forma. Los minutos pasan agonizantes, ya es media noche, solo ruego para que Leo me espere.

Desespera camino de un lado a otro de mi cuarto. Paso varias veces por la ventana sopesando la opción como escape, pero estamos en un segundo piso y la escalera de incendio está del lado de la otra habitación. ¿Habrá alguna posibilidad de llegar a ella? Corro hacia la ventana y la abro, la cornisa no es muy ancha, pero si lo suficiente para atravesarla con cuidado. Es mi única oportunidad. Sin pensarlo salgo por ahí, una vez fuera me sostengo del alfeizar sin mirar para abajo, la caída sería terrible, sino es que mortal. Los minutos se vuelven agonizantes. Con cuidado voy avanzando lentamente, son aproximadamente unos cuatro metros que debo atravesar para llegar a la escalera de incendio. Cierro los ojos, no quiero mirar, a tientas doy cada paso hasta que al fin siento el barandal. ¡Lo conseguí! Bajo desesperada por la escalera, en el camino me rompo mi fino tacón, pero no me importa, tengo que llegar al café.

Una vez en tierra firme miro el reloj, son la una y media de la madrugada, el café de la País lo cierran a las dos. Tengo media hora para llegar por lo que me pongo a correr, pero con un tacón roto no es nada fácil, sin pensarlo me los quito, si quiero atravesar los dos kilómetros que me separan de mi destino en el menor tiempo posible debo correr muy rápido. Al llegar al río sienta me detengo un momento antes de cruzar el puente, los pies me sangran, las calles parisinas no están hechas para andar descalza, las piedras que forman los adoquines han lacerado mis pies. Miro el reloj, la una y cincuenta. No puedo perder tiempo, falta poco.

Llego casi sin aliento al café, ya han metido las mesas y están bajando los pequeños toldos que cubren la acera. Sin aliento me acerco a uno de los camareros que se afana concentrado en su tarea.

—¿No queda ningún comensal? —pregunto esperanzada, tal vez este dentro.

—Ninguno, dama. El último se fue hace unos diez minutos.

¡Leonardo! ¡Seguro era él!

—¿Un caballero alto, esbelto y de ojos verdes?

—Sí, creo que así lucía.

Me responde y regresa a su trabajo, seguro muere por llegar a casa, no va a atrasarse por una loca descalza que pregunta incoherencias.

¿A dónde habría ido? ¿Cómo lo voy a encontrar? No tengo ni idea en que hotel se hospeda.

Empiezo a deambular como perdida por los alrededores del café tratando de pensar que hacer.

—¡Llegaste tarde!

Escucho a mi espalda su varonil voz. ¡No se fue!

—¡No te fuiste!

Grito aliviada y me abalanzo a sus brazos. Creí que lo perdería de nuevo.

—No podía, nena —me acaricia la cabeza con ternura—, al ver que tardabas me preocupe, supuse que algo había pasado con esa mujer, no sabía a donde buscarte, por lo que no quise tentar al destino, preferí esperarte, sabía que tarde o temprano aparecerías.

—Ni te imaginas como se puso, de verdad debí dejarte que fueras conmigo. Es peor de lo que pudimos pensar.

Me abraza muy fuerte.

—Ya, no te angusties. Vamos a mi hotel, necesitas descansar y contarme todo al calor de la chimenea.

Sonrió aliviada, está aquí, junto a mí. Por un momento creí que de nuevo nos separaríamos.

—Creí que te perdía de nuevo —suelto en hilo de voz.

—No, amor mío, nunca más —levanta mi cara hacia la suya para mirarme tiernamente a los ojos—, entiéndelo, Camile, tú y yo no vamos a separarnos de nuevo. Vine por ti para no dejarte ir jamás. Eres mía y soy tuyo, ni todas las arpías del mundo pueden borrar ese hecho. Y ahora viviré para cuidarnos, para luchar contra todo aquel que trate de separarnos. No seré un cobarde otra vez. Te amo y no me iré de tu lado ni una vez más. A partir de ahora juntos a todos lados, ¿entendido?

Su vehemencia me desarma, lo amo tanto.

—¡Entendido, mi vida!

FIN

Agradecimientos

Primero que nada agradezco a Dios por todas sus gracias y bendiciones. Simplemente sin él no soy nada. Él es quien guía mis pasos y mi vida.

Gracias a mis padres, que son mi fuerza y mi faro. Ellos son mi gran apoyo en la vida, el puerto seguro en donde siempre encuentro refugio.

Gracias a mis hermanos, mis compañeros fieles de camino. Ely, mi hermana que tanto me ha ayudado y motivado a seguir mis sueños, me escucha y apoya en todos mis proyectos. Es mi mejor socia de vida. Sergio, mi hermano, quien tiene una mano tendida hacia mí para brindarme soporte cuando más lo necesito.

Gracias a mi comadre, sobrina y ahijada, Elisita, quienes la mejor promotora de mis letras, siempre leyendo todo lo que escribo y promocionándolo por todos lados.

Gracias a *Mamichabe* y mi tía Adriana por ser mis principales lectoras.

Gracias a toda mi familia porque siempre están a mi lado, acompañándome en cada paso, tropiezo y éxito. Sé que cuento con ellos en todas: en las malas, las buenas y las no tanto. Han apoyado cada paso de este hermoso sueño de ser escritora.

Gracias a mi gran equipo de escritoras mexicanas independientes, *Romance en Tinta*, por alentarme a seguir y estar presente en todos mis proyectos.

Gracias a Luizinho (o Din tegral como aparece en redes sociales) por regalarme tan hermosa portada.

Y gracias a ti, querido lector, por acompañarme en cada nueva locura literaria que emprendo y darle vida a mis letras al disfrutarlas.

About The Author

Kristell Álvarez S.



Escritora mexicana de origen tabasqueño. Desde niña se enamoró de la literatura, los libros siempre han sido su pasión, para más tarde descubrir que tenía mil historias en la cabeza que ansiaban salir a la luz, pero no fue hasta el 2016 que publicó su primera novela “Un príncipe para Emma” y al año siguiente la segunda “Todo el amor se me acabó en suspiros”. Además de la narrativa, le encanta crear poesías en prosa y ha publicado libros de ellas: Palabras Dispersas y A mi manera.

Pertenece al grupo de escritoras mexicanas independientes “Romance en tinta”, desde su creación

en el 2016.